

ISSN 2696-5135  
SEPTIEMBRE 2022

# DROIDS & DRUIDS

NÚMERO 6

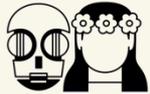


**ARTÍCULOS** IGNOTUS  
NARRATIVA · FANTACIENCIA  
**POEMAS** PLUMA DE ÍCARO  
MIRTO TORRES · ARIEN VEGA  
IRENE B. TRENAS

**ENTREVISTA** CELIA AÑÓ  
**RESEÑAS** DAWSON FELPA · BELLE  
LA MARCA DE LA BESTIA

**RELATOS** ELENA MEJÍAS · YOLANDA FERNÁNDEZ · ÁNGEL BELMONTE  
NIA SCHAMUELLS · BRIAN MOSCOSO · SALVADOR GÓMEZ · GENARO CEDROSCURO  
ANA SAIZ · ALEJANDRO RODRÍGUEZ · CELIA CORRAL · AITOR ARÁEZ

**VIÑETAS** ISOURU · GERMAN TORTOSA Y CIENCIA ANACHRONICA



Revista Droids & Druids

Copyright 2020

Editoras: Inés Galiano y María Dolores Martínez

Corrector: Aitor Aráez

ISSN 2696-5135

Edición Núm. 6 - Septiembre 2022

Portada ilustrada por Coté

Maquetación: Mariado e Inés



### **CARTA DE LAS EDITORAS**

¡Hola de nuevo! Este número es especial para nosotras, porque el tema nos encanta y si algo hemos hecho en toda esta travesía es transformarnos. Además, el hecho de que sea el primer número tras ser finalistas en los Premios Ignotus hace que las mariposas en el estómago crezcan muchísimo a la hora de publicarlo. Muchísimas gracias a todes, esperamos que sigáis disfrutando el camino tanto como nosotras.

Este mes podéis encontrar artículos de narrativa, fantaciencia, creación de contenido y novedades de nuestros autores. También contamos con los maravillosos microrrelatos ganadores del Día del Libro 2022, con cuatro estupendos poemas de autores conocidos en la revista, ¡y nada menos que tres reseñas! Finalmente, ocho relatos que quitan el hipo, dos viñetas estupendas y nuestros queridos acertijos de Elena.

Por último, queremos darle la bienvenida al equipo, una vez más, a Aitor Aráez, el mejor corrector con el que podríamos soñar.

Inés y Mariado



## Contenido

<b>EQUIPO</b> .....	<b>5</b>
<b>Artículos</b> .....	<b>6</b>
<b>Premios Ignotus 2022</b> .....	<b>7</b>
Artículo de Inés Galiano y Mariado Martínez .....	7
<b>Fantaciencia: androides, druidas y el puente que los une</b> .....	<b>12</b>
Artículo por Aitor Aráez Pérez.....	12
<b>El potencial de las transformaciones en la narrativa</b> .....	<b>17</b>
Artículo por Antonio Galindo López. ....	17
<b>Colaborar con creadores de contenido</b> .....	<b>22</b>
Tips de Sara (Pérdida entre novelas) .....	22
<b>Entrevista a Celia Añó</b> .....	<b>24</b>
Fragmento del episodio #DDMAG9 con Mariado e Inés .....	24
<b>MICRORRELATOS</b> .....	<b>28</b>
<b>Vieja</b> .....	<b>29</b>
Microrrelato de Ana Saiz García .....	29
<b>Col Lombarda</b> .....	<b>31</b>
Microrrelato de Alejandro Rodríguez Shonen .....	31
<b>¿Lo de siempre?</b> .....	<b>33</b>
Microrrelato de Yolanda Fernández Benito .....	33
<b>Dos Reinas</b> .....	<b>35</b>
Microrrelato de Aitor Aráez Pérez.....	35
<b>Incursión del jueves noche</b> .....	<b>37</b>
Microrrelato de Genaro Cedroscuro.....	37
<b>POEMAS</b> .....	<b>39</b>
<b>Antojo</b> .....	<b>40</b>
Poema de Irene B. Trenas .....	Error! Bookmark not defined.
<b>El vuelo de la hojalata</b> .....	<b>43</b>
Poema de Arien Vega.....	Error! Bookmark not defined.
<b>El hilo de la verdad</b> .....	<b>52</b>
Poema de Mirto Torres .....	52
<b>La leyenda de faerya</b> .....	<b>54</b>
Poema de Pluma de Ícaro .....	Error! Bookmark not defined.
<b>RELATOS</b> .....	<b>56</b>



<b><i>El mundo oculto</i></b> .....	<b>57</b>
Relato de Elena Mejías Gil .....	57
<b><i>Hijos jilgueros</i></b> .....	<b>70</b>
Relato de Ángel Belmonte Rodes .....	70
*Ilustración de Vanessa Cornago para el relato.....	70
<b><i>La canción de la niña rigas</i></b> .....	<b>78</b>
Relato de Celia Corral-Vázquez .....	78
<b><i>Puesta pa'l derroche</i></b> .....	<b>86</b>
Relato de Ana Saiz García.....	Error! Bookmark not defined.
<b><i>La casa úemer</i></b> .....	<b>92</b>
Relato de Nia Schamuells.....	92
<b><i>Una pregunta, un deseo</i></b> .....	<b>100</b>
Relato de Brian Moscoso Rial.....	100
<b><i>El sepelio</i></b> .....	<b>108</b>
Relato de Yolanda Fernández Benito.....	108
<b><i>El cazador de la corona</i></b> .....	<b>111</b>
Relato de Salvador Gómez García .....	111
<b>VIÑETAS</b> .....	<b>120</b>
<b><i>Sátiro</i></b> .....	<b>121</b>
Microrrelato e ilustración por iSouru .....	121
<b>RESEÑAS</b> .....	<b>126</b>
<b><i>La marca de la bestia de rudyard kipling</i></b> .....	<b>127</b>
Reseña por Antonio de Frutos.....	127
<b><i>¿Recuerdas tu peluche favorito? Por tu culpa ahora se droga</i></b> .....	<b>129</b>
Una reseña de la novela <i>Dawson Felpa</i> por Toni Abellán. ....	129
<b><i>Belle, de mamoru hosoda</i></b> .....	<b>131</b>
Reseña de Vanessa Cornago y Genís Robles .....	131
<b>ACERTIJS</b> .....	<b>134</b>
<b>LOS ACERTIJS DE ELENA:</b> .....	<b>135</b>
A. Relaciona cada obra con su autora o autore:.....	135
B. Acertijo: Las Vampiras Responsables.....	136
<b>SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR</b> .....	<b>137</b>
A. Relaciona cada obra con cada una de sus autoras.....	137
B. Acertijo: Ángeles y Demonios.....	138



# EQUIPO

**Inés Galiano**

Editora y redactora.

Entusiasta, creativa y básicamente *workaholic*.

Necesita un giratiempo para todos los proyectos.

Fundar una revista era lo único que le faltaba.

También locutora del *podcast* Droids & Druids.

**Toni Abellán**

Vice editor ejecutivo y redactor.

Su mayor logro vital fue ganar una apuesta a los 13 años recitando el guion de *La comunidad del anillo* (el otro apostante casualmente también participa en esta revista, y se cansó antes de que los hobbits llegaran a Bree).

**Vanessa Cornago**

Redactora e ilustradora de carteles y relatos.

Adoradora de hipérbolos y de la épica más exacerbada. Enemiga eterna de Atenea, es del Troya Team hasta la muerte y se le caen las bragas cuando Héctor rompe la puerta de la muralla aquea en la *Iliada*. Ha leído otras cosas, pero normalmente no las recuerda.

Cree que lo único bueno que escribió Tolkien fue *Silmarillion*. Empieza cuentos que nunca acaba.

**Silvia Rodríguez**

Revisora y redactora.

Se inició en la fantasía en *Fantasia*, y todavía recuerda el berrinche al terminarse *La historia interminable*.

**Genís Robles**

Revisor y redactor.

Le gustó el final de *Lost* y exige ser pagado en gemas para MTG Arena.

**María D. Martínez (Mariado)**

Editora y redactora.

Olisqueadora de libros nuevos. Coleccionar revistas en papel la acabará arruinando. Le encantaría tener aparcado el Delorean delante de casa. Lástima que no sepa conducir.

**Amanda Iniesta**

Redactora y jurado ocasional.

Forma parte de nuestro trío del *podcast*. Se metió en esto por su pasión por las historias que exploran nuevos mundos.

**Elena Torró**

Creadora de acertijos y jurado ocasional.

El tercio del *podcast* de Droids & Druids que suele hablar de conexiones aleatorias. Ha tenido que montar un *podcast* para poder justificar la cantidad de contenido que consume.

**Aitor Aráez**

Corrector y redactor.

Lo engañaron para meterse en la revista. Le gustan las historias con sangre, brujas y terror. También las que tienen hadas, flores y muchos arcoíris. Más druida que droide.

**Coté**

Ilustradora de portada.

Confundiendo los límites entre la fantasía y la realidad desde 1993.



# Artículos



# Premios Ignotus 2022

Artículo de Inés Galiano y Mariado Martínez

*Droids & Druids* es finalista en las categorías  
Revista y Producción Audiovisual (*Podcast*)

Desde que comenzamos esta aventura revistera tuvimos claro que lo que considerábamos más importante era crear una pequeña comunidad literaria y animar a más gente a la escritura, pero no nos esperábamos la maravillosa acogida que nos habéis dado y no nos imaginábamos en ningún momento que tan solo año y medio después estaríamos en la lista de finalistas de los Premios Ignotus (aún no podemos creerlo).

¿Y en qué consisten estos premios? Las editoras hemos querido hacer aquí un pequeño artículo para darlos a conocer a quien todavía no esté al tanto y devolver un poquito de amor a la organización de Pórtico, que se merece infinitos aplausos por todo el trabajazo que le ponen.

Pórtico es el nombre pronunciable de la AEFCT, la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, una asociación sin ánimo de lucro que, desde principios de los años 90, busca impulsar los géneros fantásticos mediante actividades, antologías participativas de relatos y una

convención anual de aficionados a la fantasía y la ciencia ficción llamada HispaCon (este año se realiza en Ferrol del 7 al 9 de septiembre y si vienes nos encontrarás allí).

Los Premios Ignotus son unos galardones instaurados en 1991 otorgados por la asociación a obras de ciencia ficción, fantasía o terror publicadas en España en alguna de sus lenguas oficiales durante ese año y toman su nombre del seudónimo con que firmaba sus obras el autor José de Elola. La selección inicial de obras candidatas se hace con propuestas de todos aquellos miembros del público que se den de alta en su censo electoral. Después, una vez obtenidas las obras finalistas, son los miembros de la asociación los que votan al ganador de cada categoría. Esta segunda ronda de votaciones permanece abierta hasta la misma HispaCon, momento en el que se cierran las votaciones y se reconocen las obras galardonadas durante la gala del mismo evento. Según explican en su propia web, los Premios Ignotus buscan ser el equivalente en España de los



Premios Hugo estadounidenses, uno de los mayores honores que se pueden alcanzar en literatura de ciencia ficción y fantasía, otorgados durante la WorldCon y elegidos con un sistema similar con dos rondas de votaciones por los miembros asistentes o afiliados a la convención.

En los Premios Hugo, además de numerosas categorías a obras literarias en diferentes formatos, existe la categoría de Mejor fancast, Mejor fanzine y Mejor semiprozine, para podcasts de fans y revistas no profesionales y semiprofesionales, que buscan agradecer a la maravillosa comunidad literaria que se ha creado en torno a estos géneros fantásticos. En los Premios Ignotus no existía separación entre categorías profesionales hasta esta última edición, en la que decidieron dejarse fuera las producciones profesionales y contamos únicamente con las categorías de Mejor Revista y Mejor Producción Audiovisual.

La literatura española de género no llega todavía a la aceptación y renombre de la anglosajona, pero es gracias a actividades y galardones como los de Pórtico que se ha impulsado y se ha creado el espacio para que nuestra literatura salga de los márgenes y comience a crecer. En España también se escribe buena literatura de género fantástico y cada vez la comunidad de lectores es mayor,

y por fin podemos celebrarlo con los Premios Ignotus. Ya comentábamos al principio del artículo que seguimos sin creernos que Droids & Druids esté en esta lista de finalistas Ignotus 2022 en las categorías de Revista y Producción Audiovisual (*podcast*), así que lo único que queremos es agradeceréte. Sí, a ti, estimado lector, que nos sigues desde el comienzo y nos ayudas con cada descarga. A ti y a todas las personas que nos escuchan en el podcast y que hacen que merezca la pena seguir: muchísimas gracias.

Os dejamos la lista completa de finalistas a continuación y os recomendamos echarles un ojo a todas las obras y darle una oportunidad a la estupenda literatura de género que se escribe por aquí.

#### **Novela**

- *Brujas de arena*, de Marina Tena Tena (Ed. Insólita)
- *Dientes rojos*, de Jesús Cañadas (Ed. Oscura)
- *Innombrable*, de Caryanna Reuven (Ed. Crononauta)
- *La luna de Gathelic*, de Inés Galiano (Ed. Malas Artes)
- *Las edades de Itnis*, de Salvador Bayarri (Ed. Premium)
- *Omega*, de Isabel Pedrero (Ed. Insomnia)

#### **Novela corta**

- *Carcoma*, de Layla Martínez (Ed. Amor de Madre)



- *El asesinato de Leah Phar*, de Rafael de la Rosa (Ed. Cerbero)
- *La caza del último ojáncano*, de G. G. Lapresa (Ed. Cerbero)
- *Pollo en pepitoria*, de Andrés Zelada (Ed. Cerbero)
- *Sagato*, de Enerio Dima (Ed. Cerbero)

### Cuento

- *Cinco mil dólares*, de Isabel Pedrero (en Literentropía, nº 3)
- *Interregno*, de Nieves Delgado (en el sitio web Patreon de Crononauta)
- *No te sientes a la mesa de la bruja*, de Marina Tena Tena (en el sitio web Patreon de Crononauta)
- *Sentir lo suficiente*, de Caryanna Reuven (en el sitio web Patreon de Crononauta)
- *Vallparadís*, de Inés Galiano (autoeditado)

### Antología

- *Bestiario de Tierra y Tinta*, de Clara Dies Valls (autoeditada)
- *Cuentos para Algernon: Año IX*, de autoría múltiple (Ed. Marcheto)
- *Exilium: Primer Impacto*, de autoría múltiple (Ed. Cerbero)
- *La hermandad de la noche: cuentos de sangre y oscuridad*, de autoría múltiple (autoeditada)
- *Todas las chicas descalzas*, de Nieves Mories (Ed. Dilatando Mentes)

### Libro de ensayo

- *Domingo Santos. Una vida de ciencia ficción*, de Mariano Villarreal (Ed. El Transbordador)

- *Infestación*, de Érica Couto-Ferreira (Ed. Dilatando Mentes)
- *La Nave Invisible: 5 años de travesía*, de autoría múltiple (autoeditado)
- *Todas Gamers quinto aniversario Vol. 2: Con más esdrújulas*, de autoría múltiple (autoeditado)
- *Soy lo que me persigue*, de Ismael Martínez Biurrun y Carlos Pitillas Salvá (Ed. Dilatando Mentes)

### Artículo

- «Autistas existen o el fascinante (no) proceso de buscar ficción especulativa autista», de Andrea Penalva (en La Nave Invisible)
- «¡Houston! ¿Houston? ¿Me recuerdas?», de Laura Huelin (en La Nave Invisible)
- «La importancia del espejo: por qué hacer reescrituras queer de clásicos», de Andrea Penalva (en La Nave Invisible)
- «Las 40 mejores novelas de viajes en el tiempo», de David Nel (en el sitio web David Nel)
- «El universo en “F” del genio de Maine», de David P. Yuste y Tony Jiménez (en Círculo de Lovecraft, nº 17)

### Ilustración

- Cubierta de *En las profundidades*, de Joey Hi-Fi (Ed. Crononauta)
- Cubierta de *Exilium: Primer Impacto*, de Juan Alberto Hernández (Ed. Cerbero)
- Cubierta de *Innombrable*, de Sara H. Randt (Ed. Crononauta)
- Cubierta de *Las bestias olvidadas de Eld*, de María Matos (Ed. Duermevela)



- Cubierta de *Vallparadís*, de iSouru (autoeditada)

### Producción audiovisual

- Café librería, canal de Twitch de Carla Plumed
- Droids & Druids, *podcast* de Amanda Iniesta, Elena Torró e Inés Galiano
- La cuarentena, programa de Editorial Cerbero
- Las escritoras de Urras, *podcast* de Maielis González y Sofía Barker
- Lumak, *podcast* de Ander Mombiela y Eleazar Herrera

### Tebeo

- *Calavera lunar*, de Albert Monteys (Ed. Mai Més)
- *Chocozombi apocalíptico*, de Felipe Arambarri, Miguel Ángel Sánchez y Samir Karimo (autoeditado)
- *Enseñanza Mágica Obligatoria*, de Sergio S. Morán (autoeditado)
- *Nada del otro mundo*, de Laurielle (Ed. Fandogamia)
- *Villanueva*, de Javi de Castro (Ed. Astiberri)

### Revista

- *Círculo de Lovecraft*, de Amparo Montejano
- *Droids & Druids*, de Inés Galiano y María Dolores Martínez
- *Supersonic*, de Alicia Pérez Gil, Cristina Jurado y Nieves Mories
- *Tentacle Pulp*, de Francisco Javier Giménez Carrero

- Windumanoth, de Álex Sebastián, David Tourón y Víctor Blanco

### Novela extranjera

- *Gideon la Novena*, de Tamsyn Muir (traducción de David Tejera Expósito, Ed. Nova)
- *La ciudad justa*, de Jo Walton (traducción de Blanca Rodríguez, Ed. Duermevela)
- *Las mareas negras del cielo*, de Neon Yang (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Duermevela)
- *Piranesi*, de Susanna Clarke (traducción al castellano de Antonio Padilla Esteban, Ed. Salamandra)
- *Reyes de la tierra salvaje*, de Nicholas Eames (traducción de David Tejera Expósito, Ed. Gamon)

### Novela corta extranjera

- *En las profundidades*, de Rivers Solomon, Daveed Diggs, Jonathan Snipes y William Hutson (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Crononauta)
- *La belleza*, de Aliya Whiteley (traducción de José Ángel de Dios, Ed. Dilatando Mentes)
- *La maldición del tranvía 015*, de P. Djèli Clark (traducción de Rebeca Cardeñoso, Ed. Duermevela)
- *Los hilos rojos de la fortuna*, de Neon Yang (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Duermevela)
- *Se buscan mujeres sensatas*, de Sarah Gailey (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Crononauta)



- *Ser devorado*, de Sara Tantlinger (traducción de José Ángel de Dios, Ed. Dilatando Mentes)

**Cuento extranjero**

- *Guía para razas trabajadoras*, de Vina Jie-Min Prasad (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Crononauta)
- *La mujer de terracota*, de Zen Cho (traducción de Rebeca Cardenoso, Ed. Duermevela)
- *Madres cañeras en el apocalipsis zombi*, de Rae Carson (traducción de Carla Bataller Estruch, Ed. Crononauta)
- *Me casé con un monstruo del espacio exterior*, de Dale Bailey (traducción de Marcheto, en Cuentos para Algernon)
- *Señor Muerte*, de Alix E. Harrow (traducción de Marcheto, en Cuentos para Algernon)

**Sitio web**

- ConsuLeo, de Consuelo Abellán
- Cuentos para Algernon, de Marcheto

- Matreon, de Crononauta
- La Nave Invisible, de autoría múltiple
- La Tercera Fundación, de la asociación Los conseguidores

**Libro Infantil-Juvenil**

- *Catalejos para mirar muy de cerca*, de Maielis González (Ed. Cerbero)
- *El campamento*, de Rocío Remesal (Ed. Cerbero)
- *El ciclo de vida de la mariposa nocturna*, de Bruno Puelles (Ed. Dolmen)
- *El medallón de la luna*, de Alba G. Callejas (Ed. Selecta)
- *La hija de la bruja*, de Yolanda Camacho (Ed. Cerbero)



# Fantaciencia: androides, druidas y el puente que los une

Artículo por Aitor Aráez Pérez

De acuerdo, estás pensando en escribir fantaciencia: un género híbrido potencialmente problemático en cuanto a su definición. Y si ya es difícil definirlo, más difícil es escribirlo, ¿verdad? Ahí vienen las dudas, los ¿y si es solo fantasía o ciencia ficción? Si añado tecnología a mi mundo mágico, ¿es ya fantaciencia? ¿Y un guiño a la magia en mi planeta lejano? ¿Lo estoy haciendo bien? ¿Dónde establezco el límite? Comencemos, entonces, a definir el género.

La Fantaciencia se define como un género a medio camino entre la fantasía épica y la ciencia ficción. No obstante, este tipo de definiciones tiene el problema de ser terriblemente ambiguas. ¿Cómo definimos el medio camino? ¿Cuántos ordenadores tiene que manejar un orco para pasar de fantasía a fantaciencia? Y si maneja demasiados, ¿nos pasamos de rosca y nos convertimos en ciencia ficción? ¿Dónde está el límite exacto?

Para establecer el límite, o al menos el espacio donde confluyen los dos géneros, debemos precisarlos. Por

un lado, el género fantástico se define como un género artístico en el que hay presencia de elementos que rompen con la realidad establecida. Por otro lado, la ciencia ficción se define como un género especulativo que relata acontecimientos posibles desarrollados en un marco imaginario, cuya verosimilitud se fundamenta narrativamente en los campos de las ciencias físicas, naturales y sociales.

No obstante, atendiéndonos a estas definiciones, ¿la fantasía no entra dentro de la ciencia ficción? Y si en mi mundo ficticio la magia se construye a partir de leyes naturales establecidas y coherentes con esta misma realidad, ¿es fantasía o ciencia ficción?

Ahora bien, seamos sinceros: ¿a alguien le importan las definiciones de libro para algo tan cotidiano como el tipo de contenido que consumimos? ¿No sería mejor preguntar a las personas de a pie qué creen que es cada género? Pues bien, eso he hecho: he preguntado a varias personas de mis distintos círculos sociales para que me ofrezcan estas definiciones. Al pedir



que me precisen el género fantástico, recibo respuestas como: «género que no puedo creer que exista en mi realidad», «un mundo donde hay magia y criaturas mágicas o hechos sobrenaturales» o «incluye elementos que no existen ni tampoco pueden existir». En cambio, la ciencia ficción la definen como: «elementos científicos que pueden ser reales, pero que van más allá de nuestros límites actuales», «naves espaciales y rayos» y «se asemeja más a la realidad, quizá un futuro hipotético». A partir de sus términos, podemos sacar conclusiones.

La fantasía es, entonces, aquella que contiene elementos que rompen con nuestra realidad establecida y que, en ningún caso, ni siquiera un futuro hipotético, podrían darse. La ciencia ficción también rompe con nuestra realidad establecida, pero se asienta en el campo de las ciencias y nos genera una mayor cercanía y sensación de realidad.

¿Hemos resuelto ya la duda? ¿Sabemos ahora qué es la fantaciencia? Todavía no. Ahora nos toca echar la vista atrás unos pocos años. Ya en 1986, Tomás Albaladejo, figura clave española en el estudio de la semántica extensional, publicó *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*. En este libro, el teórico literario distingue tres tipos de realidades referenciales sobre las

cuales podemos construir discursos: el modelo de mundo I (MM-I), el de lo verdadero —un libro de historia, por ejemplo, o un artículo periodístico—; el modelo de mundo II (MM-II), el de lo ficcional verosímil —*La Regenta*, *La señora Dalloway* o cualquier novela ficticia que se construya en un mundo similar al nuestro, sin elementos que rompan sus leyes naturales—; y el modelo de mundo III (MM-III), el de lo ficcional inverosímil —*El señor de los anillos*, *Harry Potter* o *La historia interminable*, por ejemplo—. Un modelo de mundo consiste en la construcción mental que todos y cada uno de nosotros llevamos a lo largo de nuestra vida a partir de la realidad que nos rodea. Así, estos tres modelos de mundo se comparan con nuestra propia realidad. De ese modo, el MM-I es verdadero porque coincide en su totalidad con el nuestro; el MM-II es verosímil, pero ficcional, al fin y al cabo; mientras que el MM-III, además de ficcional, es incompatible e inverosímil con el mundo que nos rodea —aunque, dentro de este mundo ficticio, los elementos fantásticos deben ser verosímiles y coherentes entre ellos—.

De este modo, la Teoría Literaria consigue un estudio que le permite analizar este tipo de construcciones siguiendo unas pautas académicas. No obstante, Francisco Javier Rodríguez Pequeño aparece y dice: «¿y la ciencia



ficción qué?». Así, desarrolla un nuevo modelo de mundo: el modelo de mundo de tipo IV (III en su división) o el modelo de mundo de lo fantástico verosímil, aquello que incumple las leyes del mundo real objetivo, pero consigue que el receptor, consciente e intencionadamente por parte del productor, acepte dicha estructura de conjunto referencial como posible dentro del mundo real objetivo. Es decir, divide el MM-III de Albaladejo en dos: un MM-III, fantástico verosímil, donde inserta la ciencia ficción; y un MM-IV, fantástico inverosímil, reservado para la fantasía. Y es que estos dos géneros comparten elementos fantásticos, elementos que rompen leyes naturales de nuestro mundo, aquel que nos rodea, pero mientras que la fantasía abraza la inverosimilitud y no te intenta demostrar que sus elementos sean posibles en la realidad, la ciencia ficción intenta convencerte con argumentos asentados en la ciencia, al menos en apariencia, de que «esto quizá sea posible en un futuro». Así, jamás veremos un debate relativamente serio acerca de si la magia de *El nombre del viento* pudiera ser real o no, pero sí podemos encontrar foros, muy bien informados, sobre *posibles* viajes en el tiempo, de qué manera tendría que evolucionar la ciencia y qué cuestiones naturales deberían resolverse antes.

No obstante, aparece el género de la fantaciencia: el medio camino entre la fantasía épica y la ciencia ficción. Rodríguez Pequeño nos diría que este tipo de literatura siempre se enmarcaría en un MM-IV, ya que la existencia de un solo elemento fantástico inverosímil convertiría todo el modelo de mundo en fantástico inverosímil. Sin embargo, no nos importa mucho su opinión en este aspecto. Gracias a sus teorías y su metodología de análisis de elementos, podemos estudiar el esqueleto narrativo y semántico extensional de una obra, enfocándonos en el modelo de mundo sobre el cual se construye, pero este no lo es todo para definir el género literario de la obra en cuestión. Si yo, por ejemplo, escribiera un relato ambientado en el universo ficticio de la saga *Harry Potter*, pero este estuviera protagonizado por *muggles* y no se incluyera ningún elemento fantástico de peso para la trama, a excepción de algún *easter egg* que permita al lector saber que nos encontramos en esta ambientación, ¿el relato entraría dentro del género de la fantasía? Por supuesto que no. El género, a pesar de hallarse influenciado por el mundo sobre el cual se construye la narración, no viene dado por este en su totalidad. ¿Una historia acerca de dos jóvenes ladronas en el planeta Tatooine que cuenta cómo logran robar comida para



alimentar a sus hermanos es ciencia ficción? Bueno, su mundo se enmarca dentro de la ciencia ficción, pero el género de este relato se acercaría más a la picaresca, siempre y cuando sus métodos no involucren elementos de ciencia ficción y la acción se desarrolle en torno a aquello que es común entre nuestros mundos, como una buena retórica o un excelente juego de manos.

La fantaciencia, entonces, necesita de un mundo donde la fantasía y la ciencia ficción puedan coexistir, pero estos elementos deben hallarse equilibrados y tener peso en la acción narrativa. No basta con aparecer, sino que deben aportar. La serie de cómic *Saga* se define como una *space opera*, épica y fantástica: una verdadera fantaciencia. La serie describe a dos amantes pertenecientes a dos razas extraterrestres envueltas en un largo conflicto bélico, Alana y Marko, que escapan de las autoridades de ambos bandos de una guerra mientras luchan por cuidar a su hija recién nacida, Hazel, quien relata la serie. En esta historia, hallamos elementos de peso que nos permiten definir la obra como los dos géneros de lo que hablamos: el planeta de Alana es eminentemente bélico y construido a raíz de avances tecnológicos, mientras que la comunidad de Marko es capaz de usar magia —a través de conjuros en esperanto—. Hallamos pistolas láser,

planetas habitados por robots y naves espaciales, pero también el espíritu de una muchacha que hace de niñera de la pequeña Hazel o un cohete espacial que en realidad es un árbol caído con propiedades mágicas.

Al final, se aprende con el ejemplo. Por ello, *Droids & Druids* publica su *Antología de Fantaciencia*, una antología de relatos de este género donde abundan los ejemplos: sirenas y otras criaturas mitológicas mecánicas, temor a la ciencia y confianza en la magia o brujas en el espacio.

Y es que ahí está el verdadero punto de la fantaciencia, el espacio en el que confluyen los dos géneros. La Teoría Literaria nos permite definir el modelo de mundo de la obra, pero este no establece por completo el género —aunque ayude una barbaridad, claro—. El género viene dado por la trama, la acción narrativa, los personajes y sus relaciones y, también, el modelo de mundo en el cual se construye.

Así que si quieres escribir fantaciencia, pero tienes un miedo terrible a no hallar el punto exacto de este género híbrido, tan solo enumera todos los elementos fantásticos de tu obra: por un lado, aquellos que son verosímiles y quizá pudieran ser posibles, quién sabe si en un futuro o en un pasado paralelo; y, por otro lado, aquellos que son inverosímiles y responden a una verdadera fantasía sin



cabida en nuestro mundo. Pésalos, equilíbralos, obsérvalos. Si tanto unos como otros son necesarios para tu historia, si su ausencia cambiaría por completo todo lo narrado e hiciera tambalear todo lo construido, entonces enhorabuena, porque has encontrado el puente que une a los androides con los druidas.

---

**Aitor Aráez**

@KreosPrattio

Corrector y redactor.

Lo engañaron para meterse en la revista. Le gustan las historias con sangre, brujas y terror. También las que tienen hadas, flores y muchos arcoíris. Más druida que droide.

## PRESENTACIÓN Y CHARLA DE FANTACIENCIA

- CHARLA DE FANTACIENCIA
- PRESENTACIÓN ANTOLOGÍA
- LECTURA DE FRAGMENTOS

¡VEN A CONOCER AL EQUIPO DE  
LA REVISTA Y LES AUTORES DE LA  
ANTOLOGÍA!



**G I G A M E S H**

**20 SEP - 18:30**  
C/ BAILEN, 8 BARCELONA



# El potencial de las transformaciones en la narrativa

Artículo por Antonio Galindo López.

Muchos han sido los temas tratados en literatura y todos tienen su encanto. Sin importar lo manido, trillado o explotado que haya sido, siempre se puede buscar un nuevo enfoque para esa temática que nos llama. Puestas en el punto de materia y con toda una gama de posibilidades, las transformaciones han dado mucho juego en todos los medios posibles. ¿Quién no ha visto una película donde el protagonista cambia de forma? ¿Cuántas veces habéis leído una novela con personajes capaces de hacerlo? Su encanto está ahí, su potencial es casi infinito.

Antes de entrar en materia, quisiera resaltar algo clave no solo para este tema, sino para todos los posibles: el simbolismo detrás de ellos. Más que el hecho de que se produzca un cambio o haya una alteración en su desarrollo, lo realmente valioso responde al porqué de ello. Nada ocurre sin una explicación y todo tiene un motivo, pero si se trata de transformaciones, independientemente de qué tipo sean, hay mucho más de lo que se revela en primera instancia, un secreto oculto que solo está al alcance del ojo atento.

Reconozco que tengo un gusto especial por encontrar los *easter eggs* que con tanto mimo ocultan los autores, por eso siento una afinidad especial al respecto.

A continuación, iré ahondando en los distintos tipos que pueden darse en las historias. Para ello voy a enfocarme primero en las metamorfosis más básicas para adentrarme después en las menos típicas, tocando un par de ellas que no se suelen tener mucho en cuenta. Tomando esta base, comencemos matizando las dos categorías más claras: las que son de carácter externo y las que son de carácter interno.

Comenzando con las más comunes, no es nada extraño ver cómo un personaje humano sufre una metamorfosis irreversible en otra cosa, mayormente monstruos o criaturas sobrenaturales. Sea bien por una mutación, efecto de la magia o de forma natural, la mayoría de los medios en que puede pervivir una historia ya se han encargado de dar buena cuenta de estas transformaciones explotando un factor en concreto: lo grotesco de la alteración. Un ejemplo insigne en este campo lo



encontramos en la saga *Resident Evil*, famosa por ser el mayor exponente de los *zombies* en la cultura popular y la gran cantidad de videojuegos y películas a sus espaldas. Mas si miramos a una saga literario encontramos uno de estos cambios en *Ruina y Ascenso*, tercer libro de la trilogía *Grisha* de Leigh Bardugo. En esta historia, el personaje Nikolai Lantsov es atrapado por el poder de las sombras y se ve consumido por ellas hasta convertirse en una criatura tenebrosa compuesta de tinieblas.

Ahora bien, si miramos el caso contrario y es la entidad sobrenatural la que sufre la transformación, no son pocos los referentes claros a disposición de los curiosos. A diferencia de las anteriores, el detonante que provoca la reversión está más enfocado en lo emocional que en lo físico, dándose un cambio interno antes que el corpóreo. El caso más claro lo encontramos en *La Bella y la Bestia*, obra sujeta a una doble autoría: una primera versión de 1740 con autoría reconocida a Gabrielle-Suzanne Barbot de Villeneuve y otra posterior de 1756 atribuida a Jeanne-Marie Leprince de Beaumont. En este cuento original posteriormente adaptado por Disney, un príncipe egoísta es transformado en bestia y retiene a una bella joven a su lado. Con el tiempo, este acaba desarrollando afecto hacia ella y vuelve a ser humano.

Por supuesto, encontramos otros casos más directos como el de la película *Van Helsing*, donde una versión de Mr. Hyde es asesinada por el legendario cazador y, tras su muerte, se descubre que el monstruo nunca dejó de ser un hombre en su corazón.

Pasando a los desencadenantes de estas transformaciones, la primera culpable que se viene a la mente siempre son las maldiciones. Normalmente lanzadas por una bruja, hechicero o alguna entidad poseedora de magia, son la consecuencia directa al agravio sufrido por un personaje en cuestión; sin embargo, rara vez han sido por motivos justos y en la mayoría de ocasiones son debidas a emociones negativas: celos, envidia, ira, despecho, etc. Si nos fijamos en la *Saga del brujo*, la historia original en la que se basan los videojuegos *The Witcher*, encontramos al personaje Nivellen en *El último deseo*, libro que inicia las aventuras de Geralt de Rivia. Irónicamente, este es uno de esos casos donde la maldición está plenamente justificada: tras robar un templo y sobrepasarse con una sacerdotisa, provocando la muerte de esta, ella lo maldice antes de morir diciendo que «era un monstruo en la piel del ser humano». Otro ejemplo más clásico, fruto de una injusticia, lo encontramos en *Tarantella*, donde una joven es transformada en una araña



monstruosa al rechazar el amor de un hechicero.

A raíz del ejemplo anterior, no todos los cambios tienen que ser en criaturas sobrenaturales, de hecho, un gran número provoca el cambio en animales, ya sea por deseo del usuario o involuntaria. No hace falta irse a un referente concreto, gran número de mitologías engloban a toda clase de seres con esta capacidad, desde aquellos dotados de poderes mágicos (chamanes, brujas, etc.) hasta criaturas que han desarrollado ese don con el tiempo (yokais, espíritus de la naturaleza, etc.). Un buen ejemplo de este caso es Beorn, personaje de *El hobbit* con posible influencia en los *skin-walkers*, humanos con la capacidad de transformarse en un animal concreto cuya piel portaban. De gran tamaño y con la capacidad mágica de convertirse en oso, representa la unión indivisible entre el folclore mitológico y las novelas de fantasía. Otra posibilidad se encuentra en la alteración de criaturas concretas para una saga en específico, tal es la circunstancia que sea den *Los lobos de Mercy Falls*. Tomando como base a los hombres lobo, esta saga modifica la especie de la siguiente forma: son humanos con la capacidad de transformarse en lobos al llegar el invierno y recuperar su aspecto humano en primavera, pero, con el paso

del tiempo, se verán atrapados en el cuerpo del animal para siempre.

Si algo bueno tienen los videojuegos es que es una industria en la que todo tiene cabida y nada es excluido, por lo que han encontrado múltiples maneras de explotar lo que a transformaciones se refiere. En relación con el reino animal, diversas franquicias se han desarrollado entorno a la creación de seres y seres capaces de evolucionar de sí mismos, en especial dos de ellas: *Pokémon* y *Digimon*. Muy parecidas, pero con notables diferencias entre ellas, ambas han crecido siguiendo un patrón muy claro: crear generaciones y generaciones de seres con la capacidad de progresar y cambiar en formas más fuertes. Teniendo en cuenta esto, la mayor diferencia entre ellas radica en el tratamiento de estas formas de vida (similares a animales en el caso de *Pokémon*, programas informáticos con independencia propia en el de *Digimon*) y su similitud más característica es la posible subordinación de estos a los seres humanos.

Muchas veces no se tiene en cuenta que el desarrollo de un personaje, aparte de un proceso ligado a la trama y a su crecimiento personal, también es un tipo de transformación, tanto física como emocional. En lo referente a transformaciones, considero que solo el desarrollo de su



personalidad puede considerarse sujeto a esta temática, ya que el crecimiento es algo inherente al paso del tiempo. Si bien existen un número de casos prácticamente igual a la cantidad de personajes e historias existentes, quiero señalar dos muy concretos dentro de mis favoritos: Jace Herondale de *Cazadores de Sombras* y Kvothe de *Crónica del Asesino de Reyes*. Ambos han pasado por circunstancias muy duras que han modelado su carácter, pero el cambio ha sido tan drástico que prácticamente han renacido como personas totalmente diferentes. Enfocándome en el cambio directo de cada uno, Jace pasa de una actitud fría y cínica con el resto del mundo al comportamiento amable y pícaro que muestra con aquellos que le importan, siendo esta tu personalidad definitiva; en cambio, Kvothe deja atrás su carácter positivo, soñador y curioso para convertirse en apenas una sombra de sí mismo, convirtiéndose en alguien práctico y conformista que no quiere nada de la vida.

Dejando a un lado los cambios ocurridos a personajes, es hora de explorar aquellos que son ajenos a estos. De carácter muy visual e impactante para los lectores/espectadores, las transformaciones a los escenarios son un elemento que da mucho juego a nivel narrativo y son, cuanto menos,

sorprendentes. En este campo destacan dos tipos de alteraciones concretas: aquellas que modifican el terreno ya conocido o una deformación siniestra en un mundo paralelo. De vuelta al mundo del Grishaverso, encontremos dos fenómenos concretos que modifican el escenario basados en la muerte y la vida respectivamente. El primero de estos corresponde a La Sombra, una especie de niebla oscura con una plaga de monstruos en su interior; el segundo a los Milagros, distintas manifestaciones sujetas a las leyendas de los llamados Santos, personas veneradas que sufrieron martirios y comenzaron a ser adorados por las distintas regiones del mundo. Respecto al otro ejemplo, no hay más que adentrarse en *Silent Hill* o ver *Stranger Things* para ver dos reflejos oscuros de la realidad que siguen principios muy distintos: uno es una ilusión de pesadilla fundada en los traumas de los protagonistas (*Silent Hill*), el otro es una dimensión paralela dominada por seres corruptos (*Stranger Things*).

Incluso los objetos tienen la capacidad de transformarse, especialmente en lo que a fantasía se refiere. Sin embargo, existen vestigios históricos de diferentes armas con esa capacidad que, más que sujetas a cambio, admitían la separación o modificación en su diseño, tales como el nunchaku de tres secciones o la espada oculta. De



vuelta a los ejemplos, franquicias de videojuegos de lucha como *Soul Calibur* incluyen varios personajes con armas transformables, como es el caso de Ivy, quien lucha con una espada serpiente, o Setsuka, que oculta una espada en una sombrilla. En cuanto a lo que animación se refiere, el anime *Bleach* destaca por una particularidad concreta: varias razas (Shinigami, Arrancar) pueden transformar sus katanas en toda clase de armas. Es especialmente simbólica la diferencia entre estos dos grupos, ya que los primeros las convierten en armas y los segundos las utilizan para mutar sus cuerpos en nuevas apariencias bajo el nombre de «Resurrección».

Dicen que la vida es constante cambio y esta frase se vuelve una

verdad absoluta cuando se dan transformaciones en los individuos. Mucho se ha escrito hasta ahora, pero estoy seguro de una cosa: esta temática nos sorprenderá en el futuro con nuevos y fascinantes cambios.

---

**Antonio Galindo López**

@antoniogl\_94

Escritor, corrector, bloguero y apasionado de la lectura. Administra *El hogar del soñador*, un blog dedicado a las reseñas y contenido variado enfocado en la literatura. Actualmente está trabajando en #ProyectoLeyendas y #ProyectoElegidos, ambas sagas de fantasía, y un nuevo *crowdfunding* para *Criaturas*. @CodigoCriaturas



# Colaborar con creadores de contenido

Tips de Sara (Perdida entre novelas)

No cabe duda de que las redes sociales son un pilar fundamental en nuestra sociedad; si eres escritor, también.

Ahora bien, ¿cómo puedes dirigirte a un creador de contenido para proponerle colaborar y que salga bien?

Lo primero de todo es decir que yo no soy una experta en *marketing*, sino que hablo desde mi propia experiencia como creadora de contenido. Todas las personas que subimos cosas a redes somos diferentes, y lo que hoy te voy a contar puede que te sirva con algunos, pero no con otros.

Mi primer consejo es que eches una ojeada al perfil con el que quieres contactar. Parece muy obvio, ¿verdad? Pues no sabes la cantidad de mensajes que he recibido ofreciéndome géneros que no leo, tales como poesía, romántica e incluso libros sobre política, cuando no me interesan ninguna de las tres cosas.

Si das con un creador que lea cosas del estilo de las que tú has escrito, darás con un público al que le interese lo que tengas que contar.

En segundo lugar: ¡preséntate! Lo sé, lo sé, también muy evidente, pero, de nuevo, la cantidad de mensajes

diciendo: «Hola, he escrito un libro, ¿te interesa que te lo mande?» es mayor de la que crees. Si no sé quién eres ni de qué trata tu novela (o ni siquiera cómo se titula, para hacer el esfuerzo de buscarla yo), no sé si me interesa o no.

En cada mensaje que vayas a escribir, di tu nombre, el título de tu novela y, a rasgos generales, de qué trata. ¡Cuanta más información, mejor!

Otra cosa muy obvia, pero que tampoco suele ocurrir, es preguntar a la persona en cuestión si está interesada en leer tu libro; he perdido la cuenta de los mensajes que he recibido diciendo: «Aquí tienes mi libro, ¡que lo disfrutes!», dando por hecho que lo leeré. Siento que sueno muy egocéntrica al escribir esto pero, por favor, no asumas que alguien va a colaborar contigo.

Tampoco vendas tu novela como el fenómeno editorial del año. ¡Estoy segura de que es buena! Pero los continuos tuits diciendo la necesidad de todas las lectoras de leer esa novela porque ha sido alabada me hacen dejar de seguir a muchos autores (y sí, por increíble que parece, hay gente que hace esto).



Como ves, son cositas muy básicas, pero que pueden ayudarte mucho a la hora de presentarte ante un creador de contenido. Igual que preparas una propuesta para una editorial, ¡haz lo mismo con los creadores!

Somos una comunidad bien bonita dispuesta a echar una mano.

y la novela policíaca, aunque tampoco digo que no a tocar palos como el young adult.

---

**Sara - Perdida entre novelas**

@perdidanovelas

Estudié derecho, aunque mi verdadera pasión es la literatura, y planeo formarme como filóloga hispánica en un futuro (muy cliché, lo sé). Llevo años siendo creadora de contenido literario en blogs e Instagram, y es algo que no cambiaría por nada. Mis géneros favoritos son la fantasía, la distopía



# Entrevista a Celia Añó

Fragmento del episodio #DDMAG9 con Mariado e Inés

**Ines:** Te hemos traído a este episodio para hablar de escribir en formato corto. Ahora hablaremos de tus novelettes, pero ya que estamos podemos hablar también de tus relatos, que hemos visto que tienes muchísimos en multitud de antologías: háblanos sobre tus primeros relatos y por qué te acercaste al formato corto.

**Celia:** A mí me surgen muchas ideas, pero hay algunas que las puedes estirar como un chicle hasta el infinito. En cambio, otras más concretas que no dan para tanto y son buenas para relato. Cuando quiero escribir, hay ideas que brillan como estrellas, quieres ponerte con esas ideas y ver lo que sale de ellas. Las más intensas dan para novelette y las que menos para relato.

**Mariado:** Hemos visto también que has publicado estos relatos en muchas revistas y antologías. ¿Cómo ha sido encontrarlas? ¿Ha influido litertwitter a la hora de adentrarte en estas revistas, antologías etc?

**C:** Sí. Soy la que sueña con escribir, pero necesitaba una motivación para ponerme a escribir. Lo recomiendo mucho. Descubrí que me gustaba escribir cuando empecé con Fan Fics en foros. Eran malos, pero me lo pasaba

genial y descubrí lo divertido que era sacar cada día un capítulo. Eran basura pero basura maravillosa. [...] Cuando intenté centrarme, descubrí Litertwitter, en esa época inicial donde no había movidas. Eramos un puñado de gente sin experiencia y empezaron los concursos. Ahí volví a reencontrarme con el impulso de escribir. Me presentaba a cada concurso que veía. Fue un año muy bonito e inspirador. [...] Lo recomiendo mucho a la gente que está empezando: no te pongas en pensar en tu saga fantástica de catorce libros o una novela muy larga, sino céntrate en escribir algo cortito.

**M:** Hemos hablado de los relatos, pero nos faltan las novelettes. Todavía hay muchos lectores que no se han adentrado en este formato. ¿Cómo describirías este formato a alguien que no lo ha leído nunca?

**C:** Como se suele decir: barato, bonito y breve. Para mí lo bonito de la novelette es que es una experiencia muy intensa y breve. Es maravilloso para una situación en la que no tengas mucho tiempo de leer. Es una historia completa, no como en un relato, que es algo más corto, con menos personajes, enfocado a enviarte un mensaje o



hacerte reflexionar en una serie de páginas. Una novelette no, es una novela en formato pequeño literalmente, se suele editar en formato bolsillo. Es algo genial como un respiro entre lecturas más largas o densas. [...] Para escritores, me parece maravilloso comenzar con una novelette, porque vas a aprender mucho del ritmo, de los límites, de cómo estructurar una historia en formato cortito. Aunque escribas algo malo porque es lo primero que escribas, al menos lo habrás terminado, mientras que si empiezas por una novela puede que te quedes a mitad.

**I:** Te quería preguntar, a la hora de escribir, ¿qué diferencia dirías que tiene escribir un relato, una novelette y una novela, pero ya la has comenzado a contestar? Para escritores noveles a veces es difícil acotar. ¿Qué debe tener una novelette para que lo sea?

**C:** Diría simpleza, pero no es algo negativo. A veces asociamos la novela a la literatura de calidad y la novelette a algo rápido, pero no es así. Para mí es la diferencia entre tomarse un tentempié y un asado. En una novela tiene más margen: tienes la subtrama del arroz, de la carne, de la guarnición, etc. En una novelette tienes solamente la tostada

con la loncha de jamón que le has puesto. Para los personajes es lo mismo. A mí me encantan las historias corales. [...] Una historia coral te va a ocupar muchas páginas, porque cada personaje te pide un espacio para su voz y sus pensamientos. En una novelette no puedes permitirte ese lujo de meter catorce, no, como mucho dos o tres. Cada uno te va a empezar a ocupar espacio, y para mí esa es la diferencia más importante porque a la hora de la verdad te puedes leer una novelette que cuenta muchas cosas y novelas que son tochos pero te cuentan muy poco. Tal y como yo lo visualizo, es el espacio que tienes para contar lo que quieres contar.

---

¡Continúa escuchando la entrevista en el podcast o en nuestro canal de YouTube!





## **I PREMIO DROIDE DE NOVELETTE**

- ¿Te ha pillado el toro con la novelette para D&D?
- ¿Te has pasado todo el verano haciendo el vago en la piscina?
- ¿Has olvidado a qué día estamos?
- ¿Lo dejas todo para el último minuto y ahora vas al cuello?
- ¿Habías perdido la "c" de tu teclado y estaba debajo de la nevera?

No te preocupes, tenemos la solución

**¡Ampliamos el plazo! Puedes mandarnos tu manuscrito\* hasta el 20 de Septiembre**



\*CONSULTA LAS BASES EN [DROIDSANDDRUIDS.COM](http://DROIDSANDDRUIDS.COM)

# TABLÓN ANUNCIOS

Descubre los nuevos proyectos de los autores de la revista Droids & Druids



**MARIO DURÁN**

Publica relatos en la antología Legado, una historia sobre cómo es vivir con la sobre una madre y su hija que recuerda a su padre, y en la Antología Monería, sobre las aventuras de una piña.



**LAURA R. RODRÍGUEZ**

Publica una historia de amor prohibido entre sibilo y guardia, la historia que recompuso el corazón quebrado del dios del amor, y próximamente, #Proyecto Pozo, depresión y la lucha contra nuestros demonios internos.



**ÁNGEL BELMONTE RODES**

Publica relato en antología De nombre y hueso, sobre un joven en una Alicante de tintes distópicos al que una sombra persigue desde que pone un pie allí @editorialelegales



**JACOBO RUFETE MARTÍNEZ**

Publica un relato corto narrado en Spotify, sobre el viaje del alquimista Ibsk y su aprendiz Salvia, quienes buscan bajo las olas del embravecido mar un codiciado ingrediente. @conservasrianxeira



**ALEJANDRO RODRÍGUEZ TÁRRAGA**

Publica una novela negra protagonizada por peluches rotos, El osito detective Dawson Felpa nos muestra un alma frágil expuesta a horrores que ningún peluche debería contemplar. @editorialtitanium



**ANA SAIZ Y ARIEN VEGA**

Publican cada uno un relato en la antología Con Corazón de la revista Generación Lectora.



**YOLANDA FERNÁNDEZ BENITO**

Publica relatos en la revista Weird Review y en Teoría Omicron sobre relaciones complicadas, además de varios artículos en el Blog Cylcon



**EDUARDO IRIARTE GAHETE**

Publica relato en la antología Visiones y Orgullo Zombi, sobre un anciano geoingeniero y en la antología Visiones, sobre un músico de Blues con un encargo de ultratumba



# MICRORRELATOS



# Vieja

Microrrelato de Ana Saiz García

\*Ganador del reto del Día del libro 2022 radioficcionado en la sección del Podcast Historias de Droids & Druids

«Vieja».

La palabra chirriaba en la cabeza de Dolores tanto como la compuerta de su querida *Brooke* mientras la abría.

«Vieja».

No, claro, el muchacho no había llegado a pronunciarla, no así. *SaturnComfort* habría tenido una reclamación instantánea. Pero Dolores la había visto reflejada en su cara imberbe; en la forma, entre la fascinación y el repelús, en que miraba su ojo de vidrio.

Dolores tiró las bolsas en la parte de atrás de Brooke y se dejó caer con rabia en su asiento. «Vieja».

Vale, eso podía entenderlo. Lo del ojo. No era el primero, ni sería el último, que miraba así su peculiar recuerdo de la guerra. Aunque era un insolente delator de su edad, se sentía orgullosa de poder lucirlo. La alternativa era peor, mucho peor.

Pero aquello... Aquello... ¿Cómo se había atrevido?

Dolores movió la cabeza y repitió con gesto burlón y voz forzada:

—Esta almohada es mucho más adecuada para personas de su edad.

«¡De su edad! ¡De su edad!». ¿De qué edad? ¿De la edad suficiente para ser su madre? ¿Su abuela? ¿Su bisabuela? ¿De qué edad, eh?

«Vieja».

¿Cómo se le había siquiera pasado por la cabeza decir eso a una clienta como ella? ¿Es que el traje no le decía absolutamente nada? ¿Ni el casco bajo el brazo?

Dolores miró por la ventanilla y vio al muchacho allí, al otro lado del escaparate de *SaturnComfort*. La observaba con curiosidad. Pues estupendo. Se iba a enterar.

«Vieja», ¿eh?

Se abrochó el cinturón de seguridad, se puso el casco y se bajó las gafas. Encendió los motores de Brooke, marcó las coordenadas, agarró bien los mandos y despegó, haciendo todo el ruido que pudo hacer, levantando todo el viento que pudo levantar. Ya en el aire, echó una última mirada al muchacho, que había salido de la tienda, y, aun a sabiendas de que no la escuchaba, le gritó:

—¡A ver si tú puedes hacer lo que hace esta vieja!



Entonces, obligó a Brooke a hacer su emblemática pirueta, que acabó con un salto al hiperespacio y un hiperexaltado grito de victoria.

Unos minutos después de abandonar Saturno, con los niveles de adrenalina y cabreo ya rebajados por la paz que le daba navegar entre las estrellas, Dolores puso el piloto automático y se

levantó a sacar sus compras de las bolsas.

Vaya.

Igual, *igual*, aquel impertinente jovencito sabía lo que hacía, después de todo.

En su vida había probado una almohada tan cómoda.

---

**Ana Saiz García**

@anasaizg

Con el corazón siempre dividido entre ciencias y letras, reparte su tiempo entre la consultoría informática y la escritura, y por culpa de ambas acaba pasándose la vida con un teclado en las manos y la cabeza en busca

de soluciones imaginativas. Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana. Nunca se ha puesto un crop top ni se ha hecho una manicura enojada, y tampoco le gustan los huevos poché.



# Col Lombarda

Microrrelato de Alejandro Rodriguez Shonen

\*Ganador del reto del Día del libro 2022 radioficcionalado en la sección del Podcast Historias de Droids & Druids

Sucedió algo muy extraño la otra noche. Debió tratarse de un sueño, claro, pero se sintió muy real.

Estaba tumbada en la cama, durmiendo, cuando recibí un WhatsApp. La aplicación decía que me lo había enviado Dios. En aquel momento me pareció la cosa más normal del mundo, así que lo leí. En el mensaje, Dios aseguraba ser mi fan número uno, que lo había comprobado con su omnisapiencia y que a nadie le gustaban mis libros más que a él. Estaba tan enganchado a mis libros que se tapaba los oídos cuando le rezaba pidiendo inspiración para una escena, porque no quería destriparse la historia.

Tan agradecido estaba conmigo, que se ofreció a hacer realidad mi mayor, fuera el que fuese. Sin reglas ni restricciones. Estaba dispuesto incluso a reescribir la realidad por mí.

Yo no sabía qué pedir, pues soy feliz con lo que tengo. No quería riquezas, por si me corrompía. No buscaba fama, pues me acababa de enterar de que a Dios le encantaba mi obra, e incluso había escrito un fanfic de ella, y ese nivel de popularidad a mí me bastaba.

Tampoco quería inspiración, pues sentiría que mi obra dejaría de ser mía. Así que, con la lógica imperante en el mundo de los sueños, decidí que el mejor deseo posible, el más chulo de la historia de la humanidad, era pedir que un alimento llevara mi nombre.

Dios me mandó un emoticono sonriente, como si hubiera sabido de antemano que eso es lo que iba a decir. Parecía tan satisfecho con mi respuesta que me supo mal cambiar mi deseo por una adaptación a imagen real de Netflix.

Estuvimos un rato pasándonos stickers graciosos hasta que le dije que era tarde y me tenía que dormir, que por la mañana tenía que ir a comprar coles. Nos despedimos de forma muy cordial, dejé el teléfono y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, me sentí abrumada, consciente por primera vez de la importante conversación que había tenido en sueños. Busqué desesperada entre mis chats recientes, pero no encontré ninguno con Dios. Tardé un rato en comprender que no había sido más que un sueño tonto.

Lo que le vengo a decir, señor agente, es que siento haberme puesto tan



nerviosa esta mañana y que pagaré encantada la multa. Pero necesito

saberlo ya. ¿Desde cuándo hay una col que se llama Lombarda?

---

**Alejandro Rodríguez Shonen**

@Shonen\_TheGreat

Alejandro Rodríguez Tárraga (Albacete) siente una enfermiza pasión por leer, contar y compartir historias. Este año ha publicado con la editorial Titanium su novela Dawson Felpa, sobre un osito de peluche detective. Ha publicado relatos en la antología «Calabazas en el trastero: Laberintos» de Saco de Huesos Ediciones, en la revista

digital «Absolem» y con la revista «Droids&Druids», en la cual uno de sus relatos se llevó el Premio Droide 2022 y con quien también publicará dentro de la antología «Fantaciencia», de Malas Artes Editorial. Compagina sus relatos, novelas y partidas de rol con la redacción de guiones para la webserie «One Shot-Quest», disponible de forma gratuita en YouTube. Vive en su querida Albacete natal y cuida de dos gatas que suman tres ojos.



## ¿Lo de siempre?

Microrrelato de Yolanda Fernández Benito

\*Ganador del reto del Día del libro 2022 radioficcionado en la sección del Podcast Historias de Droids & Druids

No le gustaba ir a la peluquería, pero su rebelde pelo le obligaba a sentarse una vez al mes en aquel sillón que le incomodaba más que el del ginecólogo o el del dentista.

Cuando escuchó «¿lo de siempre?», como de costumbre quiso decir «sí, por favor». Pero las palabras quedaron congeladas en su boca al ver lo que sucedía en el espejo.

Su desordenada melena crecía y crecía inundándolo todo. De repente, la gran mata de pelo convulsionó, separándose en mechones que flotaban en el aire como los tentáculos de un pulpo en el agua. Atónita vio cómo cobraban vida propia y se enzarzaban en un acalorado debate en el que al parecer ella no tenía ni voz ni voto.

—Yo agradecería, algo de color, un discreto morado, porque con la sosa que nos ha tocado, de colores vivos ni hablamos —dijo el mechón que levitaba cerca de la oreja derecha.

—Yo quiero un corte radical. Estoy harto de estar empapado en sudor. Con lo fácil que sería que cada vez que le da el sofoco se hiciese una coleta, pero por

no despeinarse... —se oyó gritar cerca de la nuca.

—¡Estás loco! Aún recuerdo la vez en la que se hizo un corte a lo *garçon*. ¡Qué manera de aplastarme! —dijo el mechón que se retorció en el remolino de la coronilla.

—Dejaos de inventos, que yo estoy bien y tengo todo el derecho de elegir, porque soy al que más se le ve —exigió el flequillo que pujaba por no levitar como sus colegas.

—Oye, ¿tú no has oído hablar del sufragio universal? Cada mechón un voto, con independencia de su grosor o ubicación —recriminó un mechón que ya peinaba canas.

Los gritos de su hijo, preguntando por un sello, la hicieron recobrar la consciencia. Se horrorizó al verse en el espejo: media melena con la nuca rapada y reflejos morados.

—¿Un sello chulo con uno de esos dibujos modernos? Lo he usado para enviar una postal de cumpleaños a tu abuela. ¿No sabes que los venden con adhesivo? —contestó a su hijo.

—¡Mamá! ¿Por qué coges mis cosas? —dijo el desesperado chaval al darse



cuenta de que su madre había chupado el sello de ácido que guardaba para la *rave* del fin de semana.

—Pues no me queda del todo mal. Atrevido, pero me gusta —murmuró

---

**Yolanda Fernández Benito**

@yolanda58209721

Me gusta observar el anodino mundo en el que vivo. Siempre encuentro un detalle, una cara, una imagen, un sonido que me sirven

mientras intentaba recordar algo de lo sucedido en la peluquería.

de inspiración para crear mis realidades paralelas. Aunque me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, he de reconocer que siempre en mayor o menor medida acaban teniendo un toque siniestro y oscuro.



# Dos Reinas

Microrrelato de Aitor Aráez Pérez

El caballo galopaba por todo el escenario bélico, deteniéndose pocas veces, las necesarias para que el jinete ensartara con su espada a los soldados que se cruzaban en su camino. La sangre era inevitable. Más incluso cuando, a lo lejos, podía distinguirse la figura de otro caballero, de armadura oscura, enemiga, ajena. La batalla estaba servida y no cesarían en su empeño hasta dar muerte al otro.

—Majestad, el caballero Roldán se mueve con demasiado ímpetu. Pronto será uno más entre los caídos —auguró el obispo Carlino, asentado a la derecha de su rey.

Este alzó la mano y ordenó callar al eclesiástico. Roldán era sensato y confiaba en su juicio. Solo cuando los carros cayeron, Roldán era pisoteado por su rival, Carlino escupía sangre y la soledad empapaba el lado de sus tierras, vacías, el monarca avanzó, lento y cobarde, huyendo de los ataques enemigos. No obstante, la reina tomó el control.

—Sois despreciable —declaró, mirando a su marido—. No servís para la batalla y esperáis que los vuestros mueran por vos.

El rey calló, sabedor de la verdad, mientras veía cómo la Reina Andra,

espada en mano, cargaba contra sus enemigos. Varias muertes después, algunas vacuas, como la infantería, y otras de renombre, como las de los caballeros nobles, la consorte escuchó una voz a su espalda:

—Nos volvemos a encontrar, Andra.

—Ielena —respondió escupiendo odio. Luego añadió, con sorna—: Te creía protegida.

—Ya no. Una ramera ha decidido masacrar mis tropas.

Andra sonrió. De su espada todavía goteaba sangre.

—Una lástima. Aunque también una oportunidad para vengar mi anterior derrota.

La Reina Ielena sonrió antes de abalanzarse contra la dama blanca. Filo contra filo y baile contra baile. Cargaban la una contra la otra, degollando a cuantas tropas, inmóviles, se acercaban a su duelo. Ya solo quedaban ellas, unos pocos soldados anónimos, un carro negro y dos reyes cobardes, cobijados, pero indefensos.

—¡A comer! —gritó la madre de Sandra y Elena—. ¡No lo repito más veces!



—¡Pero estamos terminando la partida!  
¡Un momento! —contestó Elena  
mientras Sandra miraba el tablero,  
intentando hallar la manera de ganar a  
su  
hermana mayor.  
—¡Que vengáis, que se enfría!

Las dos muchachas bufaron quejas,  
resoplaron y también rieron con las  
tripas hambrientas. Dejaron su guerra  
a medias, sin llegar a guardar las piezas  
para poder retomar el juego tras los  
macarrones con tomate de su madre.

---

**Aitor Aráez**

@KreosPrattio

Corrector y redactor.

Lo engañaron para meterse en la revista. Le  
gustan las historias con sangre, brujas y terror.  
También las que tienen hadas, flores y muchos  
arcoíris. Más druida que droide.



# Incursión del jueves noche

Microrrelato de Genaro Cedroscuro

Cuatro de cada cinco patatas echaban raíces antes de llegar a la cazuela. La restante, indefensa, era pelada y troceada para acabar de guarnición en el guiso de mediodía. Después de comer las mesas se limpiaban y la sala se despejaba. Había entonces quien se echaba una siesta, otras personas leían o jugaban, a solas o en compañía, y por supuesto no faltaba quien aprovechaba para hacer lo contrario y entrenaba, actualizaba sus armas y ensayaba formaciones de combate.

Al atardecer volvían a reunirse en la misma sala. Sobre una plataforma estaba preparado el portal de teleportación, rodeado del equipo técnico que se afanaba para que nada fallara en el último momento. Un holograma proyectaba la figura etérea del alto cargo al que le hubiera tocado soltar la arenga de motivación esa semana. A menudo ni siquiera trataban de ocultar el aburrimiento que les suponía cumplir con aquel protocolo. La distancia de un millón de mundos convertía las incursiones de la noche del jueves en un mero trámite.

Esta vez, sin embargo, hubo algo diferente.

El alto cargo era quizá un recién llegado, al que el cinismo aún no le había arrebatado la pretenciosa conciencia de su propia importancia. En su discurso grandilocuente no faltaron numerosas menciones al honor que entrañaba cruzar el Velo. Un par de veces, incluso, mencionó vagas promesas de vuelta a casa. En otro tiempo esta inusual ruptura de la rutina hubiera provocado cuchicheos, tal vez alguna broma cruel a costa de la esperanza renacida en los corazones más crédulos. Ya no.

Excepto por este detalle, la incursión se desarrolló como cada jueves.

Los grupos de combatientes nunca prestaban atención a las palabras del espectro holográfico. Hacía mucho que ni siquiera esperaban a que terminara para teleportarse. Por turnos subían a la plataforma, eran desintegrados y rehechos al otro lado del Velo. El proceso llevaba poco más de una hora. Cuando el holograma se despidió con un saludo estentóreo fue sustituido por fanfarrias, luego por silencio. No hubo aplausos. Continuaron cruzando el portal hasta que el último pelotón estuvo en aquél no-lugar donde cada jueves los actos de cobardía y heroísmo se sucedían sin que nadie alcanzara a distinguir unos de otros.



Horas después, el portal se reactivaba. El retorno ocupaba menos de media hora, pues había mucha menos gente que teleportar. Los cadáveres permanecían tras el Velo.

el injusto olvido en que ha caído la palabra paparrucha.

---

### **Genaro Cedroscuro**

Genaro Cedroscuro se licenció en Historia hace años, también hace años que trabaja con adolescentes y tiene sueño (desde hace casi más años aún). Su barba de tres días se insinúa al brillo de una vela en el rincón más recóndito de la taberna mientras, embozado en su capa oscura y raída, refunfuña sobre



## **POEMAS**



# Antojo

Poema de Irene B. Trenas

I: Alumbramiento

Carmen nació con una luna en el vientre,  
antojito de su madre,  
invocado por todos los mundos  
que un día quiso concederle (o eso le contaron).

Arrullo de lana virgen,  
un pulgar diminuto por chupete.  
Carmencita no llora, Carmencita duerme.  
Exclaman las vecinas: «Alba, qué niña más buena tienes».

Carne tierna, violáceos atardeceres,  
madre descalza en la tierra que  
canta nanas heredadas  
observando levantarse la cal de las paredes.

II: Niñez

Niña morena de huerta,  
deidad de sus abuelos.  
Carmen crece con leyendas  
que en verano riegan los senderos.

Cuando mamá llega de la siembra,  
quemán varas de romero.  
«Hay que ahuyentar al can,  
si nos huele, se pone fiero».

Carmen no entiende, eso de viejas son cuentos.  
En la puerta clava dibujos,  
los árboles aguantan su peso.  
«Hay que ver, Alba, que esta nena a na le tiene miedo».

III: Abriles



Roza los dieciséis  
cuando Paula besa su antojo.  
Qué van a decir en el campo,  
quién quiere ser costilla del enojo.

Carmen arranca el laurel,  
lo machaca en un mortero.  
Todavía no ha aprendido a creer,  
pero la congoja le quita el sueño.

Cómo va a esconderse un querer,  
maldita tierra de sangre y duelo.  
«Ya mismito nos iremos de aquí».  
Le aúlla la luna en el cuerpo.

#### IV: Plata

Picadura de tabaco,  
libros apilados en el suelo.  
Es lo que le deja Paula  
el día de su autodestierro.

El anillo brilla de noche,  
oro y saliva, sudor en los sueños.  
El can le clava las pupilas  
y despierta en un reguero.

Polvo en los pies,  
sangre en las manos,  
un puñalito de plata  
en el pecho clavado.

#### V: Maldición

Siendo muy joven su madre,  
un brujo se le acercó:  
«Te doy el cielo, la luna,  
si me entregas tu corazón».

«No puedo corresponderte»,



Alba le contestó.  
Y el hechicero maldijo  
el día de su creación.

«Tendrás una hija morena  
con la marca de la luna  
y al primer mal de amores  
el alma del can será la suya.  
Un cánido fiero,  
no habrá quien le huya.  
Se transformará una noche,  
no escapará de su fortuna».

VI: Clausura

Carmen nació con una luna en el vientre,  
sentencia de brujo,  
destino grabado  
por la posesión como influjo.

Sándalo, flores,  
agua de la fuente.  
No sirvió la protección  
de su madre doliente.

Esta es la verdadera historia del antojo de Carmen,  
fiera cánida, mujer valiente,  
que de boca en boca,  
en el campo, no va a dejar morir sus gentes.

---

**Irene B. Trenas**

@andraster

Aunque se licenció en filología inglesa,  
trabaja en el campo de la educación social  
con menores en riesgo de exclusión. Publicó  
un microrrelato en una antología "On the  
Road" con la antigua editorial Argerust y  
podéis leer algunos de sus relatos en Lektu,

así como en anteriores números de Droids  
& Druids.

Ama el terror sobre todos los géneros y por  
eso tiene un podcast, "Señoras de Leño" en  
el que lo analiza con perspectiva de género  
y social.



# El vuelo de la hojalata

Poema de Arien Vega

Primero, vino la luz,  
incandescente, poderosa;  
poco después sentí las nudosas ramas,  
el líquen que comenzó a ahogar mi interior.

La vida crecía; se expandía en mí.  
Por primera vez en mi vida, sentí algo más;  
*me sentí feliz.*

Pleno, como la luna cuando abre sus pétalos al completo  
y muestra su cara real al mundo.

Yo también quiero mostrar mi rostro verdadero,  
si es que tal cosa existe.  
¿Será este?  
*¿Podré conseguirlo?*

Muchas preguntas rodean mi inercia.  
Tantas como ojos me observan,  
como luciérnagas revolotean alrededor  
del elixir que sostengo.

*Caldo de vida, lago de estrellas.*

Las lágrimas de miles de almas esperanzadas  
se reúnen en este cáliz.  
Esperan, pacientes,  
a que la estrella diluida impregne  
mis arterias  
de hojalata.

\* \* \*

Así como le ocurrió a mi padre,  
cuya bondad arrasaba los confines de nuestra buena tierra,  
mi sino parecía la eternidad.



Bajo su pecho de estaño latía,  
con música de plata,  
el inmenso corazón que se le fue entregado y,  
sin embargo,  
no pudo entenderlo.

Mi tío,  
que en su sabiduría se mecían  
las calmadas aguas de nuestro bienestar,  
carraspeó mientras las hebras amarillentas de su cabello  
se movían en la inquietud.  
No me dio respuesta.

Nuestro buen amigo, un Rey de gran valor,  
guardó silencio ante mi júbilo de esperanza mellada.

Yo, como simiente del amor más puro y metálico,  
aspiré la vida en cada sorbo,  
conocí el verdor de la hierba y de nuestra ciudad,  
las sonrisas que me entregó cada recorrido  
sobre baldosas amarillas.

Aprendí a refugiarme del miedo a los desiertos de la muerte,  
y también a evitar escuchar las melosas palabras de cabezas que,  
sin cuerpo,  
dormían tras vitrinas congeladas.

Hadas y brujas me educaron entre valores y pesares,  
lágrimas y carcajadas.

Colocaron en mis pies de metal  
los más preciosos zapatos de rubí y,  
sin embargo,  
cuando realmente lo necesité,  
ningún deseo acudió hasta mis cabellos de aluminio;  
ningún suspiro de vida se exhaló  
entre las bondadosas calles y árboles,  
ningún alivio acarició mi corazón tembloroso y frágil,  
pero henchido de vida.



El hábil viento, que de esmeralda cubría mi alrededor,  
se llevó en su corriente  
mi pesar.

Te fuiste, y nada pude hacer para impedirlo.  
Te fuiste, querida amiga,  
y tus trenzas, siempre recogidas en bonitos lazos,  
que conocieron al fin la blancura de la nieve  
tras el violín de la madera,  
desaparecieron ante mis ojos.

Te fuiste, y mi sonrisa se enterró  
en la tierra más yerma.

Ningún juego volvería a ahuecarse entre nuestras palmas  
—tan suaves y cálidas, tan frías y chirriantes—,  
pues ya la vida, en su mísera y plena facultad,  
hizo contigo lo que el sol hacía con las flores:  
amar, hacer brillar hasta la cumbre y, después,  
secar,  
marchitar hasta vaciar la última gota de vida  
de sus frágiles cuerpos.

Así te marchaste,  
como los pasteles a medio hacer  
en una merienda a la que nunca más acudirías.

Y aquí me quedé,  
acunando toda la longevidad que te hubiera entregado  
con las manos desnudas y el corazón abierto  
entre los mil cables  
que lo forman.

Te fuiste, y ya no habría más fiestas,  
más visitas,  
más senderos a explorar.

La tierna infancia,  
que nos llenó los bolsillos con piedras de colores



y los carrillos con pastel de caliza  
y zumo de plata,  
pasó como un suspiro  
hasta la madurez.

Ahí vino el perfume de rosas,  
la alegría, las flores del camino.

Las margaritas rosadas,  
el aroma dulzón de los licores que,  
en secreto,  
tomábamos cuando los adultos se despistaban.

También el paso del tiempo se llevó tu adolescencia,  
el brillo de tus ojos comenzó a languidecer  
—Kansas debía ser tierra de tedio—,  
pero seguiste viniendo  
pese a todo.

Tus pasos siguieron iluminando mi camino,  
querida amiga,  
tanto como las estrellas sobre la cúspide más dorada  
de nuestro hogar.

Pero, un día, te fuiste.  
Y, de allí, no volverías.

Mi llanto inundó el mundo y  
ni padres ni tíos ni amigos  
pudieron soportar mi deseo,  
pues su dolor ahondaba  
en lo más profundo de la tierra.

Lloraron las rocas,  
las gallinas y los perros.

Cayeron lágrimas de paja y calabaza,  
picaron la tierra con su dolor las piernas de metal;  
las coronas de cristal que se asomaban tras espejos  
se desmenuzaron como globos aerostáticos,



chirriaron ruedas  
y máscaras.

Y yo lloré, querida amiga, por todos ellos y más.  
Los relámpagos cayeron, la tormenta se erigió,  
y todo fue en mi interior.  
Todo parecía perdido,  
el deseo, quebradizo;  
la esperanza se exhibía cual mero panal vacío  
y absurdo.

Hasta que llegó el día,  
*uno de oro, esmeralda y ojos abiertos,*  
con su luz incandescente;  
el día en que, tras sollozos que rasparon mi voz y esqueleto,  
mis pequeños vecinos, en un súbito haz de compasión,  
me guiaron  
a través de la niebla.

\* \* \*

Aprendiz de hada era ella,  
sus rizos azulados caían por la espalda  
con la dicha de mil soles.  
Sus ojos, acuosos y amarillos,  
me sonrieron.

Enseguida lo entendió,  
¡lo supo, querida amiga!

Ella vio el océano profundo  
a través de mis ojos transparentes,  
entendió el naufragio de un destino quebrado,  
comprendió el agujero que se hundía en lo más profundo  
de mi metálico pecho.

Entendió que las flores  
agazapadas en lo profundo  
no volverían jamás a brotar en mis ojos,  
pues, una vez te fuiste,



se apagaron todas las estrellas  
capaces de alimentarlas.

El hada sucesora  
de mágicas pestañas  
me concedió el deseo;  
ese del que mi familia quiso privarme.

¿Por qué, padre?  
¿Por qué no lo entendiste?  
Tú, mejor que nadie,  
deberías hacerlo.  
Al igual que tú, mi tío,  
y nuestro amigo,  
que le llorasteis más que nadie.

Las lágrimas de aceite de nuestro querido androide,  
el sollozo de la princesa  
y el dolor de unos ojitos de ave,  
todo se comprendía,  
nada se tapaba.

¿Por qué, entonces,  
te negaste a mi deseo, padre?

La aprendiz me sonrió.  
Ella sí lo comprendió.  
Solo necesitó oír mi deseo formándose entre palabras secas y pronto,  
muy pronto,  
me alargó el cazo.

En él suspiraban los astros;  
todo lo que fuera mágico,  
de nuestro mundo o de cualquier otro,  
nadaba en sus aguas de mármol y plata.

Sonreí.  
Por primera vez desde que te fuiste, sonreí,  
y los colores de la esperanza tiñeron mis comisuras de plata, querida amiga,  
pues pronto,



*realmente pronto,*  
cumpliría mi deseo.

Me dijo que bebiera,  
la compasión poblaba sus ojos.  
Le hice caso y bebí,  
y todo, absolutamente todo,  
cambió al instante.

El blanco inundó mi campo de visión,  
y reí;  
reí mucho, querida amiga,  
pues ya podía imaginar de nuevo  
la calidez de tu mano  
en la mía.

Al poco, la piel se convirtió en escafandra,  
humo y niebla azotaron mis moléculas de aluminio,  
los microchips que centelleaban, celebrando mi existencia,  
cesaron su titilar.

Todo dio paso al cambio:  
pronto, la piel se escamó,  
y todo aquello que fuera antes plata reluciente se tornó vívida escama,  
piel de oro y letargo,  
¡la vida, mi querida amiga!,  
otra vida diferente cubría ahora mi cuerpo robótico.

De cristal desnutrido  
se me ahogó el alma,  
los cables que me sirvieron tan fielmente durante años  
se despellejaron tanto como la carne hacía  
en la senda del tiempo;  
pues silencio era ahora lo que cubría mi interior.

Resplandeciente era el lago  
que comenzó a inundar mi cuerpo,  
haciendo que las chispas saltaran por todas partes.  
Debía ser una fiesta, sin duda;  
unos fuegos de artificio que colmasen la fiesta



de mi larga espera.  
El frío, que nunca vino a despejarme  
en las largas noches de tu ausencia,  
agarró entonces mi rostro  
como jamás antes hizo.

Temblé, mi querida amiga,  
temblé como nunca antes supe,  
y reí por ello.

El escalofrío se hace ahora notar a mi espalda.

Ahí, ¡ahí están!

*Aquí estoy.*

La crisálida se abre, nada duele,  
todo se renueva.

El halo de helechos y niebla  
que cubre ahora mi cabeza  
me corona como el nuevo Yo  
en el que me he convertido.

Ya las alas se abren;  
pletóricas, diminutas,  
tímidas y relucientes.  
Noto sus plumas, suaves y punzantes;  
metal y algodón eclosionan en mi piel entreabierta,  
suspiro, río, lloro,  
las emociones me evaden del mundo,  
ya no les veo.

*Debo estar volando.*

Las alas se abren por el cielo,  
lo imagino, debo estar viéndolo,  
esto debe ser lo que los ángeles sienten.

¿Será este frío?

¿Será el desvanecer de cada ínfima sensación  
en las yemas de mis dedos?

¿Será el hormigueo en un cuerpo  
que no reconozco?



¿Será este el sabor de las nubes que devoran los ángeles,  
cuyo sino comparto ahora?

Las alas se abren;  
espérame, amiga mía.

*Ya llego a por ti.*

---

**Arien Vega**

@arienvega

Arien Vega escribe poesía, fantasía, ciencia ficción y romántica. Otras de sus pasiones son disfrutar de un buen té floral, seguir competiciones de patinaje artístico y leer muchos mangas bonitos y tormentosos. Arien ha publicado en las antologías "Historias Inesperadas" (Tarot Fanzine, 2018), "Canta la Piedra" (Antología poética,

2020), "Sueños de Hadas" (Magazine "Perdiendo el Rumbo", 2021), "Antología Fantaciencia" (Droids&Druids, 2022), Antología "Con Corazón" (Generación Lectora, 2022) y ha autopublicado los poemarios "Bosquejo" (2017), "Gotas" (2018), "Multiversos" (2018) y "Eco //astroghost" (2020).



# El hilo de la verdad

Poema de Mirto Torres

Kenneth suspira sin dejar su trabajo.  
Hace años que no para, no puede parar,  
la fuerza no es tan grande como antaño,  
pero aún le queda mucho por hilar.

Hubo un tiempo diferente en el valle de Vyrna,  
cuando sonaba la música y él podía bailar,  
canciones alegres o canciones tristes,  
daba igual.

Moverse al son de la música, ¿aún podría?  
Deslizarse suavemente  
y girar en círculos hasta marearse  
es la gran tentación.

Vuelve a suspirar, no hay tiempo,  
debe seguir trabajando,  
es de vital importancia tejer la historia de aquellos días  
para nunca olvidar.

Tuvo que elegir y volvería a hacerlo.  
La responsabilidad nunca le fue esquivada,  
pero es dura la tarea y no hay descanso,  
su relevo aún no está preparado.

Lo ha envuelto en delicadas sedas  
y lo alimenta despacio gota a gota  
de miel y amaranto,  
cocinado al calor de los hechizos.

Pero antes hubo que probarlo,  
solo pueden hacerlo algunos  
y no es fácil encontrarlos,



incluso si quieren ser encontrados.

Pero Brayan lo hizo,  
hizo lo que debía hacer y más,  
demostró que estaba preparado  
frente a las lágrimas maternas.

Lágrimas que fortalecieron su espíritu  
contra la desmemoria  
y el brillo orgulloso de su padre  
lo revistió de coraje.

Ahora dormita entre las telas,  
transformando lentamente  
sus propios tejidos  
hasta que gusano con voz sea.

Entonces podrá enseñarle  
a tejer, a hilar, a escribir los recuerdos  
en ese gran tapiz que forman  
los tejedores de la verdad.

Y cuando esté fuerte  
y su tejido sea tenso y simétrico,  
Kenneth podrá descansar  
y quizá bailar una última vez sobre su cola.

---

**Mirto Torres**

Mi infancia son perfumes de naranjo y autovía, Monopoly los jueves por la tarde y bicicletas en verano, y lecturas, miles de lecturas en el rincón de pasar desapercibida, silenciosa y abstraída del mundo, fantasía de estar en otro lugar sin renegar del mío.

Y mis sueños, tantos sueños desperdiciados, si hay algo de lo que me arrepiento es de no haberlos escrito jamás, pero al intentarlo, el relato se escurría entre los dedos y perdía su magia, así que decidí atesorarlos en la mente, el rincón secreto, y ahí siguen, hasta ahora, que empiezan a salir por las rendijas del recuerdo, sienten ganas de escapar y quizá les eche una mano, se lo merecen.



# La leyenda de faerya

Poema de Pluma de Ícaro

El mundo solo conocía guerra  
comercial, moral, literal,  
pero en algún lugar de la Tierra  
un pueblo decidió cambiar.  
Mientras las naciones del norte  
seguían pintando con hollín  
el cielo y el horizonte...  
en Faerya al humo dieron fin.

Sin renunciar a la tecnología  
su forma de vida cambiaron.  
Se permitían seguir de día  
con banquetes y lujos caros  
mas consagraron la luna llena  
a cuidar de la naturaleza  
pues entendieron que en ella  
son tan solo una minúscula pieza.

Poco a poco, los árboles  
más amables fueron con la gente,  
con frutas frescas pagándoles  
para llenar sus hambrientos vientres.  
Perdonaron también los animales  
el comportamiento del ser humano,  
se volvieron compañeros iguales,  
del mismo valor que cualquier paisano.

Los dioses vieron esto  
desde sus nubarrones grises  
y limpiaron el cielo presto.  
"Humanos, ¿dónde fuisteis



para volveros tan sabios y bellos?  
¡Merecéis otro trato, más sano!"  
Del cielo cayeron cien destellos  
uno por cada niño y niña faeryanos.

"Sufrirán los del norte  
su propio mal, su perdición  
mas Faerya posee otro corte  
merecedor de piedad y atención.  
Vivirán vuestras generaciones  
en sintonía con el bosque.  
Magia harán con canciones  
y volarán cual ruiseñores.

"Será su misión educar al resto  
de mortales, los desencantados,  
que para hacer buen gesto  
no hace falta más que amar los prados"  
Es así como nacieron las hadas,  
hijos e hijas de Faerya,  
premiadas por apartar las balas  
y respetar, por fin, la vida.

---

**Luis Gallardo Gil / Pluma de Ícaro**

@plumadeicaro

Estudiante de Filología Inglesa e Hispánica  
de septiembre a junio, traductor cuando  
hay trabajo y escritor siempre que se puede.  
Ahora también hago vídeos en Youtube  
reseñando y analizando series, películas,

videojuegos y otras formas de contar  
historias.

En el mundo de las letras he publicado el  
poemario 'Soy un bosque que arde' (2021),  
participado en la antología de microrrelatos  
de terror 'Pánico' (2021) y ganado el  
Premio Druida 2021 por un poema de  
mitología griega.



# RELATOS



# El mundo oculto

Relato de Elena Mejías Gil

\*Este relato fue mención especial en la convocatoria de la Antología de Fantaciencia.

La vibración era casi imperceptible. Una sutil ondulación del aire entre los márgenes de la grieta. Su descubrimiento había sido pura casualidad, una auténtica serendipia con la que se habían tropezado mientras intentaban abrir un portal hacia la estación espacial. Sin embargo, lo que se descubrió con aquel fallo, puso patas arriba lo que todos entendíamos por realidad.

El tejido de nuestro mundo se desgarró y abrió la entrada hacia una copia especular de nuestra Tierra. Un mundo donde nuestras construcciones se alzaban de igual manera, pero en el que los protagonistas no eran los edificios y la tecnología, sino la vegetación y la magia que envolvían, literalmente, todo.

La primera vez que crucé, tuve la sensación de estar soñando. Puede que el aumento en los niveles de oxígeno influyera en la sensación de irrealidad, pero lo cierto era que las vistas se bastaban por sí mismas.

A mis pies, la misma pasarela de carbono que acababa de ascender hasta el portal bajaba hacia el otro lado, pero lo hacía recubierta por un tejido

orgánico verde que la unidad de análisis de mi guante identificó como *musgo*. El nombre me sonaba, no éramos los primeros en cruzar y habíamos recibido un cursillo acelerado sobre lo que íbamos a encontrar, pero verlo en vivo y en directo era muy diferente. No habíamos visto una planta de verdad en nuestra vida y de pronto estábamos rodeados. Lo más raro de todo era reconocer en los edificios engullidos por la vegetación aquellos mismos que acabábamos de dejar atrás.

Era una locura, pero era real. Tan real como las criaturas que nos esperaban al otro lado. Seres de cuentos apenas conservados en los servidores de alguna biblioteca. Y, sin embargo, allí estaban, obligándonos a admitir en voz alta cosas tan ridículas como que las hadas existen.

Pronto descubrimos que el pueblo féérico no era cosa de broma. Cuando nos dimos cuenta de que su poder rivalizaba con nuestra tecnología, nuestros dirigentes comenzaron a ponerse nerviosos. Durante un tiempo, las relaciones se mantuvieron en una cordialidad tensa mientras nuestros científicos intentaban desentrañar los



misterios de su magia hasta que, al final, estalló la guerra. Fueron dos años de intensa destrucción a ambos lados de la brecha hasta que todos entendimos que la victoria pasaba por asumir más bajas de las que nos podíamos permitir. Entonces llegaron los acuerdos de paz cuya parafernalia se resumía en un alto al fuego bajo la condición de no traspasar la frontera sin el visto bueno del otro lado.

Justo ese punto era el que el pueblo feérico había violado y, si la guerra no había estallado de nuevo, era porque los denunciadores habían sido ellos. Desde nuestro lado, no constaba el paso de ninguna criatura a través de la brecha, pero el Mundo Oculto, así lo llamábamos, había activado la alerta. Según su informe, un grupo de rebeldes feéricos había robado una valiosa gema y habían encontrado otro paso hacia nuestro mundo.

La nueva fisura había quedado localizada en el sector CA-42, sin embargo, el rastro de los rebeldes se perdía. Los feéricos aseguraban poder encontrarlos y se habían ofrecido a guiarnos en señal de buena fe.

Avanzamos hacia la brecha espacial hasta que el sargento Arcas nos dio el alto. Se volvió hacia Massot, la última incorporación de nuestro escuadrón, una chiquilla con más entusiasmo del que podíamos sumar los demás en conjunto.

—Soldado, recuérdenos las normas básicas del cruce.

—Uno: Todo, incluso los elementos vegetales, pueden resultar un elemento hostil. Dos: En presencia de un feérico, limitar el contacto visual. Y tres: bajo ningún concepto, permitir el contacto físico sin la protección del traje.

—Se deja la cuarta.

—¿La cuarta, sargento?

Todos sonreímos entre nosotros antes de echarle un cable.

—El último en cruzar de vuelta invita —respondí.

—Eso es, Kers. No quiero rezagados a ese lado. ¿Entendido?

—¡Sí, sargento!

—¡Máscaras arriba! ¡En marcha!

El Mundo Oculto nos recibió con una suave luz verdosa. A nuestros pies, flores luminiscentes marcaban los límites del camino que debíamos seguir. Los feéricos las habían hecho crecer para nosotros al llegar la paz. Era fácil perderse en sus bosques, así lo evitaban al tiempo que nos impedían usarlo de excusa para husmear.

El camino zigzagueaba hasta lo que habría sido la central de operaciones en nuestro lado. Una edificación semiesférica, opaca desde el exterior y cristalina en su interior. En aquel lado, los materiales blancos de su cubierta quedaban parcialmente ocultos por una amalgama de musgo, raíces y enredaderas. Parte de la cúpula



quedaba derruida y el agujero se convertía en la entrada donde terminaba el sendero. Allí nos esperaban los feéricos.

Desde la pasarela superior de la cúpula, nos observaban criaturas de diversos colores, tamaño y apariencia. Algunos decoraban sus cuerpos con elementos vegetales, para otros, la vegetación formaba parte vital de sus organismos.

El nivel inferior, al que se descendía por cuatro escalinatas, quedaba convertido en un estanque a ese lado de la brecha. La reina y su corte nos esperaban en la orilla opuesta. Avanzamos hasta que la reina se separó de su séquito para ir a nuestro encuentro. En ese momento, Arcas nos dio el alto y avanzó en solitario hacia ella. Se llamaba Arianne y el encanto sobrenatural que envolvía a su raza se multiplicaba por mil en ella. Era una criatura impresionante. Su pelo tenía los mismos colores de las hojas que cubrían el suelo. Era rojo oscuro pero la luz le arrancaba reflejos dorados con discretos matices verdes. Lo mismo ocurría con sus alas iridiscentes y su piel satinada con matices verdosos. Sus ojos eran pozos negros de sabiduría que estábamos a años luz de poder comprender y, por encima de todo, era una formidable guerrera. Se había ganado el respeto, así como el temor, de muchos de nosotros durante la guerra.

Armada con un cayado y su magia, se había enfrentado en solitario a diez de nuestros soldados y había salido victoriosa. Incluso se decía que había sido su magia la que había derribado algunas de nuestras naves, aunque los había que no daban credibilidad a esto último.

Un gesto brusco en las manos de nuestro sargento llamó mi atención. Nos conocíamos demasiado bien como para no entenderlo; algo en la conversación con la reina no le había gustado ni lo más mínimo. Le vi llevar una mano al transmisor de su auricular, debía de estar solicitando instrucciones a su superior. Unos segundos después, la reina y el sargento deshicieron sus caminos.

Observé los movimientos de ambos. Arcas parecía contrariado mientras que la reina Arianne mantenía su porte sereno. Al llegar con los suyos, sin embargo, tomó las manos de una de sus hadas y tras besarla en la frente, se retiró el tocado de ramas y flores que la coronaba.

—En marcha. —La voz del sargento confirmó mis sospechas—. La reina vendrá con nosotros.

—¿Qué?

—¿Va en serio?

El nerviosismo entre los nuestros comenzó a ser visible.

—¿Os parece que bromeo?

—Pero sargento...



—La misión no ha cambiado. Debemos encontrar a esos rebeldes y la gema que robaron. La reina vendrá como apoyo. —Su tono parecía querer recordarnos que teníamos una paz que mantener, que la desconfianza no debía tener lugar, pero con sus últimas palabras nos dejó claro que aquella no era su opinión—. Nos vamos, mantened los ojos bien abiertos.

Volví la vista una vez más hacia la reina. Había coronado al hada del beso y en aquel momento, se aproximaba a nuestro escuadrón acompañada de otros cinco feéricos.

Emprendimos el camino de vuelta y esa vez, Arcas me acompañó en la retaguardia.

—¿Va todo bien? —pregunté en cuanto tuvimos la distancia suficiente para hablar con discreción.

—La reina ha insistido en acompañarnos. Dice haber tenido una visión en la que la misión se truncaba. Asegura que necesitaremos su ayuda para controlar la gema.

—¿Controlar la gema? ¿Qué hay que controlar de una piedra?

—Solo puedo decirte que a los de arriba les ha parecido razonable.

—Pero a ti no.

Arcas se llevó un dedo enguantado a la máscara de su traje pidiendo silencio.

—No quiero que los demás se pongan nerviosos —confesó—. Lo de la visión puede ser verdad o no, pero lo que es

seguro es que llevar a la reina con nosotros es como transportar una bomba defectuosa. Sabemos de lo que es capaz.

—¿Crees que tienen intención de romper los acuerdos?

Arcas guardó silencio durante varios segundos.

—Puede que no. Tal vez, esté viendo cosas donde no las hay. Son un grupo pequeño y estarán en nuestro territorio. —Sacudió la cabeza como si intentara desprenderse de aquella idea y colocó una mano sobre mi hombro—. Presta atención de todas formas, por si oyes algo.

El sargento se adelantó hasta la brecha y extrajo seis cápsulas de oxígeno de su cinturón que fue repartiendo entre nuestros aliados. Para ellos, las condiciones atmosféricas de nuestro lado tenían consecuencias fatales si se exponían demasiado tiempo. Su magia podía mitigar los efectos, pero su poder, por suerte para nosotros, no era ilimitado.

Los feéricos colocaron la cápsula bajo su mentón y una película de gas transparente envolvió sus rostros antes de cruzar. La reina encabezó la marcha junto al sargento y, uno a uno, volvimos a atravesar la fisura.

En cierta forma, resultaba trágica la manera en la que nuestro mundo afectaba a los feéricos. Eran criaturas de una apariencia cautivadora en su



lado de la brecha, pero cuando cruzaban, sus colores se apagaban, como si enfermaran. Sus pieles se volvían como la corteza de sus árboles y sus cuerpos se demacraban. En sus palabras, eran seres de la tierra y la nuestra agonizaba. Su apariencia, era un reflejo de la enfermedad de nuestro planeta. Enfermedad de la que éramos terriblemente conscientes y motivo de que continuásemos buscando la forma de evacuar al resto de la población hacia la estación espacial o la colonia marciana. También se había pensado en huir hacia el Mundo Oculto, pero, tras la guerra, las posibilidades de llegar a un acuerdo en ese tema se habían hundido. Los feéricos no eran criaturas misericordiosas y opinaban que nos merecíamos nuestra tragedia por no habernos preocupado de cuidar nuestro hogar cuando estábamos a tiempo.

La figura de la reina me obligó a detenerme en seco. Se había quedado parada a un lado de la pasarela, observando con consternación sus manos y nuestra base.

—Majestad —llamé—, el camino hacia la nave es por aquí.

—Vuestro tiempo debería haber expirado. —Su voz era apenas un susurro—. Tornasteis la vida en muerte, ¿por qué habríais de merecer otra cosa?

—¿Majestad? —Mis manos buscaron su lugar en mi rifle.

La reina se volvió y vi odio y lágrimas tras la máscara de oxígeno, pero nada que justificara un ataque salvo una luz verde en sus ojos que ya se apagaba. Bajé el rifle.

—Está peor que en mi última visita. ¿No crees, cabo Kers? —Esa vez su voz sonó clara y sedosa.

—¿Me conoce?

La reina se limitó a sonreír y retomó la marcha en silencio hacia la aeronave que nos llevaría al sector CA-42. Seguí sus pasos con desconcierto hasta la rampa de acceso desde donde el sargento Arcas nos observaba.

—¿Todo en orden? —me preguntó.

—Eso creo.

—Ten cuidado con ella.

—Lo sé, descuida.

El sector CA-42 era una de las zonas más devastadas de nuestro lado y no tenía que ver con la guerra feérica. Habían sido nuestras propias guerras las que habían destruido el lugar. De aquello hacía mucho y quedaban pocos registros que permitieran conocer cómo había sido el paisaje antes de convertirse en una ciénaga de pozas tóxicas sin posibilidad de vida en kilómetros a la redonda. La atmósfera allí se volvía nociva incluso para nosotros, así que las máscaras de nuestros trajes se hacían imprescindibles y no solo para protegernos del influjo feérico.



El transporte nos había dejado frente a la segunda brecha. Los feéricos necesitaban estar en tierra para encontrar a los suyos y desde allí habíamos retomado la marcha hacia las Montañas Blancas ya que parecía ser la ruta seguida por los rebeldes según los rastreadores de la reina.

La noche nos alcanzó antes que nosotros a ellos, de manera que procedimos a asentar el campamento. Massot se encargó de prender una pastilla de combustible para darnos un punto de luz y calor en torno al cual reunirnos, pero los feéricos prefirieron mantenerse al margen.

—¿De qué estarán hablando? — preguntó Siro sin apartar la vista de nuestros aliados.

—De los rebeldes, supongo —aventuró Massot.

—¿Y si se unen en nuestra contra? — La máscara nos impedía ver la cara de Siro, pero no era necesario para saber que el miedo se estaba apoderando de él—. Ya es grave que venga la reina, pero que encima la reunamos con un pequeño ejército...

—Yo no me preocuparía por los rebeldes —intervine.

—¿Ah, no?

—No. Por las indicaciones de los rastreadores, no han variado su posición en todo el día.

—Puede que nos estén esperando.

—Creo que lo que Kers insinúa es que pueden estar muertos —aclaró el sargento.

—Sin máscaras de oxígeno, es lo más probable —asentí.

—¿Y para qué iban a cruzar si no tuvieran un medio de sobrevivir? —Esa vez fue Sorak quien intervino.

—La reina nos está mirando — advirtió Massot.

—Kers. —Arcas movió la cabeza hacia los feéricos y me lanzó una pastilla de combustible—. A ver si puedes enterarte de algo.

Suspiré y avancé con todas las miradas pendientes de mis movimientos, pero la que más me inquietaba era la de la reina. Cuando Massot había dado el aviso de que estábamos siendo vigilados, yo me había percatado de que, en realidad, era a mí a quien observaba. Su mirada parecía poder atravesar mi máscara, se clavaba en mis ojos y casi sentía que podía saber lo que pensaba.

—¿Puedo sentarme?

—¿Para qué?

Uno de los feéricos se irguió desafiante pero la reina levantó una mano sin desviar la mirada de mis ojos.

—No debemos ser descorteses con nuestros anfitriones. Son tiempos de paz.

Con la misma mano que había alzado, señaló grácilmente un lugar en el suelo junto a ella. Tragué saliva y me senté.



—Sabemos que nuestras relaciones no son las mejores para compartir una hoguera, pero no creemos que sea motivo para que tengáis que pasar frío.  
—Ensené la pastilla y la dejé en el centro del círculo.

—No queremos vuestro fuego.

Esa vez, el feérico prendió su mano en llamas como demostración de poder.

—Enak. —El tono de la reina no se alzó, pero su mirada fulminó a su compañero que hizo desaparecer el fuego de inmediato—. Discúlpalos, cabo Kers. Como ves, la desconfianza no es solo cosa de los humanos.

—Nos ha oído —entendí.

—No ha hecho falta —aseguró—. Apenas hace un año desde que se dio por finalizada la guerra, ¿quién confiaría en un enemigo tan reciente?

—Supongo que estamos todos algo susceptibles.

—Eso me temo. —La reina sonrió con amabilidad antes de retomar la conversación—. Y ¿qué era lo que habías venido a preguntar?

Pensé brevemente en negarlo, pero entendí que no tenía sentido. De alguna forma, Arianne veía más que el resto de nosotros.

—Nos preguntábamos si habían detectado movimiento de los rebeldes.

—No.

—¿Han pensado que tal vez estén muertos?

—Lo más seguro es que lo estén.

—¿Y por qué abandonarían su hogar para morir?

—Su hogar...—Aquel al que la reina había llamado Enak profirió una risotada cargada de sarcasmo.

—¿He dicho algo gracioso?

—Como si no lo supieras.

—No entiendo a qué se refiere. —Busqué la mirada de la reina que me observaba con curiosidad.

—Te creo, cabo Kers —sonrió—. Imagino que ciertas personas no consideraron conveniente compartir todos los detalles con la población.

—¿De qué habla?

—Este mundo es nuestro —intervino Enak— y vosotros lo habéis destruido.

Una nueva mirada de la reina hizo que el feérico abandonara el círculo para perderse en la oscuridad.

—Driss, que no se aleje demasiado —pidió Arianne y el hada que quedaba a su derecha fue en busca de Enak—. Es un tema que nos altera fácilmente.

—Pero no entiendo nada, vuestra tierra es el Mundo Oculto.

—Vivimos allí, sí. Pero el Mundo Oculto no es más que una copia de este. Una copia que creamos y a la que nos exiliamos para evitar que la magia nos destruyera a todos.

—¿De qué está hablando?

—Hace mucho, nuestras razas convivían aquí, en el Mundo Antiguo. No es que fuésemos los mejores hermanos, pero, a veces, nos



llevábamos bien. Hasta conseguimos enseñaros a usar la magia. Algunos todavía dicen que ese fue nuestro error, que al enseñaros se rompió el equilibrio. Yo no creo que fuera así, pero, verdad o no, lo cierto es que la magia se descontroló. Se volvió inestable, dañina, y la única forma que encontramos de salvar nuestro mundo fue creando una copia a donde enviar toda la magia. El problema para nosotros estaba en que no podemos sobrevivir mucho tiempo sin magia, así que nos vimos obligados a abandonar nuestro hogar, al menos, hasta que la magia recobrara su equilibrio. —La reina contuvo un suspiro y observó la distante oscuridad del paisaje—. Sin embargo, para cuando lo conseguimos, os habíais olvidado de nosotros y este mundo nos asfixiaba con sus humos. Cerramos por completo el velo que separa ambos mundos y tratamos también de olvidarnos de vosotros.

Guardé silencio en un intento por procesar lo que me contaba. No era la primera vez que escuchaba a un feérico reclamar nuestro mundo como suyo, pero sí la primera que alguien me daba un motivo para hacerlo.

—Si hace tanto de eso, ¿cómo es que vuestro mundo refleja nuestras construcciones más recientes?

—Un inconveniente del hechizo es que se reactiva periódicamente. Conseguimos modificarlo lo suficiente

para que no destruyera nuestro ecosistema, pero poco más.

—Es la primera vez que escucho todo esto.

—No me extraña —sonrió—. Es más fácil combatir contra quienes crees intrusos.

Medité de nuevo en silencio.

—De todas formas, esto no explica por qué vuestra gente cruzó a sabiendas de que iba a morir. ¿Solo por robar una joya? ¿De qué les ha valido?

Arianne negó con la cabeza, pero no dijo más. Yo acabé por volver con los míos, dando vueltas sobre decenas de ideas a las que Arcas tampoco supo encontrarles sentido. Él tampoco conocía la historia con tanto detalle, aunque sí sabía algo más que yo y también tenía algo más de información sobre la gema robada. Según le habían informado, la joya poseía cierto poder mágico de gran valor. Motivo por el que no podían permitir que cayera en malas manos. Quizás los rebeldes pensaron que podían usar el poder de la piedra para sobrevivir. Quizás lo habían conseguido y planeaban una emboscada como temía Siro.

La mañana no consiguió aclarar nuestras dudas, tan solo nos confirmó la muerte de los rebeldes cuando dimos con sus cuerpos en el fondo de un cráter. La conmoción entre los feéricos era palpable.



—Sargento Arcas —La voz de la reina interrumpió nuestra búsqueda de la gema por entre los cuerpos—. Agradeceríamos unos minutos a solas con nuestros muertos.

—Los lloran mucho para ser fugitivos —soltó Siro y el gesto sereno de Arianne se contrajo.

—Fugitivos, sí, pero también hermanos.

La mirada de la reina se perdió hacia la escena que protagonizaba una de sus hadas. Sujetaba contra su pecho la mano de uno de los muertos mientras se mecía y murmuraba una especie de salmo entre lágrimas.

—Comprendo su petición, majestad, pero la prioridad ahora es poner a salvo esa gema ¿La han encontrado?

—No.

—Mi reina —llamó Enak y todos vimos que sujetaba algo en su puño derecho.

—Preparaos, muchachos. —El sargento quitó el seguro de su fusil con la vista clavada en la reina mientras se alejaba—. La cosa puede ponerse fea. Prioridad: conseguir esa piedra.

Arcas comenzó a teclear un código en la pantalla de su brazalete y entonces la reina se giró con la mirada llena de odio hacia el sargento. Un gesto de su mano bastó para que todos volásemos por los aires. El caos se desató. Me puse a cubierto y traté de localizar a mi grupo. Massot y Sorak se habían resguardado

tras las rocas de un desprendimiento mientras que Ronill arrastraba el cuerpo inconsciente de Siro.

—¡Ronill a cubierto! —grité.

Una bola de fuego los alcanzó a ambos y no pude hacer más que buscar a Arcas. Había encontrado cobertura junto al resto del escuadrón tras un desnivel que les servía de trinchera y disparaba su rifle de plasma contra los feéricos que huían hacia una de las cuevas del cráter.

—¡Cobertura! —gritó Arcas y mi equipo respondió con más plasma para cubrir su avance.

Makios fue el siguiente en caer. Unas enredaderas crecieron de la nada y atravesaron su traje como cuchillas para después marchitarse. En venganza, mi grupo derribó al hada culpable de su muerte y avanzamos tras Arcas cuando tuvimos la oportunidad. Para cuando alcanzamos las cuevas, a la reina le quedaban dos soldados y a Arcas tres, Massot, Sorak y yo. Estábamos en clara desventaja.

—Deberíamos pedir refuerzos —señaló Sorak.

—Solo necesitamos tenerlos a rango —aseguró Arcas—. Lo suficiente para desactivar sus cápsulas de oxígeno.

Me volví hacia él comprendiendo que la muerte de los feéricos había estado planeada desde el principio.

—Devolverles la piedra nunca formó parte de la misión, ¿no?



—No me mires así, Kers. Conoces el protocolo igual que yo. Cuando se trata de feéricos, cuantos menos detalles conozca el equipo, mejor. Esos bichos se te meten en la cabeza.

—Lo sé, lo sé —admití—. ¡Joder! Es que me ha pillado por sorpresa.

—Eso es que he jugado bien mi parte —rió Arcas y me dio una palmada en el hombro.

—¿Y para qué queremos esa piedra si puede saberse? —interrumpió Massot.

—Esa piedra, muchacha, es nuestro pasaporte para salir de este condenado planeta. Con ella, conseguiríamos abrir un portal, uno de verdad, que diera a la estación o incluso a Marte. No tengo ni idea de qué está hecha, pero por lo visto su energía es equivalente a la de un pequeño sol.

—¡Mirad! —Sorak llamó nuestra atención. Acababa de encontrar un rastro de pisadas.

Continuamos por el túnel hasta llegar a una bifurcación. Entonces Massot quedó a mi cargo y Sorak y Arcas tomaron el otro camino.

—No creo que haya sido buena idea separarse —susurró Massot a mi espalda.

—No, pero hay que encontrarles.

El premio fue para nosotros. Apenas un par de recodos después, el túnel ascendía hacia la luz del día y en el exterior se escuchaban murmullos en

lengua feérica. Activé el intercomunicador.

—Sargento, están aquí—susurré.

—¡Cabo!

El grito de Massot me salvó de que una de aquellas enredaderas alcanzara mi cuello, pero otra se enredó en una de mis piernas y me arrastró hacia el exterior. Traté de disparar sobre la enredadera y acerté en un par de ocasiones, pero apenas me había liberado cuando otra ocupó su lugar. A mi espalda, un nuevo grito cortó el aire, esa vez, era de puro dolor.

—¡Massot!

Una fuerza oculta me arrebató el arma y postró mi cuerpo a los pies de la reina. Me revolví por el dolor del golpe y levanté la vista para poder enfrentarla. Estábamos fuera del cráter, entre pozas amarillentas cuyos vapores enturbiaban el aire. A pocos metros, el fósil retorcido de un árbol alargaba su sombra hacia nosotros.

—Asesina.

Ella me miró sin expresión alguna.

—Atacasteis primero.

—¡Mentira!

—Tu sargento lo hizo. Intentaba asfixiarnos.

—Vosotros nos habríais atacado igualmente. ¿Cuál era el plan? ¿Qué tus rebeldes nos atacaran por el frente y vosotros por la espalda?



—No insultes la memoria de nuestros muertos. Son héroes, se sacrificaron para que yo pudiera llegar hasta aquí.

La miré sin comprender.

—No habría podido llegar tan lejos de no ser por vuestras cápsulas de oxígeno y nunca nos las habríais dado de no ser por un enemigo común.

—Nos habéis engañado —entendí—. ¿Y ahora qué? ¿Qué queréis?

—Volver a casa. —La reina me dedicó una sonrisa triste y se acuclilló frente a mí—. La brecha que generasteis rasgó el velo entre nuestros mundos. El tejido seguirá deshilachándose hasta desaparecer y entonces el Mundo Oculto se destruirá con él. No nos habéis dejado más camino que volver, pero para que podamos quedarnos, hacen falta algunos cambios y un gran poder.

—¿Para eso es la piedra?

Arianne rio.

—Ojalá hubiera una piedra. Quizás así viviera para ver el cambio. No, cabo Kers, la gema fue una treta para asegurarnos vuestra atención, para garantizar que llegaríamos hasta aquí buscándola, aunque nuestra gente hubiese muerto antes de alcanzar este punto. Aunque vuestra codicia casi lo impide.

—Vimos a Enak darte algo.

—Un amuleto de nuestros muertos, lo normal es dejarles sus pertenencias, pero su familia le había pedido que les

llevara algo de vuelta para recordarlo. Me pedía permiso.

—Bueno, pues ya estás aquí, ¿ahora qué?

—Ahora es mi vida la que he de entregar para permitir que los míos vivan y que los tuyos tengan una segunda oportunidad de hacer las cosas bien. —La reina volvió la vista hacia el fósil del árbol—. Si pudierais ver la naturaleza como la vemos nosotros... Si entendieseis su amor... La habéis matado y en lugar de arrastraros con ella, os deja este regalo.

Observé el árbol sin comprender a lo que se refería.

—En cierta forma es gracioso. Ahí está el poder que buscáis, solo que no sabéis verlo. Una suerte, la verdad, porque lo habríais usado para vuestro estúpido portal sin entender todas las posibilidades que os ofrece. Sois como niños tozudos.

—¿Por qué me cuentas tanto? ¿Por qué no me matas y acabas lo que hayas venido a hacer?

—¡Oh, cabo Kers! No puedo matarte, te debo la vida y eso es algo sagrado para nosotros.

—¿De qué hablas?

La reina tomó mi mano, en algún momento, las enredaderas me habían hecho perder el guante izquierdo. A mi cabeza llegaron de pronto imágenes de la guerra, de un momento concreto en el que desvié a mis compañeros para



perdonarle la vida a una niña feérica malherida de cabellos rojos.

«*Era yo*». Su voz sonó en mi cabeza y supe que podía ver mi confusión. «*Algunos podemos cambiar nuestra apariencia a voluntad*», explicó. «*El destino es irónico. Te dio la oportunidad de salvarme para que elijas ahora mi muerte*»

«*No entiendo lo que quieres decir*»

«*Conozco parte de lo que va a pasar. Sé, por ejemplo, que en el momento en el que me acerque a ese árbol, aparecerá tu sargento para matarme. Por eso necesito que lo entiendas antes de dejarte*».

Una violenta ráfaga de imágenes retorció mi mente hasta hacerme gritar. Vi el rostro inerte de la reina en el suelo. Arcas estaba tras de mí y me ayudaba a ponerme en pie y todo ello se unía de alguna forma con una sucesión de imágenes de nuestro mundo en el que cada vez había más grietas en la realidad. Como había dicho la reina, era como un velo roto y a medida que se resquebrajaba, el Mundo Oculto se desintegraba. Los feéricos que cruzaban morían, los que se quedaban corrían la misma suerte que su dimensión. Nuestra Tierra también sufría daños. Era como si ambas realidades lucharan por ocupar un mismo espacio y, aunque la nuestra ganaba, el precio era muy alto. Entonces las imágenes se rebobinaron como un vídeo. Vi a la reina

junto al árbol, le entregaba su vida y mi cuerpo aparecía inerte en el suelo, Arcas se arrastraba hacia mí por la tierra yerma que de pronto comenzó a reverdecer. El árbol revivió y por sus raíces, una luz intensa recorrió el planeta haciendo florecer la tierra y limpiando el agua.

Sentí mis lágrimas tras la máscara.

«*No puede ser real*».

«*Tampoco me pareció real que un cabo enemigo pudiera salvarme, pero aquí estamos, cabo Kers y se acerca el momento. Moriré en los próximos minutos, de ti depende cómo*».

Un disparo sonó a nuestro lado y sentí que las enredaderas me liberaban. Vi a la reina separarse y caer de rodillas mientras luchaba por respirar. Su máscara de oxígeno se había desactivado.

—¡Es nuestra, Kers!

Volví la vista hacia la voz de Arcas y entendí lo que tenía que hacer. Alcancé mi segunda arma del cinturón y disparé a una de sus rodillas.

Arcas se arrastró hacia mí entre maldiciones.

—¡Mierda, Kers! ¡Te ha hechizado!

La reina me miró, jadeante y expectante.

—¡Kers reacciona! Acaba con ella...

Arianne se desplomó por sí sola, incapaz de respirar y yo entendí que, de una u otra forma, todo acababa allí, pero solo ella sabía qué hacer a continuación.



Me quité la máscara y la presioné sobre su rostro para acoplarla.

Todo se ralentizó de pronto y me vi reflejada en mi propia máscara. Tenía un gesto decidido, tranquilo y pensé que era una buena expresión para morir. Sonreí y me llamaron la atención las pequeñas arrugas que se formaron en mi rostro pecoso, las lágrimas que inundaban mis ojos pardos... Una luz verde pareció inundarlos, pero eran los ojos de la reina que acababan de abrirse tras mi máscara. Su respiración me arrancó un suspiro, agotando el poco aire de mis pulmones. El gas tóxico entró en ellos y la tos me sacudió. La reina se incorporó y acarició mi trenza rubia en gesto de agradecimiento. De fondo, la voz de Arcas seguía gritando, pero mi vista comenzó a nublarse mientras veía a la reina correr hacia el árbol fosilizado. Hubo una gran

explosión y la onda expansiva nos arrastró por la tierra seca. Las nubes de gas se despejaron sobre mí y entre los dedos de mi mano desnuda sentí el tacto de algo fresco que nacía con mi muerte. Sonreí.

---

**Elena Mejías Gil**

Emeritense apasionada de la mitología nórdica y clásica a la que su madre le leía El hobbit por las noches. Su amor por la fantasía empezó en aquel momento, pero no fue hasta terminar la Historia Interminable que entendió que debía contribuir con su imaginación al eterno mundo de Fantasía. Así, comenzó a escribir a los diez años, aunque, hasta hace poco, no se había atrevido a mostrar sus historias más allá de su círculo de amigos. Encuentra gran inspiración en sus partidas de rol de Dungeons & Dragons y adora la ciencia ficción de Isaac Asimov.



## Hijos jilgueros

Relato de Ángel Belmonte Rodes

\* Ilustración de Vanessa Cornago para el relato

### Tercer canto: 2019

Volvimos al pueblo el tercer día después de que nos enterraran. La gente estaba lista para recibirnos, las jaulas reparadas o recién donadas a los familiares y las puertas tan abiertas como sus brazos. Anunciamos nuestra presencia con un canto corto, volando a ras de las últimas nubes, que eran ya ruinas de lo que habían sido unos días atrás. Estas habían viajado por medio globo y habían vuelto de los lugares más altos cargadas y oscuras, y habían descargado sus llantos como en el principio de todos los otoños. Solo que el llanto no cesó tras recibir la estación, y el río, siempre inocente, rompió también a llorar, y el agua llenó los caminos y las huertas y las casas.

Volamos en bloque durante el amanecer y cada uno buscó la jaula

a la que lo invocaban. No éramos tantos como en veces anteriores. Una de las personas que esperaba despierta era Remedios, que había perdido a su hermana Laura en el temporal. La mujer no había llorado ni una vez aún. «Mucho ha llorado ya el cielo», decía. La llevaron a un refugio treinta minutos después de que rompiera el río, y ella, con su cadera mala, no paró de moverse por la estancia, de asomarse a las ventanas y de evitar a los vecinos reunidos con ella porque no tenía nada bueno que decirles, y para la desesperanza, mejor callar. Cuando llegó al pueblo la primera riada grande, tuvo suerte; el mismo día que el cielo se despejó y aparecieron los cuerpos, la mujer de su hija dio a luz a una criatura preciosa que llevaría su nombre si un día esta quería quedárselo. De lo que Dios la había salvado aquel día no la había librado en otras ocasiones.



Sentada en el comedor del colegio convertido en refugio, acarició el lomo de su álbum de fotos, que era lo poco que había podido llevarse consigo, y se preguntó qué habría hecho su marido de estar allí. Había conocido a Juan cuando él ayudaba a su padre, frutero, en el mercadillo del pueblo, y a ella la habían mandado a comprar y todavía tenía tierra bajo las uñas. Le daba vergüenza, porque a veces la gente es mala y solo se fija en lo que puede criticar, pero Juan se fijó en sus brazos fuertes y en sus ojos, que habían absorbido tantas horas de sol, y más tarde aprendió a reconocer su voz en el campo cuando la acompañaba. Juan no se habría quedado quieto como ella ahora, perdida en la incertidumbre. Él habría ido a tranquilizar a Fátima y a Ahmed, que era la primera vez que vivían aquello, o a jugar con el niño de Héctor, el hijo del ferretero, o a hablar con Bernarda, que también era viuda y vivía sola, y estaba negando con la cabeza mientras las autoridades le repetían que no se podía salir. Pero Juan no estaba y su hermana tampoco, y Remedios no se lamentaba ni hablaba con nadie. Como a su casa,

que ahora estaría bajo agua y barro, la mantenían los cimientos. Y como su casa, Remedios no podía ayudar a achicar agua si no achicaba de su hogar primero. Ella debía mantenerse a flote también. Sus vecinos lo comprendieron y el hijo del ferretero le arregló la jaula que había heredado de su padre cuando localizaron a Laura una vez todo se secó.

La misa transcurrió con normalidad. La iglesia era el punto más alto de la zona y no se había inundado. La gente pudo llorar tranquila sabiendo que la humedad solo saldría de sus ojos y no de la madera de los bancos ni de las goteras ni de los huecos entre las baldosas. Aunque todos sabían la razón, algunos no pudieron evitar reconocerlo como un milagro. Y aunque todos sabían que los muertos volveríamos con más vida y que los ayudaríamos a sanar y que llenaríamos sus casas de nuevo, eso no nos hacía menos muertos. Desde los agujeros y los huecos en el techo y en el órgano vimos a familias enfrentadas ahora consolarse, y los vimos pasar un duelo que no era duelo, pero que se sentía igual. Porque la tristeza no se iba como se



había ido el agua de la madera de los bancos, de las goteras, de los huecos entre las baldosas.

Cuando Remedios pudo volver a entrar a su casa y llegó el amanecer del tercer día, vio cómo un jilguero se colaba por la ventana de su cuarto. Lo supo enseguida. Tenía el brillo en los ojos de su hermana mayor. No había dormido nada esa noche (y dudaba de volver a hacerlo alguna vez, como cada vez que perdía a una parte de ella) y había pasado las horas mirando hacia la calle, rezando a la cruz del cabecero de la cama y pidiéndole explicaciones. Se sentía como uno de los muebles de su salón: hinchada, inservible, con puertas que no se volverían a cerrar bien nunca; a punto de explotar de tanta lágrima, de tanta herida. Lo peor era saber que esas tragedias se repetirían con más frecuencia porque unos cuantos intoxicaban el mundo mientras sus hijos se mataban trabajando. El ave entró a la jaula que Remedios había dejado en una mesita junto a la ventana, y eso le hizo recordar al último jilguero que había vivido y vuelto a morir en ella, y las piernas le temblaron tanto que ni siquiera pudo pensar en levantarse. El

plumaje del pajarillo parecía brillar con luz propia. Las extensas franjas amarillas en medio de las alas se reflejaban en tonos dorados por las primeras luces del alba, la cabecita granate resplandecía, el buche, blanco como una nube, vibraba con el alma que contenía dentro.

—Oh, Laura, Laura —dijo la mujer, cuyo pecho temblaba de dolor y alivio—. Has sabido volver a casa.

«Eres mi hermana pequeña. Siempre sabré acudir a cuidarte», dijo el jilguero, y empezó a cantar.

### **Segundo canto: 1987**

El canto cose las heridas y el tiempo las venda. Sanar depende de muchas más cosas.

Hace más de treinta años acudimos a las mismas llamadas y éramos muchos más surcando los bajos cielos. Conocemos bien estas casas, estos campos. Conocemos esta comarca desde el primer agricultor que nos cantara, tantas estaciones atrás. Bien sabido es que la huerta es el gran orgullo de esta tierra. Sobrevolamos las casas y las calles, y los vecinos nos señalaron y anunciaron a otros haber visto pasar a los jilgueros. Con miedo. Con alivio. Entre el grupo de labradores



subidos a un tejado, que no formaban todavía parte de una agricultura intensiva feroz, estaba Andrés. No era uno de ellos, sino músico, pero allí estaba a la intemperie también, calándose los huesos e incapaz, como el resto, de dejar de mirar el mar que había llegado frente a ellos. El mar de la riada era parte río, parte cielo. Se movía como un depredador sin prisa por acorralarlos. Supieron enseguida que los muertos eran demasiados para contarlos, que el agua dejaría un cementerio a su paso.

Andrés tuvo la sensación de que no iba a dejar de llover nunca y de que el sol no volvería a salir. Lo sintió como un miedo infantil, un instante de locura. No habían encontrado aún a su abuela ni a la hermana de su vecina Remedios. Horas antes había rescatado a sus padres, a los que les había llegado el agua hasta la cintura, y los tres habían temido la corriente rápida y los cables rotos y el agua tan incognoscible y oscura de barro y suciedad que nada dejaba ver.

Él siempre había deseado ser un chico de ciudad. Como todos en su juventud, el pueblo se le había

quedado pequeño y solo era capaz de percibir la falta de privacidad de los lugares en los que todos se conocían y muchos juzgaban al diferente. Pero miraba ahora el campo y no había nada. Incluso cuando paró la lluvia, todo estaba enterrado en un mar muerto. Tan solo la parte más alta de los naranjos sobresalía del agua, los campos de *arcasiles* habían desaparecido por completo y al maíz recién sembrado lo habían ahogado litros de lluvia. Aunque no la trabajaba, era su tierra. La tierra de sus vecinos, de sus amigos, de sus padres y sus antepasados. Veía la ruina de años de preparación y meses de trabajo, y del esfuerzo de generación tras generación. Veía arrasado el orgullo de un pueblo por sus buenos frutos y la ilusión con la que los daban a conocer. Veía perdido el sustento de la gente que le había visto crecer y la rabia de la injusticia. Recordó todas las veces en las que su madre, semillas en mano, inspeccionaba las grietas del suelo que llevaban allí meses, y luego al cielo azul y despejado, preguntándose cuándo llovería.

«O nos secamos o nos ahogamos», había dicho ella entonces; crecieron con ese refrán y sabían que sus hijos



también crecerían con él, y a veces los refranes se dicen con la voz tomada y las manos cerradas en un puño.

Andrés le dio la mano a Ferrán, a su lado, siempre a su lado, como tantas otras veces habían hecho a escondidas y ya no ocultaban. Supo que podrían haber perdido más cosas y le dio las gracias a un Dios en el que le costaba creer desde que acabó la catequesis. Había dejado de llover; las sirenas mezclaban sus sonidos de urgencia con el silencio atronador de todas las cosas ahogadas.

Luego estaba el olor. Ese espantoso olor a alcantarillas y a ciénaga, a tierra putrefacta, que tardaría días y semanas en evaporarse por completo. Incluso cuando todo volvió a la normalidad muchos meses después, el olor seguía metido en su recuerdo como las cicatrices de la impotencia.

Los vecinos solo se movieron cuando nos vieron volver a surcar los cielos, atravesar las nubes y cruzar al otro lado, cuando vieron nuestras plumas de colores una tras otra en aquel páramo marrón y gris. Los pusimos en marcha. Se cogieron

de las manos y empezaron a trabajar aún con las lágrimas en los ojos.

Este es un pueblo resiliente. Nuestra simbiosis con ellos es una promesa eterna. En la nueva vida volvemos a nuestras calles, a nuestras casas, a nuestras familias. Hemos visto todas las caras que puede tener la familiaridad, que no el parentesco, y las peleas que absorben los lugares pequeños, ni mejor ni peor que los lugares grandes. En todas partes hay conflicto. Al sobrevolarlo todo somos los testigos de la desesperación, que saca lo peor y lo mejor de ellos. Uno se pelearía con un agente de la Guardia Civil por una botella de agua de más para su familia, pensando que nunca tendrían suficiente, y otro abriría las puertas de su casa a quien la ha perdido en el temporal. Una mujer hace cola para llevar comida al anciano aislado en su casa. Un joven recoge perros en una lancha y busca a sus dueños. Otros, muy muy pocos, roban lo poco que queda intacto. Pero el del sur del Segura es un pueblo resiliente. Los edificios pueden derrumbarse y las huertas morir, pero la tierra siempre les evitará caer al vacío y



con ella podrán levantarse, reposar y reconstruir sus vidas.

—Vamos a ca tus padres —dijo Ferrán, porque ellos ya no vivían allí, pero no habían olvidado de dónde venían—. Tenemos que preparar las jaulas.

—Ojalá vengan pronto —contestó Andrés, sin soltar su mano.

Y nosotros llegamos pronto.

### **Primer canto: 1829**

Siempre ha sido así, desde que la tierra temblara tanto que todo lo que la población creó volvió al suelo. El terremoto, dos siglos atrás, lo desencadenó todo. Hubo entonces un hombre llamado Senén, que labraba las tierras heredadas de su padre junto con uno de sus hijos, que también se llamaba Senén, y que a su vez tendría otro hijo con el mismo nombre, y la tradición se rompería al nacer solo Laura y Remedios, que comenzarían otra. El hombre tenía un campo de cereales, cuya cosecha vendía luego a los ganaderos, y cincuenta tahúllas de alcachofas para pasar el invierno. Por aquel entonces los inviernos eran un poco más lluviosos. Senén rezaba el Ángelus cada mañana con su mujer y su primer hijo al lado, y con ojos

esperanzados miraban las nubes y esperaban la lluvia que salvase las cosechas. Después los tres volvían al trabajo y el hombre cantaba cualquier cosa, desde canciones populares hasta invenciones propias que hacían reír al niño. A veces lo hacía mientras su mujer tocaba la bandurria y se reunían con los vecinos, y amenizaban así el frío de las noches. El hombre había heredado la voz de su padre, y se preguntaba si el niño también, cuando creciera y esta le cambiara, cuando dejara de tener el tono dulce de un pajarillo. Sabía que se convertiría en un joven dulce y sensible, y que por ello le esperarían problemas y a él le harían preguntas, y le dirían «mira los andares que tiene tu hijo» y «por qué vuelve a llevar flores en el pelo», y él, mientras, iba a estar muy orgulloso porque lo único que le importaba es que fuera bueno.

Entonces llegó el fin del mundo en una tarde tranquila de primavera. Y cayeron las casas y las granjas y el colegio y el ayuntamiento, y solo el hospital y la iglesia quedaron en pie. El niño jugaba al balón con sus amigos cuando los edificios se derrumbaron



sobre la calle cual rayo en un árbol, rápido y certero. La neblina de polvo cubrió todo el pueblo como un manto de muerte. Los entierros se hicieron con todos los vecinos que quedaban de pie, muchos más que los edificios, y tan callados como infantes en una procesión siniestra. Después de enterrar a su hijo, Senén nunca volvió a cantar. El polvo se le había metido dentro.

Al alba del tercer día después de dejar el cementerio, el agricultor salió de casa para seguir trabajando y después ayudar a limpiar el pueblo de escombros. Una parte de su propia casa se había derrumbado también, la iglesia ya estaba llena de evacuados y habían abandonado a su hijo bajo tierra, y no les importaba que el techo que quedaba se les cayese mientras dormían. Dejó que su mujer siguiera descansando porque no lo había hecho en toda la noche, aunque él tampoco. Dicen que cuando uno es padre nunca vuelve a dormir bien, pero ¿qué pasa cuando uno deja de ser padre?

Una vez el hombre salió al campo, con los primeros rayos de sol bañando la cosecha, casi lista para recoger, vio el cielo rosado y el sol

como una naranja saliendo de las montañas, gajo a gajo. Oyó el sonido de los pájaros más madrugadores y sintió unos segundos de paz. Luego recordó el estremecimiento de la tierra, el cuerpecito de su hijo bajo una tela mugrienta, y supo que no volvería a dormir nunca. Se quedó de pie mientras observaba los cardos que habían florecido ya y vio cómo uno de nosotros batía las alas al bajar del cielo y se posaba sobre la parte más verde de la planta frente a él. El hombre había visto perdices, tórtolas, vencejos y abubillas en la huerta, pero muy pocos jilgueros. El sol hizo brillar los ojillos negros y la cabeza granate, y oscureció sus colores de polluelo. El pájaro picoteó la flor violeta y empezó a cantar, y el hombre cayó de rodillas al suelo porque era él. Porque era su niño y había vuelto, y él lo sabía. De padres cantores, hijos jilgueros.

La gente del pueblo dice que aquella fue la primera vez que un alma volvía, y pronto todos volvimos con nuestros padres, nuestros hijos, nuestros abuelos, nuestros amigos. Pronto supieron que apareceríamos tras cada catástrofe, que con el paso de los años todos acabarían siendo herederos de sangre o de tierra de



aquel hombre que cantaba al cielo. El hijo jilguero cantó también al cielo. Con su melodía de silbidos cortos y dulces como la miel, los colores de su plumaje, su energía al moverse con pequeños saltos de un lugar a otro, los dos agricultores sanaron las heridas de su alma. Así empezó la resiliencia de un linaje que no se comparte por ser familia, sino por vivir en el mismo lugar y estar unidos por las mismas cosas.

Así sanaron y reconstruyeron. El labrador que cantaba y su mujer que tocaba, y Andrés y Ferrán, y Remedios, y también los que no habían perdido a nadie, pero sí su hogar. Nosotros llevamos un esqueje a cada puerta, a cada jardín, del que nacería un limonar que daría más flores que frutos y que limpiaría las calles del hedor del barro y del agua estancada gracias al olor de la primavera.

Ver a la pequeña ave les recordaba lo frágil que era todo, y sabían que no duraríamos muchos

años, pero que sanarían gracias al alma que llevábamos en nuestros buches blancos y diminutos. Y entonces volvería a formar parte de todo, a vivir de nuevo y a recoger los frutos de lo que cultivaban también en su interior. Entonces podrían devolverles a sus vecinas la amabilidad y los detalles que le habían levantado el ánimo, y ellas a otros a su vez, y el ciclo se repetiría a medida que las calles y los campos se secaban y se sembraba de nuevo, y los insectos volvían para polinizar, y los pájaros construían de nuevo sus nidos, y todo renacía. Incluso el bosque que cada uno tiene dentro.

Los jilgueros siempre estamos ahí después de que amaine la tormenta, cuando el alma sigue lamentándose por la pérdida y la impotencia, ayudándoos a sanar. Siempre hemos estado y siempre estaremos ahí. Quizás, si escucháis atentamente, podréis oírnos también.

---

### Ángel Belmonte Rodes

@angelbrouge

Ángel Belmonte Rodes (Alicante, 1997) traduce, corrige, escribe y, sobre todo, lee. Con un gran foco en explorar la identidad, la resistencia y la masculinidad, sus

historias tocan la ciencia ficción posapocalíptica, el terror costumbrista y una fantasía que nunca pierde la esperanza. Es coautor de la antología De nombre y hueso: relatos oscuros trans de la editorial Egales y la antología benéfica Talasofilia.



# La canción de la niña rigas

Relato de Celia Corral-Vázquez

Sé lo que vi; mis ojos pueden ser viejos, pero no engañan ni mienten. Juro por mis pupilas y por toda mi estirpe que anoche volví a verla en la playa, entre las rocas. Crecida, con el cuerpo distinto, encorvada, como surgida de una pesadilla. Pero sé que era ella; le reconocí esas facciones tristes y afiladas que las mujeres de su familia, las viejas y las niñas, arrastran como un velo de luto; las facciones que les susurran cada día ante el espejo que siempre cargarán con el peso muerto de sus antepasadas.

Aunque nadie puede decir con certeza que conoce a las Rigas excepto las mismas Rigas, yo sí conocí bien a la muchacha. Al menos, mejor que el resto de la gente del pueblo. Muchas veces la vi pasar ante mi puerta a lo largo de los años, por la vereda de los eucaliptos. Era una niña desastrada y huraña. La vestían con poco más que trapos viejos y no la peinaban. Creo que nunca la he llegado a ver con zapatos. Más de una vez me la encontré en la plaza pegándose con otros niños a arañazo limpio, para luego salir huyendo con pies ligeros. La gente comentaba, sin molestarse en bajar la voz: «pobre niña, tan pequeña y guardando voto de

silencio, igual de loca que la madre cuando aún vivía, igual de loca que las tías y las primas». Lo más probable era que también hubiera heredado la enfermedad, esa que se llevaba por delante a los varones de la familia y dejaba a las mujeres vivas, sufriendo.

Las Rigas, siempre entre paredes blancas, siempre entre cortinas tupidas y puertas cerradas. A la niña no parecía gustarle la clausura. Se escapaba a menudo al mar, corriendo por la vereda. Al final del día, cuando ya no quedaba nadie en las calles, veía pasar a una de las tías en su busca, la misma cada vez, la más mayor. Siempre iba muy tapada, con guantes y mangas largas incluso en los veranos sofocantes, y se ponía sombreros anchos como para disimular las vendas que le cubrían la cara. Luego regresaban las dos, la tía agarrándola de la mano y la niña dejándose arrastrar.

La cría era rara, pero me caía simpática. Había algo salvaje e inteligente en sus ojillos negros, en la línea de vello que unía sus cejas revueltas. Había algo de angustia también, algo de soledad. Un día que pasó corriendo mientras yo barría la



puerta le ofrecí un caramelo. Se detuvo y me miró con atención, pero huyó a los pocos segundos. Al atardecer, regresó. Yo estaba sentada en la puerta, leyendo al fresco.

Entonces fue cuando escuché su voz por primera vez. «¿Eres una bruja?», me preguntó. No se podía decir que tuviese una voz fuera de lo normal, pero tenía algo extraño. Al oírla, una inquietud incómoda me revolvió por dentro, como si mi cuerpo se preparase para caer. «Ojalá lo fuera», le dije, «imagínate la de cosas que sabría hacer». Ella me miró muy seria. Me fijé en que lanzaba vistazos de reojo hacia el bolsillo de mi rebeca, del que asomaba el papel de los caramelos, así que volví a ofrecerle uno de menta. Esta vez lo agarró con rapidez, como temiendo que fuera a cerrar la mano de pronto y a atraparla como un cepe. Se lo comió sin dejar de mirarme. Como el silencio se alargaba, yo hice como que seguía leyendo. «Ojalá lo fueras», dijo al cabo del rato. Cuando levanté la vista, ya apenas se adivinaban a lo lejos los mechones de su pelo negro perdiéndose entre las ramas de la senda.

A partir de aquel día, siempre se detenía un momento ante mi puerta al pasar; al verme asomada a la ventana o sentada en el zaguán, me saludaba con la mano antes de seguir su camino.

Admito que la seguí alguna vez. Me intrigaba saber por qué visitaba con

tanta insistencia la playa. Más de una leyenda circulaba por las callejas acerca de las Rigas y el mar, la mayoría tan rocambolésicas como solo pueden serlo las habladurías escupidas con malas intenciones. Se hablaba de una tatarabuela que había perdido la cabeza al dar a luz y había ahogado a su hija en el mar, para luego morir de pena. O de una bisabuela que había despertado a un demonio que habitaba en las aguas. La más reciente implicaba a la madre de la chiquilla. De ella no sabía yo demasiado, solo que tampoco le gustaba estar encerrada en casa. Decían que tenía un carácter histriónico y rebelde, que era difícil mantenerle las riendas. Las leyendas solían decir que un día agarró una barca y desapareció mar adentro, para siempre. Nunca supe si creérmelo. Supongo que, al ver a aquella niña sentada en la orilla, con los pies enterrados en la arena y la carita salpicada de mar y lágrimas, prefería no hacerlo.

Sentarse a mirar las olas no era lo único que hacía en la playa. También aprovechaba aquella soledad para atreverse a romper su voto de silencio. Lo hacía con cuidado, poco a poco, como metiendo los pies en el agua fría, un milímetro cada vez. Al principio, solo susurraba. Apenas la oía desde mi escondite habitual, tras los riscos cerca del bosque. Nunca supe qué decía; las que sí la entendían eran las gaviotas. O



al menos así lo parecía, pues al rato de comenzar el monólogo susurrante, los pájaros comenzaban a acudir a su vera. Primero uno, luego dos más, y así hasta formarse una bandada alrededor, con un epicentro que no dejaba de murmurar el hechizo que los mantenía a la escucha. Aquella visión me ponía el vello de punta. Esos animales estaban tan quietos que casi parecían muertos.

Pero era mucho peor cuando la niña vencía la timidez y se atrevía a alzar la voz. Cantaba bajito, con los labios dormidos en una o amorfa, una extraña melodía tan lenta, tan imprevisible, que me resultaba imposible memorizarla. Parecía brotarle de dentro sin ningún orden. Y aquel cántico sí llegaba claro hasta mí a través del silencio de la tarde, se me colaba dentro y correteaba por mi pecho como aleteos de angustia. Su voz no era bonita. Su canción no era bonita. Era poderosa y temible, vibraba en el aire como una garra invisible capaz de rasgar la realidad y hacerla trizas. Cuanto más cantaba, más gaviotas acudían a su cónclave. Entonces, cuando la niña se ponía en pie en un movimiento repentino y volvía a callar, todas las aves huían volando despavoridas. Y la pequeña aguardaba estoica la llegada de su tía, que apenas tardaba un rato en aparecer para llevársela.

La niña siguió pasando ante mi puerta hasta que empezó a dejar de ser

una niña. Su figura cada vez era más alta y desgarbada, aunque no menos sigilosa. El alma se me encogió el día en que la vi aparecer con una venda cubriéndole el hombro por debajo del tirante del vestido. Yo estaba apoyada en el alféizar; me miró y por un momento pensé que iba a decirme algo, pero giró la cara y se marchó como si no me hubiera visto. Tuve ganas de llamarla. Fue entonces cuando me di cuenta, después de todos aquellos años, de que no conocía su nombre.

Con el tiempo, las vendas se propagaron como una infección por todo su cuerpo. Por los dedos, el cuello y la parte alta de la espalda, por las piernas magulladas. La muchacha parecía cada vez más un cadáver con la piel envuelta en remiendos de su sudario. Aunque ya no me saludaba al pasar, no dejó de acudir a la playa, a susurrar a la inmensidad del mar, a esparcir su dolor entre cánticos. Ya no solo acudían las gaviotas a su llamada; aves de alas negras como el cabello de la muchacha Rigas, cuervos, mirlos, comenzaron a unirse también al encuentro secreto. Al final, el mismo mar pareció revolverse inquieto ante la influencia de aquel son, pues pequeñas criaturas quitinosas abandonaban el amparo de las olas, repiqueteando las patas afiladas por la arena para acudir a los pies de la joven.



A veces desaparecía durante días para luego regresar a las calles como si nada, con más vendas ensangrentadas que comenzaban a ganarle terreno a la piel desnuda. Yo me preguntaba si sus tías habían encontrado al fin la manera de retenerla en casa. Tras una de estas desapariciones, la muchacha pasó por el camino con una magulladura que había escapado de las vendas y quedaba a plena vista; una mancha oscura le rodeaba el ojo y se extendía por la mejilla. La siguiente vez se presentó con un tajo en la barbilla y un hilo de sangre seca cayéndole por la sien. A la tercera vez, cuando la vi con media cara enrojecida, no pude contenerme. «¿Qué te están haciendo?», le pregunté. Con aquello, conseguí que se parara y me mirase callada, como la niña perdida que una vez fue. «¿Sabes qué le pasó a mi madre?», me preguntó con esa voz mustia que me arrancaba escalofríos. «No. No la conocí», le respondí con cautela. Ella negó con la cabeza, pensativa. «Nadie quiere contármelo», dijo, «pero yo lo sé. Me habla, la oigo desde el fondo de su lecho de mar. Se siente sola allí abajo. No puedo dejar de pensar en ella». Se detuvo un momento antes de añadir: «Me ha contado quién lo hizo».

Mi angustia por la muchacha no hacía más que crecer al ritmo que ella parecía menguar, enterrada en vendas

y heridas que se amontonaban como tratando de apartarla de la luz del sol.

No pasó mucho tiempo, apenas unos meses, hasta que todo se precipitó.

Una madrugada, escuché golpes en mi puerta. Con el cuchillo de carnicero en la mano, pregunté a gritos que quién venía tan tarde a molestar. «Ayuda», escuché en un aliento casi inaudible. Dejé el cuchillo y abrí enseguida; era ella, aunque me costó varios segundos reconocerla. Tenía la cara roja e hinchada, y las vendas a medio arrancar colgaban como jirones de piel. La acogí, cerré puertas y ventanas y la senté en el sofá. Le traje un poco de agua fresca. Estaba muy nerviosa, tanto que sus manos temblorosas no tuvieron fuerza para sostener el vaso y el cristal se hizo añicos contra el suelo. Intenté consolarla con voz suave, le hice respirar hondo hasta que empezó a recuperar el aliento. La maraña de pelo se le pegaba a la frente y al cuello por el sudor. Me di cuenta de las manchas oscuras que le moteaban los brazos y las piernas, allá donde las vendas habían dejado de cubrir. Manchas repugnantes, abultadas como tumores, como si un montón de agujones estuvieran pugnando por brotarle de la piel. Tenía sangre en las manos. No parecía suya.

Le pregunté qué había pasado, pero no quiso hablar. Le preparé un baño caliente y ropa limpia, el camisón más



pequeño que pude encontrar. Cuando salió al salón con la cascada de pelo empapado, aquella bata blanca, las heridas aún frescas y toda la piel descubierta, manchada, supurante, me recordó a un polluelo desamparado. «No le digas a nadie que estoy aquí», murmuró. Un estremecimiento subió por mi nuca como un arañazo. «No lo haré».

«¿Pase lo que pase?».

Tenía clara la respuesta. «Pase lo que pase».

La dejé dormir en mi sofá; verla descansar en un sueño tan profundo, como si nada en el mundo pudiera hacerle daño, me enterneció profundamente. No sabía qué había pasado, pero no la dejaría a su suerte.

Al día siguiente, en el mercado, me enteré de que una de las Rigas había muerto de madrugada.

Había sido una de las tías, la más mayor. Decían que la habían matado. Un escándalo. «En un pueblo tan pequeño, en qué tiempos vivimos». No abrí la boca en toda la mañana y procuré hacer mis compras rápido, pero mis oídos no podían evitar escuchar. Decían que la habían encontrado destrozada en el baño, irreconocible. Las hermanas no querían dejar entrar a nadie, querían enterrarla en privado, en el jardín de su casa. «Quién había podido ser, qué clase de ser desalmado podría hacer una cosa así». Me despedí

del frutero y me apresuré a volver a casa. Deseché la idea de preguntarle a la muchacha. «Pase lo que pase», me repetía a mí misma.

Al entrar, encontré el salón vacío y pensé por un momento que la joven se había marchado. Entonces, un crujido se oyó desde el baño. La puerta estaba entreabierta. No pude evitar que el miedo creciese en mí a medida que me acercaba. Veía sombras moverse en el interior a través de la rendija, y los crujidos se hacían cada vez más numerosos.

Apenas fui capaz de contener un grito al abrir la puerta. La muchacha me devolvió una mirada aterrada a través del espejo frente al que estaba de pie, desnuda. Era ella, pero al mismo tiempo no lo era. Las manchas negras le habían crecido por todo el cuerpo hasta cerrarse como ramas alrededor de su cara, la única zona que quedaba sin invadir. Por todas partes, de los pies al cuello, espigas oscuras y finas le salían de la piel.

La muchacha se giró hacia mí. Casi tropecé al dar un paso atrás. Aquella visión era difícil de sostener. «¿Qué te está pasando?», le pregunté. Parecía asustada, paralizada. Alargué una mano y ella se encogió. «¡No!», exclamó con su hechizo de angustia. «¡No me las arranques! ¡Duele!». Bajé la mano. «No voy a arrancártelas», aseguré. Ella arremetió: «Si las dejas crecer, cada vez



lo hacen más rápido. Pero no quiero que nadie me arranque ni una más. ¡Ni una sola!».

Volvió a quedarse en mi sofá aquella noche. Por la mañana ya no estaba allí; tras llamarla y buscarla por toda la casa, la encontré en el ático. Se había acomodado sobre una de las vigas que cruzaban el techo, agazapada en un rincón como una alimaña en su guarida. Por más que la llamé, me ignoró. Desde el suelo casi no se veía su escondrijo oscuro. Cada vez que subía a cambiar sus platos vacíos de comida y agua por otros llenos, apenas alcanzaba a verle un brazo y una pierna. En un par de días, a una velocidad alarmante, la piel oscura pasó a recubrirse de una pelusa grisácea, que pronto se convirtió en una tupida capa de plumas negras. Poco recordaban ya a unas extremidades humanas. Por las noches, yo apenas pegaba ojo. Crujidos, arañazos y gemidos de dolor se escuchaban desde el ático.

La tarde del quinto día que la tuve conmigo, vinieron a buscarla.

Cuando golpearon con ímpetu mi puerta, supe enseguida que era por ella. Me planteé no responder, pero sabía que eso solo empeoraría las cosas. Abrí y encontré a un oficial alto, ojeroso y con una expresión de hartazgo. No pude evitar fijarme en que iba armado. Alguien le había dicho mi nombre. Me contó que la niña Rigas había

desaparecido la noche del asesinato de su tía y que alguien la había visto corriendo de madrugada hacia la vereda de los eucaliptos. Me preguntó si sabía algo de ella. Lo negué. Hasta la misma puerta me llegaban los crujidos desde lo alto de la escalera. En mi mente, rogué por que el oficial no los escuchase también.

Él siguió insistiendo. Me preguntó que cuándo la había visto por última vez. Le conté una milonga; por cómo me miraba, con esa mezcla de condescendencia y pena, me di cuenta de que no se la creía. Empezó a recitarme las consecuencias de mentir a la autoridad y de ocultar a fugitivos en casa. Le repetí que no sabía nada, consciente de que mi frente sudorosa empezaba a delatarme. Me advirtió que varias personas la habían visto correr hacia mi puerta aquella madrugada. Yo seguía negando. Los crujidos del ático cada vez eran más fuertes. ¿Qué estaría haciendo para formar tanto escándalo? «¿Quién está ahí dentro?» inquirió el hombre. «Nadie. ¿Es que no me está oyendo?», protesté. Él negó con la cabeza. «Voy a entrar. Apártese». Le espeté que no podía entrar de esa manera en mi casa, pero no parecía muy dispuesto a seguir el protocolo. Me apartó de la puerta con un empujón y entró en mi hogar, como una bestia con sed de sangre.



Ninguno de los dos vimos la sombra que se abalanzó escaleras abajo, rauda como un demonio, hasta que fue demasiado tarde.

En un pestañeo, aquella criatura había derribado el cuerpo del oficial. Este quedó tendido, a merced de las garras afiladas que le surcaban el rostro con furia. Chillidos inhumanos retumbaban en mi salón mientras yo, paralizada, contemplaba al hombre forcejeando contra la enorme ave negra que le atacaba. No. No era un ave. Tenía alas, pero entre aquellas plumas pronto adiviné formas humanas. Vi la cara de la muchacha Rigas encogida en una mueca de odio, envuelta en aquel cuerpo, su verdadero cuerpo, que había brotado al mundo sin arrancarse ni un ápice, sin esconderse, sin medida.

No sé cómo fui capaz de verla en mitad del caos, pero lo hice: la mano del oficial desenfundando el arma. Salté sobre él, sobre el brazo que la sostenía. Un ruido atronador estalló demasiado cerca de mí. Los oídos me dolieron como si hubieran explotado por dentro. La vista se me empañó y caí, sin fuerzas. Dejé de oír nada más que un pitido.

Cuando volví en mí, estaba sola al pie de la escalera. La puerta principal se había quedado abierta; un reguero de sangre que nacía justo a mi lado se perdía hacia la calle. A duras penas, me puse en pie y salí. El rastro se detenía de pronto a pocos metros de mi puerta,

vereda arriba, donde un par de huellas se hundían en la tierra, en el impulso de un gran salto del que no se adivinaba el final. Me pareció ver, en el horizonte rojizo de la tarde, unas alas negras batiéndose en el cielo, mar adentro.

No. No volví a ver al oficial y, desde luego, no volví a ver a la niña. Al menos, hasta anoche. No sé qué impulso me arrancó de la cama tan tarde y me llevó a adentrarme en el sendero, hacia la playa. Creo que, en sueños, escuché un chillido que me recordó a una canción inquietante susurrada en la orilla.

Y juro una y mil veces que allí la vi, el ser en el que se ha convertido. Ya no quedaba ni un ápice de sus brazos de muchacha enclenque, pero entre las alas enormes y fuertes, plegadas, sostenía a alguien. Era noche cerrada y mi vista no da para tanto, pero desde allí mismo, desde los riscos, pude distinguir que ese alguien estaba envuelto en sábanas atadas con cuerdas y que parecía haber pasado demasiado tiempo bajo el agua. Y, una vez más, escuché el son de la muchacha, el lamento aterrador que hizo acudir a gaviotas, cuervos, cangrejos, a las mismas olas que se estrellaban con ira contra las rocas, todos ellos uniendo sus gritos, sus sollozos, al cantar de la niña alada que lloraba abrazando aquel cuerpo con ansia.

No reuní valor para salir de mi escondite. Solo la contemplé mientras



echaba a volar hacia el pueblo. Me pregunté si iría a enterrar el cuerpo en el jardín de las Rigas para que al fin pudiese descansar. Me pregunté si entraría en la casa, si despertaría a sus tías, si alguna vez volvería a ver con vida a alguna de aquellas mujeres vendadas.

Esperé hasta que volví a ver su silueta de vuelta, a salvo, surcando el cielo de regreso al océano. Deseé que hubiera encontrado su nuevo hogar en la inmensidad de las aguas y me pregunté, deseando en realidad no llegar a saberlo, cuántas más seguirían esperando en el fondo de su lecho de mar a que una de las suyas acudiese a liberarlas de su soledad.

---

**Celia Corral Vázquez**

@celiacorrv

Celia Corral-Vázquez (Aracena, 1991): es biotecnóloga y doctora en Biología celular, aunque compagina la ciencia con su entusiasmo por las letras. Es autora de la novelette de ciencia ficción / terror «Hacia el rescicio» (Cerbero), del thriller psicológico «Ontromus» y la novela de fantasía «Nosotros, los malos» (Triskel ediciones). Además, ha publicado diversos relatos independientes y participado en

antologías como «Visiones 2020» (Pórtico - AEFCFT), «Terroríficas» (Palabaristas) y «Maldita la gracia» (Cerbero), con géneros tan diversos como el terror y la ciencia ficción humorística en lenguaje de programación.

Ilustración de Vanessa  
Cornago para el relato





# Puesta pa'l derroche

Relato de Ana Saiz García

De alguna parte le llegaba un sonido fuerte y grave, como de golpes, que se hacía cada vez más cercano, más real. Desorientada, abrió los ojos y aguzó el oído.

—Estéfani, ¿estás despierta? — escuchó a lo lejos, amortiguado.

Estéfani.

Fani.

Sí, eso era. Fani.

Ese era su nombre. Ya recordaba.

Y ahora que sus ojos se iban acostumbrando a la luz anaranjada que la rodeaba, empezaba a comprender que aquel sitio era su dormitorio de Los Ángeles. Movié los brazos y sintió el tacto suave del algodón egipcio. Al menos estaba tirada sobre su cama y no en el suelo. Todavía le quedaba eso de dignidad.

—¿Estéfani?

*Okey*, los golpes eran en la puerta, y aquella voz era Mariaje, su repre. Fani no contestó y escuchó con alivio el sonido de unos tacones alejarse por el pasillo. Apostó a que Mariaje los hincaba en el suelo con esa rabia a propósito.

Bien, ahora solo tenía que recordar qué había pasado anoche. Debía de

haber sido la fiesta de las fiestas, a juzgar por cómo se encontraba. Sentía el cuerpo pesado, pegajoso. Sentía la boca pastosa, pero no tenía sed. Hambre, sí, muchísima.

Cerró los ojos de nuevo y pensó en el *brunch*, o quizá ya merienda, que seguro le habría preparado su asistente personal: tostadas con aguacate y huevo *poché*, un buen bol de frutas y ese café con el toque secreto que Beatriz reservaba para los despertares como aquel, en que necesitaba acabar con la resaca lo antes posible.

Curioso. Normalmente solo pensar en esa comida resucitadora la habría impulsado a levantarse de la cama y bajar las escaleras de dos en dos para llegar hasta la terraza, donde Beatriz se lo solía dejar para que, de paso, le diese un poco el aire. Pero ahora no. Ahora la imagen del bol de frutas le provocaba náuseas. ¿Huevo *poché*? El horror. Ni siquiera se veía capaz de beber un solo trago de café. Y, sin embargo, mataría por... ¿sesos?

¿Sesos? ¿Pero qué...?

Fani se incorporó y corrió al cuarto de baño, donde se agachó frente al inodoro dispuesta a echar hasta las



tripas, que sería lo lógico en su situación. Apretó el abdomen un par de veces y forzó el gesto con la boca, pero no fue capaz. No necesitaba vomitar. Necesitaba sesos.

Sesos.

Contrariada, se levantó y se miró en el espejo. Su aspecto respondía bien a cómo se encontraba. Tenía el *crop top* blanco manchado de vino, los rizos húmedos y aplastados contra la frente, el pintalabios totalmente borrado y las pestañas postizas del ojo derecho pegadas en la barbilla. Fue al ir a despegarlas cuando se dio cuenta de que había algo raro en sus manos. De que no estaban como siempre. Las extendió para verlas bien. «¿Qué-es-esto?», dijo en voz alta. Su piel bronceada se había vuelto blanquecina, de un tono verdusco, y estaba cubierta de grandes manchas violáceas e irregulares.

Abrió el grifo como buenamente le permitió el temblor que acababa de entrarle y las lavó con todas sus fuerzas y con muchísimo jabón. El agua fría alivió la sensación pegajosa y redujo la intensidad de las manchas, pero no se las llevó. Fuera lo que fuera aquello, no era suciedad.

Unos nuevos golpes en la puerta del dormitorio la sobresaltaron y ahogó un grito.

—Estéfani, ¿estás despierta?

Mariaje otra vez. Fani no contestó.

—Estoy oyendo el grifo abierto — insistió la representante desde el pasillo.

Instintivamente, Fani cerró el grifo y ocultó las manos en una toalla.

—¡Y ahora te he oído cerrarlo! ¡Estéfani!

Fani se quedó muy callada, conteniendo la respiración, durante lo que le pareció mucho más rato del que había sido capaz de contenerla nunca.

—¡Estéfani! —Mariaje rezongó—. Dice Beatriz que llegaste ya de día y que no sabías ni quién eras. —Odiaba a Mariaje cuando usaba ese tonito reprobador con ella. Era su representante, no su madrastra—. Espero que no hayas olvidado la gala de esta noche.

Mierda, la gala.

—¡No me encuentro bien! —contestó Fani al fin.

—Claro, cómo no. —También la odiaba cuando usaba ese tonito sarcástico con ella. Podía imaginarla levantando las manos al cielo—. Pues tienes media hora para encontrarte bien.

Fani escuchó los tacones de Mariaje alejarse por el pasillo aún más rabiosos que antes y retiró la toalla de sus manos con la esperanza de que hubiesen vuelto a la normalidad. No hubo suerte: una vez fuera del agua fría, las manchas volvían a estar ahí, tan intensas como antes. Y, para colmo, había perdido una



de las carísimas uñas enjoradas recién hechas de la mañana anterior. Y si las manos estaban así...

Volvió rápidamente al dormitorio, corrió del todo las cortinas y se plantó delante del espejo de cuerpo entero para confirmar sus sospechas: la parte del abdomen que el *crop top* dejaba al aire estaba también enfermizamente pálida y cubierta de desagradables manchas violetas. Fani las tocó con cuidado, temiendo que le doliesen como si fueran hematomas, pero no fue así. Apretó fuerte una de ellas y el violeta dejó paso momentáneamente al blanco, para volver enseguida. Y seguía sin doler lo más mínimo. No, aquello no eran golpes.

¿Qué estaba pasando? Ni resaca ni sed ni dolor. Solo aquel hambre que le retorció las tripas y fijaba un único objetivo en su mente.

Sesos.

Fani sacudió la cabeza. Si al menos recordase... Se observó detenidamente en el espejo, intentando visualizarse por la noche en alguno de los garitos a los que le gustaba escaparse cuando quería ser ella misma. Cuando buscaba alejarse de la elegancia encorsetada que Mariaje intentaba imponerle dentro del maravilloso plan que había maquinado para promocionar su *nueva imagen*. Una nueva imagen que jamás había ido ni iría con ella, por mucho que su represe empeñase.

Quizá algún día juntaría el valor para despedirla. Pero ahora había cosas más urgentes de las que ocuparse. Como, por ejemplo, esa mancha de vino en el hombro del *crop top*, que cada vez estaba más oscura... Fani se acercó aún más al espejo y se giró un poco para ver la mancha más de cerca. Casi parecía... ¡Oh, no!

De pronto, las imágenes empezaron a golpear su memoria. Las luces, los *beats*, el olor del alcohol y del sudor... y el dolor. Un dolor insoportable en el hombro, uno que no había sentido nunca antes. Y después de eso, nada. Nada hasta que escuchó los golpes de Mariaje en la puerta.

Fani se quitó rápidamente el *top* y allí encontró la explicación que llevaba buscando desde que despertó. Allí estaban las marcas de los dientes, la carne desgarrada, la sangre reseca y las manchas violáceas que parecían nacer en su hombro y extenderse por el brazo y el cuello hasta cubrir todo su cuerpo. Con una mueca de asco, tocó la herida, que, de nuevo, no dolía en absoluto. Nada dolía. Solo el estómago, encogido por el hambre.

Golpes en la puerta.

—¡Estéfani!

Qué extraño, no notaba el corazón acelerado como solía pasarle cuando se sobresaltaba.

Más golpes.

—¡Estéfani! ¡Acabó tu media hora!



Sin responder, Fani se llevó los dedos de la mano izquierda a la muñeca derecha. Estaba fría y no había latido. Probó con la otra muñeca, la del brazo que no tenía un mordisco. Nada.

—¡Estéfani, ya está bien! ¡Si no abres la puerta, la forzaré!

Fani resopló y, sin volver a ponerse el *top*, caminó con decisión hasta la puerta y la abrió de sopetón. Mariaje se quedó con el puño levantado, a medio camino de dar otro nuevo golpe que sacase a Fani de quicio. Beatriz, que estaba a su lado, perdió todo el color de la cara y se apoyó en el marco de la puerta. Sí, podía imaginar lo que era verla aparecer así, en sujetador, dejando a la vista toda la piel en proceso de putrefacción y con un trozo de hombro menos.

Fue la representante la que tardó menos en recomponerse. Sin mediar palabra, la agarró del brazo —el que menos asqueroso estaba— y tiró de ella escaleras abajo hasta obligarla a sentarse en el sillón de la terraza, delante de las tostadas con aguacate y huevo *poché*, cuyo olor le provocó una pequeña arcada. Beatriz, caminando más despacio, llegó detrás de ellas y empezó a servir un tembloroso chorro de café en la taza, que por supuesto Fani no pensaba ni acercarse a los labios.

—No sé qué hiciste anoche —dijo Mariaje—, pero no me vale de excusa. Vas a ir a la gala y punto.

Sacó unas toallitas húmedas de su bolso y se las restregó a Fani por la cara, llevándose con ellas el maquillaje, el *eyeliner* y las pestañas que aún no se habían caído. Intrigada por su gesto de asco, Fani cogió la cuchara del bol de frutas y se miró en el dorso. Claro. La cara no iba a ser diferente del resto del cuerpo, qué esperaba.

—¡Beatriz! —gritó la representante—. ¡Trae el maletín de maquillaje! ¡Y el vestido!

Mariaje sacó más toallitas y se disponía a volver a pasárselas a Fani por la cara cuando esta le sujetó el brazo con fuerza para impedirlo. La representante mantuvo el pulso.

—No vas a joderme la carrera por tus caprichos de niña malcriada —le dijo, mirándola a los ojos y masticando las palabras.

—¿Tu carrera? —Fani sonrió con sarcasmo—. Creí que se trataba de *mi* carrera.

—Querida, tu carrera no vale nada sin mí. —Mariaje intentó zafarse de la mano de Fani y esta la dejó ir.

—Ya veremos... —dijo con firmeza—. Estás despedida.

Fani notó que había dejado salir algo que llevaba atravesado en su garganta mucho tiempo. Y, dentro de las circunstancias, se sintió mejor, más... viva, si se podía decir así. Pero, lejos de protestar, la representante rompió a reír.



—¡Venga ya! No digas tonterías. —  
Siguió riendo—. Sin mí no tendrías ni  
para comer.

Mariaje cometió el error de acercarse a la toallita húmeda a la cara de su representante por tercera vez. ¿Había dicho comer? A Fani le apetecía comer. Le apetecía mucho comer. En un movimiento rápido, sujetó el brazo de Mariaje con la mano izquierda y, mientras se ponía de pie, la agarró del pelo con la derecha. Y descargó la frustración y la rabia contenida todos estos años, golpeando la cabeza de su representante contra la mesa una y otra vez hasta que sus sesos se desperdigaron sobre el impecable mármol blanco. Incapaz de resistir los calambres de su estómago por más tiempo, Fani se lanzó a devorar aquellos manjares como si no hubiese comido en su vida.

Cuando por fin hubo saciado su hambre, volvió a sentarse en el sillón, cogió la toallita de la mano inerte de Mariaje y dejó caer su cuerpo al suelo mientras se limpiaba la boca y las manos.

Fue entonces cuando vio a Beatriz, a unos pasos de la mesa, quieta como una estatua e igual de pálida, con el maletín de maquillaje en una mano y el vestido de tules rosa palo en la otra. Fani se levantó y fue hacia ella, que por un momento pareció dudar de si seguir allí parada o salir por piernas.

—¿Que... querrás que limpie esto...?  
—murmuró finalmente.

—Por favor y gracias. Siento el desastre.

Fani cogió el maletín y el vestido de manos de su asistente y se dirigió de vuelta hacia la casa.

—¡Por cierto! —la interrumpió Beatriz, visiblemente aliviada de no haber sido el postre de su jefa—. Ya está aquí el coche.

—Que se vaya —dijo Fani mientras tiraba el vestido a la piscina—. Iré a la maldita gala en moto.

De vuelta en su dormitorio, Fani se dio una ducha y se sentó delante del tocador. Bajo las brillantes luces tipo camerino, su aspecto era aún más desagradable. Pero nada que un buen maquillaje no pudiese disimular. Se aplicó una generosa capa de *primer*, su mejor base y corrector en los sitios donde más falta hacía. Algo de iluminador. «Y rubor para no parecer una muerta», dijo mientras reía ella sola con su ocurrencia. Luego se aplicó unas sombras bien llamativas en los ojos y se alegró de ver que su estado no había afectado al pulso perfecto que siempre había tenido para utilizar el *eyeliner*. Finalmente, pegó las pestañas postizas con cola suficiente para que no se fueran a caer de nuevo y remató con un imprescindible y sano tono sonrosado en los labios.



Ya estaba casi puesta pa'l derroche. Se embutió los pantalones de Monchino que su exrepre tanto odiaba, los tenis Palentino y la chaqueta de Weirdsache. Se peinó la larga y rizada melena azabache, se colgó su gargantilla preferida de Fior y se echó una última ojeada en el espejo para darse el visto bueno antes de salir a quemar la noche.

Quizá fuese una zombi, sí. Pero, a partir de ahora, sería la zombi que ella quisiera ser. Nunca más permitiría que fuesen otros quienes decidiesen por ella cómo llevar su carrera ni su vida. O, mejor dicho, su no muerte.

**\*N.A.:** Este relato está inspirado en la canción «La combi Versace» del disco *Motomami*, de Rosalía, porque en mi cabeza siempre fue «La zombi Versace».

---

**Ana Saiz García**

@anasaiz

Con el corazón siempre dividido entre ciencias y letras, reparte su tiempo entre la consultoría informática y la escritura, y por culpa de ambas acaba pasándose la vida con un teclado en las manos y la cabeza en busca de soluciones imaginativas. Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana. Nunca se ha puesto un crop top ni se ha hecho una manicura enjoyada, y tampoco le gustan los huevos poché.



# La casa úemer

Relato de Nia Schamuells

En-ra

Hay una casa boca abajo que los ancianos llaman Úemer. Se encuentra más allá de los Bosques de Huesos, atravesando las Montañas de Cristal. Dicen que la colocó allí la Creadora de Mundos, y que así se mantendrá por infinitos siglos. Su situación es un misterio y, solo durante la época de los Mil Héroes, hubo un único ser que logró cruzar sus puertas de dientes afilados, pero nunca regresó.

No solo los locos cuentan historias de la Casa Úemer, también ha quedado narrado en las antiguas pinturas que hay en los templos del Montículo y en los viejos camposantos que albergan las fosas comunes de los que dejaron de vivir. Las paredes hablan de un acontecimiento ocurrido cuando la vida no habitaba el cosmos, cuando la Creadora de Mundos dibujó los seres que deseaba colocar en un lugar llamado Onur-ra...

Con los primeros rayos de las primeras estrellas, con la más primitiva energía, la Creadora de Mundos moldeó vida. Codificó células autosuficientes para poblar el Onur-ra, pero pronto se dio cuenta de que había codificado multiformes abominantes que faltaban al respeto a la belleza cósmica. La

deformidad no podía ser algo que habitara en un mundo regido por las leyes de la física. La Creadora intentó destruir lo creado.

Pero el Onur-ra sobrevivió. Su expansión indomable no pudo ser detenida, ni siquiera por quienes ostentan las fuerzas más poderosas. Ya había dado comienzo, se estaba edificando un conjunto de universos crecientes imposibles de eliminar, lugares incontrolables que creaban otros lugares incontrolables. Sin embargo, la pericia de los seres primigenios es indiscutible, y la Creadora engañó a la materia dibujando un lugar nuevo, un lugar escondido en las paredes invisibles del cosmos y custodiado por los etéreos. Ese lugar lo llamó: En-ra.

Quizá no hayáis oído hablar de ese lugar, pues su situación escapa incluso del entendimiento de los horizontes de sucesos. En ese espacio se escondieron esas primeras creaciones; seres deficientes, faltos de claridad, individuos grotescos que nunca se plantearían la posibilidad de haber sido repudiados por su padre. Quienes vivimos en este olvido, sabemos que se dejó escrito en las estrellas, que En-ra y Onur-ra nunca sabrían el uno del otro,



nunca se mezclarían y solo habría un lugar donde los dos universos confluirían, solo un túnel dimensional al que la Creadora llamó la Casa Úemer.

En el Nido, nos enseñan a temer a la Casa. Ese horrible lugar que se alimenta de nuestra abominación y deformidad. Somos el desperdicio del Universo, somos el prototipo inicial de una civilización que la Creadora desechó como defectuosa. En-ra es un lugar asfixiante y claustrofóbico, donde los días y las noches se mezclan, donde el plano de nuestra realidad tiene vértices finitos que terminan en una caída a las fauces de Akhentar, la Serpiente Crepuscular, la que devora mundos. En nuestra bóveda celeste se pueden ver los ecos del Onur-ra y el brillo de las estrellas que nos llega desde hace millones de años. A veces, aparece un gran ojo en ese cielo y todos sabemos de quien se trata: es el vigía de Uthuer, aquel que todo lo ve. Cuando su gran ojo se posa en nosotros, significa que Akhentar ha saciado su apetito y pronto los restos de lo que no digiera vendrán a parar al En-ra.

Muchas fueron las noches en las que miré a ese cielo junto a Mèrope. Observábamos el Bosque de Huesos y, luego, las Montañas de Cristal. Una noche me llegaron los ecos de una melodía universal que atacó mi cordura y estremeció mis pieles. Absorbida por el canto, abandoné el Nido. Estaba

decidida, tenía que saber qué había al otro lado del umbral secreto de la Casa Úemer.

#### El Relojero

Puede que esta aventura os resulte repugnante por la naturaleza de mi ser y la de Mèrope. Nuestra biología es inefable, somos formas desechables que sufrieron las calamidades de un creador que se divertía en su laboratorio cósmico. A los míos los llaman Dur-ra. Somos formas raquílicas, estremecedoras por fuera y por dentro, no poseemos cabeza, nuestro rostro fue pintado en el torso, con expresión pétrea. Tenemos brazos largos y múltiples, piernas delgadas y titubeantes, andares lentos... muy lentos. Mèrope es una merodeadora, mi fiel compañera de las colinas en descomposición. No podría aventurarme a decir si su naturaleza era más horripilante que la mía, quizá si pudiera imaginar el vomitivo aliento de Akhentar al devorar un planeta indigesto, entonces, podría decirnos cómo luce un merodeador.

Primero, nos adentramos en el Bosque de Huesos. Está hecho de huesos, huesos de millones de criaturas que mueren en sus mundos dejando un rastro de polvo y que aparecen en nuestro plano, poblando el bosque con la imagen de aquello que es perfecto, de aquello que la Creadora perfeccionó



después de deshacerse de nosotros. Gracias al bosque, sabemos cómo lucen los seres que hay «fuera», conocemos la infinidad de vástagos que discurren por los Sistemas y las Galaxias del Mapa de los Infinitos. Mientras cruzo esos senderos niveos, puedo ver a los Bhemot del Sistema Feroèt, reconozco los grandes cráneos de los sabuesos Dildra y los esqueletos de cabezas grandes de los Laurentidos. Sigo caminando, veo demonios alados, primates subevolucionados, bastardos de las tinieblas y serpientes galácticas. ¿Acaso esos seres saben de la existencia de los otros? No, ignoran su presencia y creen que la soledad de la materia oscura les hace únicos, pues las otras dimensiones harían colapsar sus cerebros.

Fue en las inmediaciones del Cañón que lo Cruza Todo. Allí, junto al esqueleto de un urni, había un no muerto. Nunca habíamos visto una morfología igual en el En-ra. Sus dimensiones eran hermosas, sus extremidades eran armónicas, parecían cumplir las leyes más duras de la proporción cósmica. Su tronco estaba compuesto por carne tersa, blanda y fuerte. Coronando ese cuerpo había algo de lo que yo carecía: una cabeza redondeada, que carecía de los bultos nauseabundos que adornaban todos los cuerpos del En-ra. Poseía una piel que yo solo había visto en las calizas pulidas

de los palacios de los Poderosos. En su cabeza habían tenido la bondad de dibujar una identidad singular, marcada por dos cavidades que podían observarlo todo. La Creadora llamaba a esas cavidades ojos, y a las muchas otras líneas que cruzaban esa cara las llamaba boca, nariz y pómulos. También le habían colocado finas cerdas rojas que caían de la cúspide de la cabeza hacia el tronco. Al conocerle, me di cuenta de mi horripilante aspecto, recordé las mil veces que había mirado mi reflejo en los campos de charcos.

El no muerto era bello, pero parecía feo. Lucía incluso más muerto que los esqueletos del bosque, caminaba con sus extremidades de aquí para allá, no se detenía. Su boca producía unos sonidos que evocaron en mí una familiaridad singular. El individuo vacilaba, observaba una máquina cuadrada que generaba un ruido repetitivo y horrible.

—¿De dónde vienes, hermosa criatura? —fueron las primeras palabras que le dije y que produjeron en él un horror implacable que le hizo caer al suelo escandalizado.

Pese al miedo que nos guardaba, no se alejó del objeto. Nos observó con recelo, hasta que entendió que no debía temer nuestras intenciones. Finalmente, Mèrope se ganó su confianza con sus juegos de merodeador.



—¿Qué es este lugar? —preguntó.

—En-ra, donde van a parar los despropósitos de la Creadora; lo feo, lo horripilante, lo asqueroso, lo impertinente... —respondí admirando sus cavidades observadoras, estaban coloreadas con el color de las galaxias.

—¡Llevo buscando este lugar por décadas! El reloj me trajo aquí. —Señaló la absurda máquina de la que no quería alejarse.

Un líquido transparente pobló sus cavidades oculares.

—Soy relojero, el péndulo abrió El Plano.

—Nadie quiere encontrar este lugar, ¿qué te trae por aquí, Relojero? ¿Vienes del Onur-ra?

—Vengo de... ¡la Tierra! He venido a buscar a mi hija.

Luego comenzó a abrir y cerrar la puerta del reloj esperando que detrás del péndulo oscilante apareciera algo que yo no podría llegar a imaginar.

Poco después, nos secuestraron los Devoradores de Huesos.

#### Las Montañas de Cristal

El Relojero me enseñó que fuera del En-ra existen muchas formas de dolor.

Las Montañas de Cristal son capaces de lacerar las extremidades, produciendo terribles sufrimientos a los osados montañistas que se atreven a desafiar el poder del orden cristalino. La única manera de llegar a la Casa

Úemer era a través de esas aristas que pedían a gritos ser bañadas en carmesí y pedazos de piel. Ese fue el camino que tomaron los Devoradores de Huesos, y con ellos, nosotros, sus prisioneros.

Durante el periplo caluroso por las Montañas de Cristal, el Relojero se convirtió en un amigo. Su asco inicial hacia mi forma se transformó, poco a poco, en aprensión, y luego en un sentimiento que yo desconocía: respeto. Poseía en mi interior podrido cierta intriga y conexión con el Relojero, no podía llegar a entender lo que me había llevado a detenerme frente a él, pero cuando nuestras carnes comenzaron a ser destrozadas por las Montañas de Cristal, entonó un canto, un canto celestial que yo ya había escuchado antes. Supe que había sido él. Había sido el canto del Relojero lo que me había hecho emprender aquel viaje y encontrarnos en el Bosque de Huesos.

Al final de las montañas se abrió el camino a la Casa.

—¿Qué me ocurre? —preguntó el Relojero después de apagar un grito al mirar su mano.

—La Casa devora la belleza y la perfección —escupió la boca hedionda de un Devorador de Huesos.

Donde antes había existido una forma preciosa de perfilada morfología y cinco bonitos dedos rematados de garras cortas y pulcras, ahora una larga extremidad oscura, putrefacta y cómica



discurría hasta el suelo arrastrándose como un peso muerto. Sentí dolor, ternura y pena... ¿Cómo algo tan hermoso podía involucrar a algo tan horrendo? ¿Por qué ocurría aquello? ¿Por qué ese ser que no deseaba conocer la Casa debía pagar con su perfección para alimentar la perversión del En-ra? La rabia creció en mí. Saboreé en mi torso sin cabeza y en mi cara pintada una sensación que me concedió cierta energía. Aluciné con el poder de Akhentar, me emocioné observando la destrucción de otros mundos, disfruté del sabor dulce de nuestro plano lleno de blasfemia y sangre. Observé los otros muchos universos dotados de belleza, pero no les tuve envidia.

Esas alucinaciones me llevaron a cometer una masacre.

Aquella noche, a los pies de las Montañas de Cristal y frente al camino que nos llevaba a la Casa Úemer, masacré a los Devoradores. Los desmembré a todos y no importó que fueran millares, no importó que tuvieran los dientes afilados y las garras preparadas para vaciar el tuétano de los huesos. Nos liberé de ellos, porque así pagaba la injusticia que sentía al ver algo bello transformarse en algo horrendo como yo.

La Casa

¿Dónde va a parar lo que está muerto y debe volver a morir?

El camino hacia la Casa era un campo tétrico, absurdo y de geometría a prueba de leyes.

—Debemos regresar —sentencié, dando la vuelta. No podía respirar.

—No. La Casa... lo escucho. ¿Tú no? Nos llama, ¡mi hija está ahí!

El Relojero corrió hacia la Casa. Mèrope frunció sus facciones y contempló mi rostro inexpresivo con cierto aire de desafío. Luego, con un gruñido amigable, su fétido cuerpo corrió tras el Relojero. No tuve más remedio que seguirles. Dentro de mí sentí cómo algo se rompía intentando salir.

A estas alturas del relato, debéis saber que todo eso que cuentan de la Casa Úemer habla solo de aquello que se puede explicar con palabras de vuestro Universo y con la materia que disponemos. La Casa está viva, quizá es el organismo más vivo que existe en el En-ra. Sus cimientos penden de la bóveda, bajan como cuerdas de negrura espectral hacia el suelo, pero nunca lo han tocado ni lo tocarán. Posee miles de puertas y miles de ventanas y su techo punzante, piramidal, apunta hacia abajo como si señalara el fin de los tiempos.

Las puertas están adornadas con afilados dientes que rechinan esperando masticar bocado. Los hilos que nacen de la bóveda se pierden en la Casa tejiendo una maraña oscura que



renace en millones de tentáculos. Mientras esa visión se apoderaba de todo, no advertí la proximidad del Relojero, que con total impertinencia se había acercado a la Casa y se encontraba bajo el techo, que le apuntaba sin contemplaciones.

—¡Hogar maldito de dientes afilados y tentáculos viscosos, he venido en busca de mi hija!

Los gritos del hombre no dejaron indiferente a la Casa y, por supuesto, su respuesta no tardó en aparecer.

Aquel día, los rugidos de la Casa Úemer se escucharon en todo el plano del En-ra. Mèrope y yo admiramos al Relojero. Observamos el enorme ojo que apareció en la fachada agrietada. Después de eso, el techo se abrió.

La misma gravedad que provocaba que la Casa se mantuviera boca abajo, de repente, también afectó al Relojero, que comenzó a ascender mientras nosotras corríamos hacia él para salvar la poca belleza que le quedaba. Al acercarnos lo suficiente, advertimos las hileras de dientes que se perdían en una espiral hacia el interior de la morada endemoniada.

Mis numerosos brazos consiguieron agarrar la extremidad grotesca del Relojero. Mèrope, con su boca llena de babas, sujetó mis piernas débiles. Pronto comprendimos que todos íbamos a ser arrastrados al interior de la Casa Úemer y no podíamos

hacer nada para solucionarlo. Ante mí, poco a poco, la belleza que yo pretendía salvar se fue convirtiendo en algo grotesco y pesaroso, fruto del vórtice que nos absorbía. El otro brazo del Relojero adquirió las características asquerosas del primero y de sus caderas nacieron infinidad de piernas deformes que se mezclaron unas con otras. El abdomen le creció y su cabeza bien modelada comenzó a expandirse mientras las formas de su rostro se desdibujaban. Cuando pensé que todo se desvanecía, él volvió a cantar la melodía que nos había llevado a ambos a la muerte en el plano de los muertos.

Éramos tres intrusos en el sistema digestivo de una casa grotesca, éramos individuos diferentes al principio, pero ahora éramos iguales, y entonces comprendí que no era la Casa quien robaba la belleza del Relojero, sino yo.

#### El Horizonte

Debía ser eso lo que llamaban horizonte de sucesos.

Era otoño cuando desaparecí. Mi padre pasaba los días en su taller construyendo obras de arte que a mí me gustaba observar con mis ojos jóvenes, del color de las galaxias. Mi cabeza se movía observando todos los péndulos andar con precisión. Los relojes se alzaban como torres en las galerías del almacén de mi padre. En mi rostro, dibujado con sencillez y maestría,



siempre a floraba una sonrisa más bien triste. De la cúspide de mi cabeza nacían hebras de color rojo que caían sobre mis hombros y ondeaban cuando jugaba en los pasillos de relojes.

Y sucedió. Mientras mi visión se nublaba porque nos acercábamos al centro de la Casa Úemer, vi cómo la sonrisa de la cara del Relojero se transformaba en llanto cuando mis formas grotescas se modelaron hasta devolverle el rostro triste de su hija. Mèrope produjo ruidos ahogados, parecía un merodeador contento, solo que —igual que yo— ahora no poseía esa forma tan desechable. Mis brazos ya no eran miles, eran dos, uno de ellos se sujetaba a una de las garras de lo que quedaba del Relojero. En mis ojos también aparecieron lágrimas. La Casa Úemer había aceptado el trato, me devolvía lo que me había arrebatado una vez, a cambio de la belleza insondable del Relojero, de mi padre.

#### La familia Úemer

El subconsciente es nuestro eterno enemigo y nuestro amigo incondicional.

Mis ojos se abrieron aun a riesgo de sacudir los cimientos de mi realidad. El corazón era insaciable con su verborrea acústica. Le ordené que se tranquilizara cuando mi cuerpo se incorporó. Junto a mi brazo una presencia me sobresaltó, mi mano acarició el pelaje felino de Mèrope.

Poseía dos brazos, dos piernas, dos ojos... Lo comprobé todo infinitas veces. Me estremecí cuando me di cuenta de que había algo que no había advertido en aquella habitación. Un reloj de péndulo permanecía impertérrito allí, de pie, observando mi sueño profundo, mi viaje indomable con sabor amargo. Me levanté y caminé hacia la máquina con la firme idea de abrir la puerta que encerraba el péndulo. Lo que vi a través del reloj me dislocó mis sentidos.

Los médicos —en su eterna sabiduría— coincidieron en recomendar mi ingreso en un psiquiátrico. Alegaron que yo afirmaba haber visto a un hombre atrapado dentro del reloj. Cuando les dije que ese hombre era mi padre, me enseñaron el recorte de un periódico local con una noticia en la que se hablaba de la muerte del Relojero en un fatídico incendio de una noche de verano. Toda la familia había muerto, menos la más pequeña, que los bomberos habían salvado gracias a los maullidos de una gata. Aquella noche, solo un objeto se salvó de las garras de las llamas, un viejo reloj de péndulo, único legado de lo que había sido la grandiosa Casa de la Familia Úemer.



---

**Nia Shamuells**

@niaschamuells

Dibujante de cómics, geóloga y creadora de monstruos. Actualmente, trabaja como ilustradora científica realizando libros para niños y cómics de divulgación como

“Descubre los volcanes: Acompaña a los Volkis en su aventura volcánica”. La Casa Úemer forma parte de un universo de relatos llamado “Cuentos de Boer”, cuyo primer trabajo fue “Thybritos”, un relato oscuro y arqueológico sobre un ídolo de basalto.



# Una pregunta, un deseo

Relato de Brian Moscoso Rial

El estridente timbrazo hace que Napoleón, mi gato persa, erice el lomo y que casi salte por la terraza. Bovedanus, sin embargo, permanece incommovible. Ha encontrado un hueco en la mesa de centro y está entretenido trazando un sigilo con una barra de grafito sobre un pedazo de papel cuadriculado. Ya ha tachado las vocales y desordenado las consonantes; ahora fusionará y caracterizará las letras.

Tiempo atrás, le habría dicho que no pintarrajeara encima de la mesa de centro. Pero hace años que esa mesa ha perdido la capa de lacado y ya nadie se preocupa por ella.

—Es Yuria —musita.

—Ya lo sé.

¿Quién va a ser si no? Los seis estudiantes con los que comparto este destartalado piso de sesenta metros cuadrados se han ido a sus aldeas a pasar el verano.

Bovedanus levanta sus ojos opacos del papel y me mira con aire distraído. Los últimos rayos de sol del día que entran por las ventanas del salón resplandecen en las canas de su cabellera.

Bovedanus no es su verdadero nombre; es su nombre de mago. Practica la magia del Caos. «Caoísta» es

el barbarismo atroz con el que se autodenomina.

A cambio de dinero, Bovedanus elabora sigilos y glifos, que no son otra cosa más que imágenes abstractas que representan un deseo a nivel subconsciente. Después los activa implantándolos en la psique del sujeto mediante trances de euforia, éxtasis o mortificación.

Según él, ese extraño proceso permite hacer realidad los deseos representados en los sigilos, y yo, ingenua, me lo creí cuando le contraté para que me hiciera rica.

Porque me gustaría ser rica para abandonar esta mierda de piso.

Pero resulta que Bovedanus es un inepto y no es capaz de cumplir mis deseos, ni los suyos ni los de nadie.

Tambaleándome, corro a la entrada. Mis zapatillas multicolor derrapan en el parqué resbaladizo y descubro con dolor que Napoleón ha vomitado el nuevo pienso que le he comprado.

Descuelgo el interfono y, sin molestarme en contestar, oprimo con el índice el botón azul de apertura.

—¿Es ella? —pregunta Bovedanus.

—Pues claro.

Los goznes chirrían al abrir la puerta, la madera cruje y el hedor a



humedad me avisa de que se ha vuelto a reventar una tubería.

El edificio es una ruina. Según el catastro, tiene más de cien años. Está en medio del ensanche, ocupando uno de los chaflanes de una plaza llena de portales cegados y de persianas bajadas para la eternidad. Carece de ascensor, el revoque de las paredes está desconchado, las barandillas son pura herrumbre y no hay rodapié o ribete en el cual no críen las chinches. Y prefiero no hablar del gusto que sienten las ratas por afilar sus cinceles en el cableado eléctrico.

En resumen, una maravilla de finca.

El repiqueteo de los tacones de Yuria en la escalera apaga cualquier otro ruido del edificio. Jadea, mira hacia atrás como los ladrones, saluda a un vecino y continúa su ascenso, peldaño a peldaño, cargando una caja del tamaño de un melón grande.

El Djinn, deduzco.

Se me aflojan los intestinos y todo mi cuerpo se estremece con la emoción.

Yuria entra resoplando. Recobra el resuello y mira extrañada la descolorida porción de rellano donde debería estar el felpudo.

—Hola —dice, con una sonrisa helada y un beso tibio en la mejilla.

Su nariz aguileña choca contra la mía cuando se separa.

Tiene unos treinta años. En su redondeado rostro reúne un clamoroso

contraste: los candorosos y relucientes ojos de una niña y la maléfica expresión de una bruja abyecta. Es rolliza, exuberante y barroca. Su vestido negro de lolita es tan recargado que mirar a ese laberíntico entramado de encajes y bordados durante más de un segundo provoca vértigo. Las únicas pinceladas de color de su atuendo son unos camafeos verdes que penden de la pechera y de los hombros.

—Es bonita la fachada —dice, posando la caja, que es de madera, en la polvorienta consola del recibidor—. Modernismo clásico: el pináculo de la arquitectura urbana. Me gusta esta decoración. —Acaricia las paredes—. El ladrillo desnudo queda muy industrial. Muy casual.

No sé si se está riendo de mí, pero admito que el halago surte un modesto efecto relajante.

Clavo mi mirada en la caja y tiemblo al pensar que ese sencillo recipiente alberga una entidad capaz de conceder toda clase de deseos a los audaces que se atrevan a despertarlo.

Mi expresión de nerviosismo debe de ser muy ilustrativa, porque Yuria dice:

—Relájate, anda.

Al igual que Bovedanus, Yuria es maga, pero pertenece a una escuela distinta llamada Thelema, que es una escisión de la tradicional Orden Hermética.



Se conocieron en no sé qué convención y ella, viéndole el careto de desesperado, le ofreció que un Djinn le cumpliera un deseo a cambio de quinientos pavos. Él aceptó y tuvo la gentileza de avisarme para que yo también pidiera un deseo.

Dejándose caer en un escabel, Yuria se quita unas botas de caña alta. ¿Cómo calza eso en agosto? Muy coqueta, contempla su silueta en el espejo biselado de cuerpo entero del recibidor, y acuna la caja, como si posase ante la lente de un fotógrafo.

En el salón, Yuria dice:

—Antes de nada, vayamos con la parte más fea. —Estira su rechoncha mano, mostrando la palma—. La pasta.

Bovedanus y yo intercambiamos una mirada breve. Rebusco en los bolsillos de mis *shorts* y le alargo a Yuria cinco billetes de cien que saqué de un cajero después de comer. Bovedanus hace lo propio. Con teatralidad, Yuria olisquea el dinero y lo guarda entre los pliegues del vestido.

Inclinándose sobre la mesa de centro, Yuria aparta latas, botellas, bolsas y vasos, y posa la caja en el tablero deslucido.

La abre como si fuera una almeja. En su interior descansa una vasija pequeña, de adobe, tapada por un grueso corcho.

—Aquí dentro está el Djinn —dice.

Escudriña mi cara, buscando el efecto de sus palabras, y yo, para congraciarme con ella, asiento y le dejo ver lo impresionada que estoy.

Como está anocheciendo, enciendo la lámpara de pie. Un resplandor cálido alumbraba el sofá y las láminas enmarcadas que cuelgan de las paredes cubiertas de estuco.

Examino la vasija con fingida apreciación, frunciendo el ceño y entrecerrando los párpados. Parece extremadamente vieja. Numerosas abrasiones y desportilladuras afean su aspecto, aunque le otorgan un aura de misterio muy sugerente.

—Bien —dice Yuria—. Las normas son las siguientes. Posaréis la mano los dos a la vez sobre la vasija y la descorcharéis. El Djinn será invocado y solo entonces podréis retirar la mano. Luego, el Djinn os concederá un deseo. Solo concede uno por persona, así que nada de llamarme en el futuro para un segundo deseo.

—Me encanta la sencillez de los Djinns —interrumpe Bovedanus, riendo—. No hay que andar con complejos rituales ni con vestimentas absurdas ni hay que ir a sitios remotos a la luz de la luna llena ni utilizar un instrumental que llevaría años conseguir...

La mirada furibunda de Yuria le fulmina.



—Solo hay una condición —continúa esta, subiendo la voz una octava—: contestar una pregunta que os formulará.

—¿Y qué va a preguntar? —inquiero—. ¿Qué pasa si no damos la respuesta correcta?

—El Djinn se deleita viendo la perspicacia de aquellos que quieren pedirle un deseo. Por tanto, son preguntas que pondrán a prueba vuestra perspicacia. —Tamborilea en su cabeza—. Respecto a lo de la respuesta correcta... no tiene por qué ser una pregunta de respuesta correcta o incorrecta.

—Pon un ejemplo —exijo.

—No puedo. Tienes que jugar en igualdad de condiciones, como el resto.

—Y si no considera que soy perspicaz... ¿podré pedir el deseo?

Se encoge de hombros.

—Dependerá de él.

—O sea, que cabe la opción de que me quede sin deseo. Menudo negocio.

—La magia es caprichosa —dice Bovedanus, satisfecho—. Nunca hay garantías de nada, porque las recompensas son demasiado buenas.

—Bien —murmura Yuria—. A ver si puedo seguir sin interrupciones. Quiero haceros una advertencia para cuando pidáis el deseo. Este Djinn no comprende las metáforas. Eso significa que solo atiende a la letra del deseo formulado, no al espíritu. Mejor que

tengáis cuidado con la sintaxis ambigua. ¿Conocéis el caso de Titono? Está en los *Himnos homéricos a Afrodita*.

Mi respuesta negativa muere en mis labios, ya que continúa:

—Titono era un hermoso príncipe de Troya, hermano de Príamo e hijo de Laomedonte. Tenía un romance con la diosa Eos, y esta le rogó a Zeus que concediera a Titono la inmortalidad. Zeus aceptó, pero, en un alarde de literalidad, no le concedió a Titono la juventud eterna, ya que Eos no la había pedido expresamente. En consecuencia, Titono, aunque inmortal, siguió envejeciendo y se convirtió en un anciano decrepito, tan repugnante, que Eos lo encerró en el tálamo y lo convirtió en cigarra.

»Este es un ejemplo de lo que podría pasar si no pedís un deseo con las palabras correctas. Lo digo porque no atiende reclamaciones de ningún tipo. Con la magia, igual que con los juicios o las cirugías, puede pasar de todo.

Sobreviene un silencio solo desgarrado por los maullidos de Napoleón.

Joder, en esos términos, ¿cómo podría pedirle al Djinn que me hiciera rica? Si le digo «quiero mil millones de euros», me sepultará bajo toneladas de níquel-latón; con un «quiero un palacio», me tiraría encima el palacio, y si lo pido en lo alto de una montaña, seguro que lo



enviará al Kilimanjaro. ¿Y si le digo simplemente «ser rica»? ¿Cómo lo interpretará el Djinn? ¿Qué idea tendrá de la riqueza? Nunca había reparado en la complejidad del término «rico». ¿Es tener millones en el banco?, ¿inmuebles, acciones?, ¿familia y amigos?

—Vamos —dice Yuria, apremiante—, poned las manos en la vasija. Tengo otros clientes en una hora.

Vale, creo que pediré: «un maletín con cien mil euros en billetes de cien euros». No veo de qué manera podría fallar esa petición. Aunque quizá no sabe qué son los euros...

—Tengo otra pregunta —digo.

—¿Qué? —dice Yuria, con un tono agudo de impaciencia.

—Si tienes un Djinn... ¿por qué vendes sus deseos a los demás y no le has pedido ser rica?

Por un instante, en sus labios no se dibuja ningún gesto. Parecen cosidos. Al fin dice:

—Para una maga hay cosas más interesantes que pedirle a un Djinn dinero. Además —una sonrisa se despliega lentamente en su rostro—, el dinero solo es un añadido. Yo disfruto viendo las excentricidades y las veleidades de la magia.

Yuria se arrellana en una silla cercana, sonriendo, y con un gesto nos indica que comencemos.

Posamos las manos sobre la vasija. Las arcanas energías de su interior penetran mis dedos, circulan por mis venas y golpean mi corazón. Siento que si intentara despegar la mano, no podría.

Yuria chasquea la lengua y Bovedanus, entusiasmado, quita el corcho, que sale disparado como si descorchase una botella de cava en fin de año.

La vasija se rebulle y de su boca comienza a fluir un humo púrpura, denso y acre, que se extiende lentamente en largos jirones. Cuando parece que va a engullir todo el salón, el humo se arremolina hasta adoptar la forma de un hombre horrible, de nariz ganchuda, pecho abultado, ojos rebosantes de llamas y largos bigotes combados.

Bovedanus gime, abrumado, y retrocede dos pasos, tropezando con la esquina del mueble del televisor. Sus ojos están desorbitados. Sus delgadas manos tiemblan, como su labio inferior. Oigo a Napoleón maullar y raspar frenéticamente contra la jamba de una puerta. Mi corazón palpita fuerte, rápido, arrítmico, pero la intensa emoción que recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica ahuyenta cualquier temor.

Aferro a Bovedanus por la muñeca y tironeo para ponerlo a mi altura.



—¿A quién me traes ahora? — pregunta el Djinn. Su potente voz hace vibrar las paredes y mi pecho.

—A dos guapos que quieren que les concedas un deseo —dice Yuria—. A cada uno.

—Muy bien —murmura el Djinn, acariciándose la afilada barbilla.

Después reposa sus musculosos brazos en jarras. Con esos ojos ígneos nos inspecciona de pies a cabeza, y sus labios dibujan una expresión amarga.

—Empezaré por ti. —Señala con un enorme dedo a Bovedanus—. Contesta a la siguiente pregunta y te concederé un deseo. ¿Debería convertirte en un asno, en un mono o en una serpiente?

El rostro de Bovedanus, ahora lívido, se transforma en una máscara de horror. Mira a Yuria, pero ella solo sonríe, mordiéndose la lengua con aire divertido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Cómo va a medir mi perspicacia así? Esto es una tontería. Yuria, dile que haga otra pregunta.

—No, no —dice el Djinn, agitando descuidadamente la manaza—. Dime: ¿debería convertirte en un asno, en un mono o en una serpiente?

—¡Yuria!

—¿Qué te pasa? —pregunta Yuria, visiblemente irritada—. Son las normas. Contesta la pregunta.

—Ni hablar. Esto es una emboscada. No pienso permitir que me convierta en un animal. Me retiro. A la mierda.

—Eh, muchacho —dice el Djinn—. Esto no funciona así. Nadie me invoca en vano. Te concederé un deseo si contestas a la pregunta. Si no respondes, te transformaré en lo que yo quiera.

La boca de Bovedanus se abre, pero no brota de ella ninguna palabra. Titubea, me mira avergonzado, consciente del brete en el que está metido y del que no sabe cómo salir. Y la respuesta para salir airoso es tan sencilla... pero no me atrevo a decírsela, porque seguro que va contra las normas y me ocurre algo terrible.

Lo siento, Bovedanus.

—¿Puedo pedir un deseo aunque me convierta en un animal? —pregunta, desesperado, con los ojos llenos de lágrimas.

—No veo por qué no —repite el Djinn, hundiendo la cabeza entre los robustos hombros.

—De acuerdo. Pues...

Una pátina de sudor cubre su frente.

—Contesta ya.

—¡Serpiente!

Y ¡bum! La lánguida silueta de Bovedanus desaparece, reemplazada por una serpiente común, con el cuerpo cilíndrico, la piel escamosa y verde, la cabeza plana y la boca dilatada. Culebrea visiblemente agitada entre las



patas de la mesa de centro. Napoleón lo acecha desde detrás del poto, y la serpiente trepa por el viejo aparador y estrecha una jarra de vidrio tallado.

—Eh, puedes pedir un deseo —dice el Djinn. Luego alza una ceja, perplejo—. Vaya. Me olvidaba de que en este mundo las serpientes no hablan.

—Menuda memoria tienes —ríe Yuria.

El índice del Djinn me apunta y un escalofrío recorre mi espinazo.

—Dime, ¿debería transformarte en un asno, en un mono o en una serpiente?

Tomo aliento, y digo la respuesta que evita que me convierta en un animal:

—No. No deberías transformarme.

—¡Muy bien! ¡Alguien inteligente! Increíble. ¡Qué feliz soy! ¿Era tan difícil de contestar? He preguntado si debería transformar, bastaba decir que no debería hacerlo. Bien. Dime tu nombre.

—Marta.

—Te concederé un deseo, Marta.

Comienzo a pensar en la manera adecuada de formular mi deseo, pero el maullido gélido de Napoleón me impide concentrarme. La serpiente se precipita sobre él con un salto, abriendo sus fauces, pero Napoleón es tan ágil que esquiva la dentellada y, al galope, escapa y desaparece por el pasillo. ¡Bien, Napoleón!

—¡Venga, pide tu deseo!

—Sí, venga —insiste Yuria.

—Quiero —digo, pero las palabras se atragantan.

Un dolor frío, paralizante, recorre mi pierna. Bajo la cabeza y veo mi pantorrilla llena de una sangre que mana de dos agujeros bajo la corva. La puta serpiente. Veo su cola escurrirse entre los desvencijados muebles del pasillo.

La hemorragia no parece grave, pero... estoy mareada. Mierda. La boca me sabe a hierro, los párpados pesan como piedras. Veo borroso y me cuesta respirar. El veneno, claro. ¿Cómo he podido olvidarlo? Algunas serpientes segregan un veneno que afecta al sistema nervioso. Fluye a través de las acanaladuras de los dientes y se infiltra en el torrente sanguíneo y en los tejidos musculares de la presa.

Debe de ser una mamba negra si actúan tan rápido las neurotoxinas.

Me derrumbo, entre temblores y arcadas que me hacen vomitar restos de palomitas sin digerir.

—Qué pérdida de tiempo —brama el Djinn.

—¡Rápido! —dice Yuria, tronchándose—. Pide un deseo antes de morir.

¿Pediré dinero? Pero quizá la ambulancia no llegue a tiempo para administrarme un antídoto. Joder. A la mierda lo de ser rica. Tengo que salvarme.



Con las fuerzas que me quedan, berreo:

—¡Deseo que me cures el veneno de la serpiente!

—Qué deseo tan soso —dice el Djinn—. Hecho.

De pronto, estoy genial, aunque me duele la pierna ensangrentada. El Djinn se desvanece en una nube de humo y regresa a la vasija. Yuria se pone en pie, recoge la vasija y, guardándola en la caja, me mira mientras me pongo trabajosamente en pie.

—Menuda mierda ha salido —digo.

—¿Qué dices? —repite ella—. Ha sido divertido.

—Eres un monstruo.

Se encoge de hombros.

—¿No vas a devolverle a Bovedanus su forma humana? —inquiero.

—Uy, tengo mucho que hacer: estudiar el *Corpus Hermeticum*, la Tabla Esmeralda, buscar la cuadratura del círculo... Y tengo ahora más clientes.

—Ojea el reloj que ciñe su muñeca.

Antes de que me dé cuenta, Yuria está calzada y cerrando la puerta tras ella, no sin antes decir «bonita casa».

Me alegro de que te guste.

Sola y desconcertada, coloco un apósito en la mordedura y como desafortadamente unas palomitas de

microondas mientras miro por la ventana del salón.

Sobre la acera regada de orín se alinean las bolsas de basura.

Moscardones revolotean por la terraza.

La serpiente sube al *chaise longue* y Napoleón se le aproxima, dejando sus pequeñas huellas en los asientos. La serpiente le observa con esos ojos sin párpados e, ignorándolo, se enrosca sobre sí misma y oculta la cabeza. Napoleón se acurruca a su lado y se queda dormidito en un segundo.

Suspiro.

Parece que se llevarán bien.

Espero que al resto de compañeros no les importe tener una serpiente en casa.

---

### Brian Moscoso Rial

Brian Moscoso Rial (Vigo, 1990) es licenciado en Historia y Máster en Historia Medieval por la Universidad de Santiago de Compostela. Actualmente reside en Barcelona, donde compagina su trabajo con la escritura, la lectura y los juegos de rol. En 2021, quedó finalista del premio Domingo Santos, con el relato Bienvenida al mundo, y también publicó un microrrelato.



# El sepelio

Relato de Yolanda Fernández Benito.

—¿Por qué nos hemos puesto el vestido de las fiestas? —preguntó la pequeña Lara mientras acariciaba los volantes de la falda de su colorido vestido—. No quiero bailar. Estoy muy triste.

—Cariño, todos echamos de menos a papá. En esta fiesta no habrá risas ni bailes. Seguro que allá donde esté se sentirá feliz al ver que todos han venido a su funeral —contestó Luisa, la mayor de los tres huérfanos, intentando animar a su hermana pequeña.

—¡Son todos unos hipócritas y unos aprovechados! —protestó Lucas asqueado.

—No seas injusto. Son nuestros vecinos y admiraban a papá. Es normal que vengan a presentar sus respetos y a compartir con nosotros su despedida —contestó Luisa a su hermano, tan solo un año menor que ella, con el dulce tono que solo usaba delante de Lara, intentando enmascarar su crispación—. Deja ya el tema. Mamá nos reclama.

Aún con aquel triste vestido negro, Leticia lucía adorable. Con un gesto reclamó la presencia de sus tres hijos para que la ayudasen a distribuir sobre la mesa del jardín las numerosas fuentes de comida. Como disponían las normas de convivencia de la urbanización, los asistentes al sepelio,

además de acompañar a la familia en un día tan funesto, debían llevar algo de comida para ser compartida con los presentes. Leticia se sentía agradecida al ver la mesa atestada de berenjenas rellenas, ensaladas multicolores, verduras asadas y bizcochos de zanahoria. Aunque sabía que era el deseo de Leonardo, en lo más profundo de su ser, no le agradaba tener que compartir por última vez a su marido.

Leonardo y Leticia eran los miembros más queridos y respetados de la comunidad, no en balde fueron los que lograron sacarles adelante después de la Gran Peste.

Mientras Leticia observaba a sus vecinos desfilar delante del cadáver de Leonardo, sonrió satisfecha al ver cómo habían cambiado en apenas diez años. Recordó cómo, ansiosos por disfrutar de todo lo que aquella sociedad consumista les metía por los ojos, se pavoneaban presumiendo de la ganga de *chalet* que habían comprado. No les importaba que la urbanización estuviese en el culo del mundo, ya que les habían garantizado que, con un golpe de tecla, una legión de drones repartidores harían realidad todos sus deseos.

Recordó cómo les miraban como a dos bichos raros cuando contaban que ellos al instalarse en aquella



urbanización solo buscaban huir de la masificación de la gran ciudad y de aquellos sistemas de producción y distribución despiadados que tanto daño estaban haciendo al planeta. De hecho, donde el resto de sus vecinos habían puesto césped artificial y ostentosas piscinas, ellos ubicaron su pequeña instalación agropecuaria. En el huerto cultivaban verduras, hortalizas y frutas para su autoconsumo y, en lo que con sorna llamaban la granja, cuatro gallinas y tres conejos vivían a sus anchas hasta que les llegase la hora del sacrificio.

Su sonrisa desapareció al recordar cómo aquellos alegres propietarios estuvieron a punto de morir de inanición encerrados en sus bonitas casas de diseño. La Gran Peste Animal corrió como la pólvora gracias a las macrogranjas en las que se procesaba la comida que alimentaba a la humanidad y, en apenas un año, acabó con la vida animal del planeta. Las grandes empresas fueron cayendo y aquel sistema de salvaje consumismo se fue al garete. Al ver que ya no llegaban drones de reparto y las imágenes que corrían por las redes del caos que reinaba en los núcleos urbanos, tan asustados como inútiles, se refugiaron en sus casas a esperar una solución por parte del Gobierno.

Solo Leticia y Leonardo eran conscientes de que los gobernantes, que

debían poner orden en semejante caos, ya estarían instalados en sus búnkeres de lujo y que nada se podía esperar de ellos. No dudaron en llamar a todas las puertas intentando tranquilizar a sus vecinos y convencerles de que con un poco de trabajo duro no necesitarían a nadie para salir adelante. En un par de meses, lo que había sido una urbanización de consumistas empedernidos se transformó en una comuna colaborativa de reparto equitativo. El proceso no fue sencillo, ya que la mayoría no había realizado trabajo manual en su vida. Leticia sacudió la cabeza en un intento de espantar los malos recuerdos y resignada caminó al encuentro de su difunto esposo.

—Luisa, ¿por qué papá está desnudo? ¿No tiene frío? —preguntó la inocente Lara.

—No, cariño. Cuando te mueres ya no sientes nada —dijo cariñosamente Luisa, que al ver que la niña necesitaba más información añadió—: Según las normas de convivencia es la forma en la que hay que preparar al difunto para que se despidan de la comunidad. Gracias a que la naturaleza nos ha protegido concediéndonos salud, todavía no has asistido a ningún sepelio.

—¡Qué inocente eres! Te crees todo lo que te dicen. ¿Dónde piensas que se ha ido el marido de Rosa, el hermano de Juan y la abuela de Carlos? ¿A la ciudad



de compras? Lo que pasa es que son unos egoístas y no han querido celebrar el sepelio y compartir su pérdida con los demás —dijo Lucas con rabia.

—Cállate y respeta el legado de tus padres por una vez en tu vida —le recriminó Luisa sin poder evitar que Lara se inquietase por el tono hosco que no había podido reprimir en aquella ocasión. Añadió con cariño—: Mira, Lara, ya empieza el rito funerario.

Leticia, incapaz de pronunciar una palabra, apretó el botón. La bandeja donde reposaba el cadáver de Leonardo se introdujo en el horno instalado en el jardín de la casa comunal. Durante unos minutos el silencio fue absoluto. Un gesto de asentimiento de Leticia bastó para que sus vecinos volviesen a sus conversaciones mientras esperaban a que se repartiese la comida.

—Lara, no llores. Papá siempre decía que no se puede desperdiciar nada en este cruel mundo. Fue él mismo el que escribió el ritual del sepelio —consolaba

con paciencia infinita a su hermana, a la vez que le acercaba a la boca el tenedor con un cachito de carne bien hecha.

—Con tanta gente no hemos tocado a nada. Como si no supiese yo lo que tiene Rosa en el congelador del sótano. ¡Aprovechados de mierda! A saber cuándo volveremos a comer carne —murmuró por lo bajinis Lucas para evitar la ira de su hermana.

---

**Yolanda Fernández Benito**

@yolanda58209721

Me gusta observar el anodino mundo en el que vivo. Siempre encuentro un detalle, una cara, una imagen, un sonido que me sirven de inspiración para crear mis realidades paralelas. Aunque me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, he de reconocer que siempre en mayor o menor medida acaban teniendo un toque siniestro y oscuro.



# El cazador de la corona

Relato de Salvador Gómez García

La fresca hierba de Greenland portaba un verde mustio, amargado por la cobertura grisácea de las cenizas, cuya presencia irritaba la ya castigada garganta del hombre que las observaba. Podría haber pasado por un hombre cualquiera con su estatura media, su ropa manchada de barro y su lacio cabello castaño bajo un sombrero picudo, si no fuera por dos grandes razones: su larga chaqueta marrón con un venado coronado cosido a la espalda y el título con el que se presentaba, el Cazador de la Corona.

A la vista del Cazador, el trágico escenario evidenciaba una rápida ofensiva proveniente de los cercanos bosques del norte, seguramente efectuada a medianoche, cuando la luna se encuentra bien alta en la noche y los lupinos son refrescados por la féerica energía de la pálida estrella. Atacaron los campos con saña, prendieron fuego a los brotes y destrozaron varios barriles cuyo contenido rojizo impregnaba el ambiente de un cierto aroma acre.

Un carraspeo impaciente junto al Cazador hizo que alejara su atención del escenario para dirigirla hacia el carro donde esperaba su acompañante, el mismísimo Duque de Greenland, cuyo gesto asqueado y cubierto en mayor parte

por un pañuelo perfumado evidenciaba que su olfato no estaba nada acostumbrado a estas escenas, ni a salir de su residencia. Con un gesto de muñeca, el Duque le indicó que se acercara, y así lo hizo.

—Como puedes observar, esto es culpa de esos animales sarnosos del bosque de Erd. Llevan más de 1 año asaltando mis campos con sangre y fuego, robando grano y asesinando a mi pueblo. Mi territorio está perdiendo su principal fuente de ingresos con la pérdida de grano y de cultivos de amapola. Cultivos que LA MISMÍSIMA CORONA necesita para exportar a los parásitos sureños. Y tras 1 año de pérdidas y más de 20 misivas al Rey, ¿¡SOLO ME ENVÍA UN CAZADOR!?. No me malinterprete, maese cazador, ¡pero estas bestias son más difíciles de cazar que un faisán o un liebrenejo!— terminó exclamando el exaltado señor, tras lo cual requirió que su sirviente le abanicara mientras le acercaba una copa de agua.

El Cazador esperó pacientemente a que el Duque se recompusiera.

—Mi señor Duque, el Rey es consciente de su problema y le aseguro que tiene puesta casi toda su atención a la resolución del mismo. Es por ello que me



envía a este escenario en lugar del ejército o una banda de mercenarios. Pertenezco a la Orden de la Balanza Natural o la Orden Féérica, nos llaman Cazadores de la Corona. El mismo Rey Astado nos dispone como intermediarios entre los fééricos y los hombres. En otras palabras, no cazo faisanes.

El Duque compuso un gesto de duda ante la presentación del Cazador, que tornó en sospecha cuando le enseñó su medallón identificador. Este presentaba una balanza con dos platillos alineados con una corona astada sobre la misma. — Pero vas a cazarlos, ¿no?. Vas a enviar al infierno helado a esos bastardos peludos, ¿verdad?

—Si es necesario, así será. Pero algo no cuadra en este ataque, no veo el carácter salvaje propio en lupinos hambrientos— respondió el Cazador.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso no estás viendo el fuego y los cadáveres? Si esto no es salvajismo, ¡que el mismísimo Astado venga a decírmelo!—volvió a exaltarse el Duque.

El Cazador giró de nuevo el rostro hacia el escenario del asalto y respondió. —Precisamente eso es lo que estoy viendo. Los cadáveres están casi intactos, no han sido devorados y no se han llevado ninguno hacia su territorio. Tenéis ganado suelto a menos de 1 km de esta zona pero han preferido atacar los cultivos. Además han usado fuego. ¿Lupinos usando fuego para quemar

naturaleza? Eso es raro, va en contra de su equilibrio...

—Son animales, sus actos no siguen la lógica y mi paciencia se está acabando. Tenéis 2 días para solucionar el problema, he hecho llamar a una brigada de mercenarios que llegará por entonces para exterminar a todo bicho que haya en el bosque. Disponéis de un cobertizo en esta zona para guardar vuestras pertenencias, así como para descansar — declaró el duque, tras lo cual indicó que se acercara con un gesto a un soldado de su séquito. —Este soldado te acompañará y guiará mientras realizas tus labores. Si quieres anunciarme algo, estaré en el fuerte a la espera, siempre y cuando no muera de alguna infección que contenga este mugroso lugar —terminó de hablar el Duque, tras lo cual indicó al conductor que empezara la marcha seguido de su séquito de guardias, dejándole a solas con el soldado.

Era joven, de barba lampiña y complexión delgada, cubierto por un uniforme consistente en un tabardo con el emblema ducal sobre una malla larga. El joven soldado mantenía una postura inquieta y su mirada viajaba nerviosamente por el escenario del asalto, evitando la mirada del Cazador, el cual abandonó su escrutinio para fijar su atención en los barriles destrozados.

El contenido de los barriles coloreaba con untuosidad las manos de quien lo frotase entre sus dedos. El soldado cubrió



su boca con la mano, asqueado por el aroma acre de su contenido, mientras el Cazador aspiraba sin miramientos un polvo rojizo. Con los ojos cerrados, mantuvo su aliento un tiempo, reteniendo la esencia del polvo inspirado en su pecho, tras lo cual empezó a toser violentamente, alejándose de los barriles mientras buscaba algo que beber en su bolsa de viaje.

—¿Cómo te llamas, soldado? — preguntó tras reponerse.

—Me llamo... eh, ¡soldado primero Reik, señor... osea, maese cazador!— respondió con nerviosismo mientras intentaba ponerse firme.

—No lleva mucho tiempo al servicio del Duque, ¿verdad?

—No señor, me uní a la guardia hace pocos meses, acabé la instrucción la semana pasada—respondió Reik, siendo incapaz de abandonar los honoríficos.

El Cazador rompió la distancia con Reik, alzó su mano tiznada del polvo rojizo de los barriles y le preguntó:

—¿Qué es este polvo? Entiendo que lo estáis utilizando como fertilizante o insecticida, pues su olor impregna cada palmo de vuestros cultivos ¿De dónde sale?

Reik tuvo que recomponerse del súbito gesto del Cazador mientras le respondía:

—Señor, es el milagro de Greenland. ¿No lo conoce? —La actitud expectante del Cazador fue su única respuesta.

—Se trata de un fertilizante compuesto por los alquimistas del Duque. Gracias a él, los cultivos de Greenland han conseguido recuperarse y ponerse a la altura de los que había en la época de la Desocupación, o al menos eso dicen los agricultores. Sólo los alquimistas del Duque conocen la fórmula, no sé nada más al respecto.

Parecía que el Cazador estuvo reflexionando las palabras del soldado durante un buen rato, cuando de repente se incorporó y miró a Reik.

—Soldado, llévame a mis dependencias, tenemos que prepararnos. Esta noche salimos hacia el bosque, de caza.

\*\*\*

Reik observó en el cobertizo cómo el Cazador se preparó para la excursión de esa noche. Hasta ese momento, Reik no se había fijado en el equipaje que portaba consigo el Cazador: un maletín ancho, parecido al botiquín de emergencia de un boticario o un alquimista, forrado de un cuero oscuro de aspecto resistente y cerrado con un candado con llave. El interior del maletín era una colección de frascos, utensilios afilados, hierbas secas y amuletos variopintos que el Cazador fue seleccionando con presteza. El Cazador se quitó su abrigo de viaje y se abrió la camisa que tenía debajo, acto seguido abrió uno de los frascos seleccionados y se untó su contenido por el pecho, las



axilas y los genitales, tras lo cual se dirigió al soldado y le acercó el frasco.

—Quítate el uniforme y úntate esto como yo lo he hecho. También deja tus armas, no las necesitarás en el bosque y solo te harían más lento.

Reik obedeció al Cazador, no sin plantearse muchas preguntas. El frasco contenía un líquido amarillo verdoso y una especie de bola en el fondo.

—¿Qué se supone que me estoy untando?

—Bilis de lobo, elimina el olor a hombre —le respondió el Cazador mientras se colgaba al cuello unos abalorios que parecían colmillos.

Reik miró asqueado el frasco pero entendió la lógica de ocultar tu olor si vas a cazar.

—Señor, no tenemos ballestas y somos solo 2 hombres, ¿no deberíamos avisar al duque para esta incursión?

El Cazador tardó en responder, entretenido con el diseño de unos símbolos que pintaba con carboncillo en su pecho.

—Primero vamos a hablar con los lupinos en su templo.

—¿En su templo? ¿Dónde reside el espíritu del bosque? Esto es una locura, señor. ¿Y luego qué?

—Luego cazo, obviamente —sentenció el Cazador, con una sonrisa—. No te preocupes Reik, estás conmigo.

—¿Y por qué tengo que ir con usted? Siéndole sincero señor, creo que no valgo

para esto y no voy a serle de ayuda. Quizás pueda serle más útil comunicándole al Duque sus acciones y preparando a la guardia para un ataque...

—El Duque no necesita que le informes, los mercenarios que ha contratado están esperando su orden para lanzar un ataque al bosque esta misma noche, tomó la decisión en cuanto vio mi llegada.

Reik se quedó con la boca abierta, intentando procesar la información.

—Pero, ¿cómo puede saberlo? Él dijo que en dos días...

—No le interesa que encuentre pruebas, es lógico que intente engañarme, incluso matarme. Créeme, Reik, no te interesa quedarte esta noche aquí. Además, necesito un testigo...

De momento, Reik solo era testigo de la asombrosa capacidad que tenía el Cazador para avanzar por el bosque en plena noche. Casi parecía que pudiera ver en la oscuridad. Se estableció el silencio entre ellos mientras avanzaban. Reik se encontraba cada vez más ansioso, empezaba a vislumbrar algunos brillos en la oscuridad del bosque y el soldado temía que los lupinos estuvieran rodeándolos.

—Vamos bien, Reik —rompió el silencio el Cazador, que pareció notar los nervios de su acompañante. —No temas, no hay ninguno cerca. Creo que saben que estamos aquí, pero seguramente nos están esperando en el altar, por petición de Vaelic.



—¿El espíritu? ¿Por qué nos deja pasar?

—Vaelic no es un simple «espíritu», es una diosa féerica. Es la madre de lobos y lupinos, además de la guardiana de una de las puertas al inframundo. Sabe que estoy aquí para restaurar el Equilibrio y su pacto con la Corona la obliga a mantenerlo. Se podría decir que está obligada a darme paso.

—¿Entonces por qué diablos me he untado la polla en bilis de lobo si nos iban a dejar pasar? —preguntó algo molesto Reik.

—Porque no sabía si los lupinos la obedecerían. Además, olías al rancio perfume del Duque, hasta yo quería matarte —se burló el Cazador.

Pasó un buen rato hasta que Reik se relajó. La Luna llena estaba en su máximo apogeo y su luz iluminaba lo bastante para que su avance por el bosque no fuera tan atormentado. El Cazador le observaba de vez en cuando, no sabía si por que se preocupaba de su bienestar o de que huyera en algún momento.

—¿Sabías que todas las tierras del Duque eran los Dominios de Vaelic? —le preguntó el Cazador—. Antes de la Guerra, hace siglos. En la Desocupación, el Rey concedió a la familia del Duque sus dominios menos el bosque, que debía ser el refugio de Vaelic.

—Conozco las historias de esa época que se cuentan en las familias, mi señor. Se dice que la tierra vibraba con el verdor

del pasto, que el grano y las hortalizas que se plantaban crecían con tal vigor que, quien las consumía, alargaba su vida. Fue por ese motivo que se llamó a mi tierra Greenland. —respondió Reik con un orgullo que no supo muy bien de dónde venía.

El Cazador asintió con la cabeza ante las palabras de Reik.

—Y así era. La tierra radiaba con la energía féerica de Vaelic y su prole. Es normal que tuviera un efecto tan beneficioso en los cultivos de entonces. El problema es que sin la presencia de Vaelic, la energía fue drenándose poco a poco, hasta que desapareció del todo hace 50 años. Desde entonces, esta tierra ha tenido que sangrar para poder mantener las promesas que hizo en antaño. Literalmente.

—¿A qué te refieres con «sangrar»? Osea, si, es cierto que llevamos medio siglo de sequías y cosechas irregulares, pero desde que obtuvimos el Milagro, hemos estado...—Reik pensó sobre lo que acababa de decir. ¿Acaso podría ser eso?—El milagro... ¿es sangre?

—Mayormente sí, sangre de lupino. Confeccionada con otros compuestos alquímicos para facilitar su distribución e intentar engañar a los espías de la Corona. El Duque lleva buscando este «Milagro» desde hace años, en los cuales ha ido contratando a grupos de mercenarios para dar caza a los lupinos del bosque de Erd con el fin de refinar su



fórmula. Tal ha sido el exterminio que Vaelic se vio obligada a recurrir al pacto para avisarnos —explicó el Cazador.

En ese momento, el Cazador se detuvo en mitad del bosque para mirar a Reik, en cuyo rostro se apreciaba las miles de preguntas que surgían a raíz de las declaraciones del Cazador.

—No ha sido por la petición del Duque que se me ha enviado aquí, Reik —dijo el Cazador —sino por la petición de Vaelic.

\* \* \*

Los menhires que conformaban el templo de Vaelic estaban plagados de símbolos grabados. Espirales, animales, formas antropomórficas y otras muchas marcas que Reik no supo interpretar y quizás escondieran los secretos que los féericos ocultaban al mundo de los mortales.

Poco le importaba la arquitectura a Reik en ese momento, pues cuando la pareja se aproximó al templo, los lupinos salieron a recibirlos en su forma más bestial. Eran bestias enormes, que aún apoyadas sobre sus cuatro extremidades casi alcanzaban la altura de un hombre y que no tenían problema para alzarse por encima de uno cuando se incorporaban. Sus cuerpos eran anchos y peludos, su rostro alargado y ocupado por una ancha boca llena de colmillos, y sus extremidades eran largas como rastrillos y acabadas en una garras que bien podían ser dagas.

El Cazador indicó a Reik que se quedara cerca de su espalda mientras avanzaba hacia el altar con forma de lobo que había en el centro del templo. Los lupinos gruñeron ante su avance pero no se interpusieron. Se detuvieron a una docena de pasos de distancia del altar. Entonces, el Cazador alzó su colgante y los colmillos de su abalario ante todos y, en especial, ante el altar.

—POR EL PACTO ENTRE HOMBRE Y LOBO. POR EL PODER QUE EL ASTADO ME HA IMPUESTO Y ME PIDE MANTENER EN EQUILIBRIO. POR ESTOS COLMILLOS QUE SE RINDIERON EN VASALLAJE Y FUERON RECLAMADOS POR LA LEY DE LA DERROTA. ¡INVOCO HUMILDEMENTE UN PARLAMENTO CONTIGO, MADRE DE LOBOS!

En ese momento, los lupinos se unieron en un largo aullido. El ambiente del templo empezó a iluminarse, motas de luz plateada surgieron del suelo y fueron elevándose hacia el cielo de la noche, como si fueran estrellas en camino a reclamar su espacio en el firmamento.

Desde el altar, una forma luminosa fue poco a poco desprendiéndose de la piedra, hasta abandonarla por completo y conformando a una loba blanca. Más que blanca, la loba irradiaba luz blanca. Tenía unos ojos enormes inundados de un azul celeste sin pupilas, y aunque presentaba un hocico alargado como cualquier lobo, no se apreciaban sus colmillos ni la comisura de su mandíbula. La loba se



detuvo a escasos pasos del Cazador, mirándole a los ojos.

El Cazador hizo una reverencia digna de un rey, que Reik intentó imitar torpemente, si bien el temblor de piernas no le ayudó en ello.

—Mi señora Vaelic —saludó el Cazador—. Acudo por vuestra petición y la del Rey, para restaurar el equilibrio en vuestros dominios y en las tierras de la corona —proclamó.

Reik no escuchó ningún sonido provenir de Vaelic, pero sintió una comunicación en su interior, algo cosquilleaba en su pecho y resonaba en su cabeza, como un eco que retumbaba en su ser. Un eco de algo ya olvidado pero que conoció, quizás antes de venir al mundo. Ese eco presentaba una pregunta al Cazador: «¿Conoces mi situación y la de los míos?».

—Lo conozco todo, mi señora— respondió con su voz el Cazador, mientras sacaba de su bolsillo un saquito cuyo contenido olía a «milagro» del Duque. —Y tengo pruebas de la afrenta del Duque sobre tu soberanía. Se ha traicionado al pacto y debo restaurar su equilibrio.

De nuevo resonó el eco.

«Se me deben devolver mis tierras, mi prole se muere por culpa de esta traición. El Astado debe cumplir su pacto».

Hasta ese momento el Cazador había mostrado el máximo respeto por la figura de Vaelic, pero tras la proclamación de

esta, su gesto se tornó serio y su voz se alzó con fuerza y determinación.

—No son tus tierras, Vaelic, son de la Corona. —alzó de nuevo el abalorio con colmillos ante Vaelic. —Te conviene recordar que el Astado no gusta de exigencias.

Se palpaba la tensión de sus palabras. Los lupinos comenzaron a alzarse mientras un gruñido comenzó a brotar de sus gargantas. Vaelic y el Cazador se mantuvieron la mirada durante lo que parecieron siglos para Reik.

—Pero sí que gusta de cumplir sus promesas —añadió por fin—. Y estas promesas piden un cambio de régimen tras deponer a la familia del Duque. Como seguro sabe, mi señora, está a punto de prenderle fuego al bosque y me temo que tenemos que impedirselo de inmediato.

La tensión cedió y el eco de Vaelic pareció retumbar con cierta alegría mezclada con rabia y sed de sangre.

La forma de Vaelic se acercó al Cazador mientras este se desprendía de su ropa hasta quedar completamente desnudo. Reik no sabía qué hacer, ni dónde colocarse pero presintió que debía alejarse de ese encuentro, así que retrocedió hasta el bosque. Mientras tanto el Cazador alzó su rostro hacia la luna llena y ambas manos hacia Vaelic. La madre de los Lobos olió el pecho marcado con símbolos del Cazador, después se introdujo en su interior.

\*\*\*



Las futuras generaciones de Greenland conocerán la historia del Lobo Blanco de Erd. Una bestia enorme que apareció en la oscuridad de la noche, sobrepasando la copa más alta del árbol más alto y que iluminó la misma noche con su blanco pelaje. Conocerán como el Duque mandó a atacar a la bestia y a quemar todo el bosque con un ejército de mercenarios, mas todo fue en balde pues la bestia destruyó al ejército con garras de hielo, colmillos de acero y aliento de fuego.

Los pocos soldados que huyeron con vida de la masacre nunca olvidaron las dos lunas azules celestes que tenía la bestia por ojos, ni las lágrimas que soltaba por una de ellas. Tampoco olvidarán la última vez que vieron a su Duque, entre las fauces del lobo.

\* \* \*

El amanecer perfiló la desnuda silueta del Cazador, su rostro manchado de sangre y lágrimas no invitaba a decirle nada pero Reik necesitaba saberlo.

—¿Y ahora qué hacemos, señor?

El cazador se giró hacia Reik al mismo tiempo que la figura de Vaelic se materializaba junto a él. Unos pocos lupinos asomaron por el bosque y al ver a su diosa, se arrodillaron en silencio.

—Todavía no ha vuelto el equilibrio, ¿verdad, Vaelic? —dijo el Cazador dirigiéndose a la loba.

Retumbó un eco disgustado, molesto, como si se hubiera fastidiado un

momento. Vaelic avanzó hacia sus lupinos pero no se detuvo en ellos, sino que pasó de largo, hacia al bosque. En ese momento, los lupinos gritaron de dolor y se retorcieron en el suelo. Se empequeñecieron y adoptaron una forma más... humana.

Cuando los, ahora, humanos reconvertidos descubrieron sus nuevos cuerpos miraron hacia el Cazador.

—Empleasteis fuego para quemar las tierras del Rey, caballeros. Los delitos hacia la Corona se pagan con la mortalidad o con la vida. Parece que Vaelic ha decidido que prefiere veros como hombres y mujeres que como cadáveres —declaró el Cazador.

A continuación llamó a Reik con la mano, el ex-soldado se acercó al Cazador y contempló el escenario de la masacre de la noche anterior con miedo y estupor.

—Reik, se me ha concedido el poder necesario para concederte el liderazgo de Greenland. Tu título lo decidirá la Corona, pero deberás formar un gobierno asambleario con los lupinos. Estos pobres diablos formarán parte del mismo —dijo, señalando a los confusos ex-lupinos—. Deberéis reconstruir los campos y colaborar con los lupinos, sino esta tierra permanecerá seca y ningún fruto nacerá de su seno.

Reik no podía creerlo, todo había sido demasiado rápido, no tenía ni idea de por dónde empezar. Los lupinos, el templo, la magia, Vaelic... Todo daba vueltas por su



cabeza y seguía teniendo como un millón de preguntas.

—Maese Cazador, gracias, pero preferiría no ser el líder de nadie. Perdona si le he decepcionado, pero creo que necesito resolver todas las dudas que tengo ahora mismo —se disculpó Reik.

El cazador sonrió, con su rostro manchado de sangre parecía una especie de bufón del inframundo.

—¿Decepcionado? Para nada, Reik. Has sido testigo de toda esta locura y aún así has mantenido la compostura mental suficiente para rechazar una oferta demasiado buena y el poder que esta oferta conlleva. Me alegro de que la hayas

rechazado, pero espero que no rechaces la siguiente.

El Cazador cogió la mano de Reik y depositó sobre la misma una círculo de metal con un balanza grabada bajo una corona astada. Un medallón de Cazador de la Corona.

---

**Salvador José Gómez García**

@Dr\_Zarvius

[noestoyparajuegos.wordpress.com](http://noestoyparajuegos.wordpress.com)

Nacido en Murcia y sufriendo en ella hasta el día de hoy. Reparto mi tiempo entre el trabajo y cuidar de mis gatos. Oficiador de bodas no profesional. Aspiro a cogerle el truco a la escritura.



# VIÑETAS

# Sátiro

Microrrelato e ilustración por iSouru

Las historias vertidas sobre las grandes fiestas del Dios griego Dionisio han servido a lo largo de los tiempos para toda clase de obras de teatro, poemas, óperas y lienzos. Siempre en un tono alegre, distendido, agradable y

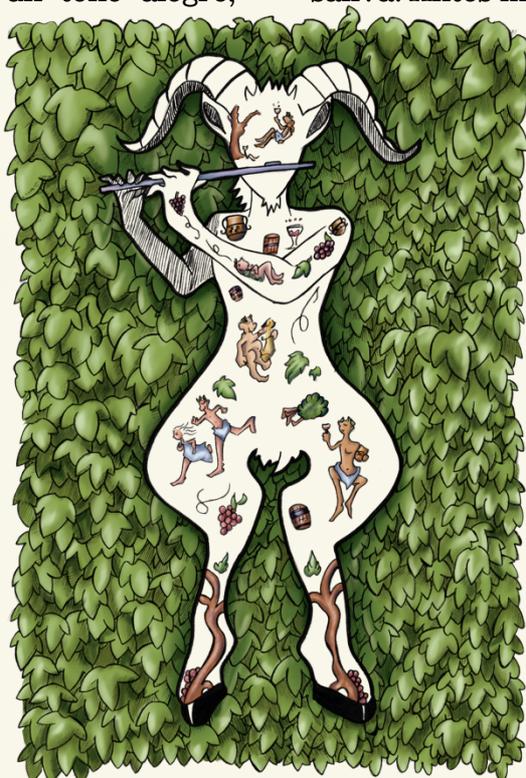
lleno de pasión, pero...  
¿De verdad fueron siempre así?

Bien sabido era que estaban cargadas de excesos, como podía ser el sexo y el alcohol, no se escatimaba en invitados, ¡eran fiestas abiertas a todo aquel lleno de gula y lujuria!. Y siempre había un pequeño ser que se representaba en todos

los retratos de esas fiestas, pero que luego raramente se veía fuera de aquel desmadre: un ser medio carnero y medio hombre. ¿De dónde salía pues aquella figura? ¿Qué escondían?

Su aparición era una respuesta de la magia ante aquellos que ni se respetaban a ellos mismos ni a los demás, era una respuesta por abrazar una vida llena de vicios sin control. Elegían el hedonismo, y el hedonismo les respondía convirtiéndolos en

sátiros, pues los excesos siempre tienen consecuencias. Miró abajo, las olas rompían con fuerza en el fondo oscuro. Miró de nuevo a los cazadores y tragó saliva. Antes muerto que alimento.



Saltó ante la atónita mirada de los humanos. Extrañado, empezó a sentir que algo estaba ocurriéndole, no sabía ni el qué ni el cómo. ¿Había sido por su acto de valentía? ¿Eran sus ganas de vivir? Era imposible saberlo, lo único que sí supo aquel cabrío fue que, al caer en el mar ni murió ni se ahogó,

pudo respirar bajo el agua y su parte trasera había adquirido la forma de la cola de sirena. Ahora al fin era libre en una vasta y real amplitud.

---

**iSouru**

@iSouru

Diseñadora gráfica, ilustradora y creadora del Mundo Sin Nombre. Caos creativo que tan pronto te saca una idea para una ilustración, un logo o un relato de cualquier elemento por más nimio que sea.

DESDE QUE FUE DESCUBIERTO, EL ESCUTOIDE ES CONSIDERADO LA FORMA GEOMÉTRICA MÁS PODEROSA DE TODO EL UNIVERSO. CUENTA LA LEYENDA QUE ESCONDE UN PODER INMAGINABLE



QUIEN POSEA EL ESCUTOIDE ACCEDERÁ AL CONOCIMIENTO INFINITO



UN GRUPO DE CIENTÍFICOS COMPROMETIDOS CON LA CIENCIA VIAJA POR EL ESPACIO EN SU BÚSQUEDA



CON LA MISIÓN DE ENCONTRARLO Y DEVOLVER A LA SENDA DEL CONOCIMIENTO A CUALQUIER LUGAR DEL UNIVERSO DONDE REINE LA IGNORANCIA



SE LES CONOCE COMO LOS

# CABALLEROS DEL SANTO ESCUTOIDE

Y ESTA ES SU HISTORIA.

EN ALGÚN LUGAR DE ANDRÓMEDA



COMPAÑEROS,  
TENEMOS  
NOVEDADES



LA ÚLTIMA PISTA  
DEL PARADERO DEL  
SANTO ESCUTOIDE  
NOS LLEVA A LA  
TIERRA, EL PLANETA  
DE SUS  
DESCUBRIDORES



ESTAMOS MUY  
CERCA DE  
ENCONTRARLO

SOLO HAY UN  
PROBLEMA

VAYA,  
¿CUAL?

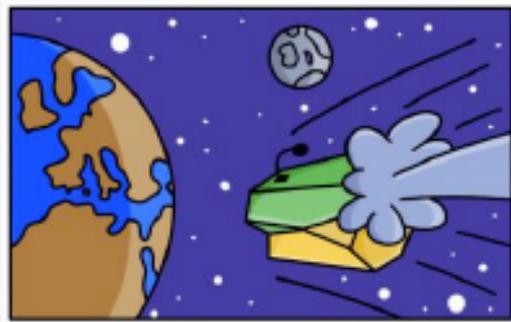


EL SANTO ESCUTOIDE ESTÁ CUSTODIADO POR UN SER TAN  
MALIGNO COMO INGENIOSO, QUE NOS PONDRÁ A PRUEBA

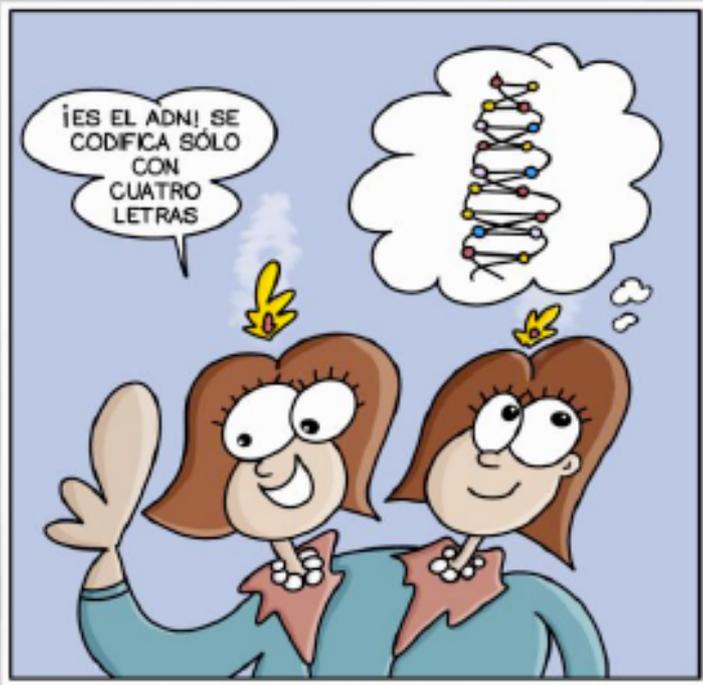


NOS ATACARÁ CON NUESTRA  
MEJOR ARMA: LA INTELIGENCIA.  
DEBEMOS SER CAUTOS





BIENVENIDOS SERES DEL ESPACIO, SI EL ESCUTOIDE QUERÉIS TENER, ESTE ACERTIJO DEBÉIS RESOLVER:  
"EL ENIGMA DE LA TIERRA SE RESUELVE CON CUATRO LETRAS, ADVINAD CUÁLES SON, O A LA MUERTE LE ABRIRÉ LA PUERTA"



**Autores de Los caballeros del Santo Escutoide:**

**Germán Tortosa (@germantortosa)** investiga cómo los microorganismos del suelo forman simbiosis con las plantas. En su tiempo libre fusiona sus dos pasiones, la divulgación científica y el cómic, con el proyecto Ciencia en Cómic ([www.cienciaencomic.com](http://www.cienciaencomic.com)). Es muy colega de Jose Fco. Zaragoza y siempre trata de liarlo en proyectos curiosos como este cómic.

**Anachronica (@Sci\_Anachronica)** es una científica victoriana que viaja en el espacio y en el tiempo para conocer los engranajes del mundo, utilizando la Ciencia como brújula. Su compañera de viaje en el siglo XXI es Paloma, una investigadora con pasión por la divulgación.

Juntas, pasado y presente de una misma persona, forman Ciencia Anachronica, un proyecto destinado a contar la Ciencia desde una perspectiva histórica y artística, haciendo especial énfasis en recuperar la memoria de sus hermanas científicas injustamente olvidadas.



# RESEÑAS



# La marca de la bestia de rudyard kipling

Reseña por Antonio de Frutos

*Vuestros dioses y mis dioses... ¿acaso sabemos, vosotros o yo, quiénes son más poderosos? (Proverbio indígena)*

En pocos casos el epígrafe que encabeza una obra es tan revelador de su tema como en el de «La marca de la bestia», relato del escritor angloíndio Rudyard Kipling (1865-1936).

Esta historia es un clásico imperecedero de la literatura de terror por varias razones. La primera, la calidad y el oficio de Kipling, autor de novelas tan conocidas (todavía en nuestros días) como «El libro de la selva», «El hombre que quiso reinar» o «Kim». La segunda, por ser un buen ejemplo de su inconfundible estilo, mezcla del humor satírico británico con el exotismo oriental de una India colonial que conocía a la perfección. Y por último, y ya desde el punto de vista de lo terrorífico, por contener una de las más tempranas descripciones del proceso de transformación en hombre-lobo que luego sería emulada, con mayor o menor éxito, por tantas películas del género durante el siglo XX.

Su publicación en 1890 fue recibida por la crítica con dureza. A pesar de reconocer lo impactante de la narración, se la calificó de repugnante y hubo hasta quien consideró que excedía los límites de lo decoroso. Si bien lejos de las escenas *gore* a las que estamos habituados en la actualidad (en muchas ocasiones gratuitas), a día de hoy sigue destacando la detallada descripción de los preparativos para la tortura del «Hombre de Plata», causante de que Fleet, un respetable (aunque irrespetuoso) ciudadano inglés, se transforme en bestia. Sugerir pero no mostrar es —como la mayoría de las veces— lo más efectivo. También está plasmada con maestría la progresiva degradación física y moral de Fleet, que causa un mayor efecto gracias a que su responsable es un indígena leproso. O lo que es lo mismo, un personaje ubicado en el más ínfimo escalón de la pirámide social.



Pero lo que en el fondo escandalizó y fascinó por partes iguales a los lectores de la época reside en un lugar mucho más profundo. El autor plantea a sus coetáneos una pregunta tan simple como esta: ¿Por qué estáis tan seguros de la superioridad de la sociedad occidental? Y la respuesta es sencilla y práctica: mejor ni pensar en ello. Ni siquiera planteárselo. Lo único claro es que debemos defenderla a toda costa y ocultar cualquier prueba que demuestre lo contrario. Siempre debemos proteger a un compatriota, tenga razón o no, ante el ataque de una cultura extraña. Aunque nos cueste el alma y el honor. Porque, al fin y al cabo, toda persona de bien sabe que los dioses de los paganos son meros espantajos de piedra y bronce. ¿Verdad?

---

**Antonio de Frutos**

Twitter: @ALBINOMONTERRU1

Facebook: @AlbinoMonterrubio2020

Apasionado de la literatura y los viajes, no tiene claro si empezó a escribir mientras viajaba o a viajar mientras escribía. Su actividad literaria se centra en el relato corto. Escribe desde escenas costumbristas a cuentos de terror y fantásticos, descripciones de paisajes o relato histórico. Ha publicado en revistas de España, Argentina, México, Uruguay, Perú, Venezuela, Estados Unidos, Israel y Ecuador, así como en varias antologías. Cuentan que nunca ha perdido jugando al mus.



## ¿Recuerdas tu peluche favorito? Por tu culpa ahora se droga

Una reseña de la novela *Dawson Felpa* por Toni Abellán.

*«Peluches rotos, dolidos cuya inocencia se ha quedado atrás para poder sobrevivir».*

Así nos presenta Alejandro Rodríguez Tárraga (@Shonen\_TheGreat) su primera novela: *Dawson Felpa*. Si sois habituales de esta revista, creo que esto debería ser suficiente para llamar vuestra atención, pues ya habréis tenido ocasión de encontraros con más de uno de sus relatos entre estas páginas y ya sabréis lo bien que escribe el descosío.

A primera vista pensaréis que se trata de una novela negra. *Dawson Felpa*, el carismático detective que arriesga su relleno para resolver misterio tras misterio dejándote atrapado de la primera a la última página. Y la verdad es que acertaréis. *Dawson Felpa* es eso y mucho más, pues también encontramos grandes trazas de fantasía. No la Fantasía clásica con mayúsculas de tirarse bolas de fuego. En esta novela encontramos la fantasía en sus personajes, en esos peluches cuya forma y origen ha moldeado una identidad asombrosa que se integra maravillosamente en cada caso y en cada capítulo. No podemos olvidar que se trata de una historia sobre peluches.

Peluches extremadamente turbios. Peluches que se saltan las costuras a navajazos.

Esto último es muy importante. Pese a que aparece un oso de peluche con un sombrero muy gracioso en la portada, no le regaléis este libro a niños de 7 años. Compradlo, eso sí, pero regaládselo a los padres, por favor. El oso lleva un paquete de tabaco en una mano y hay una silueta de tiza al fondo, eso debería daros una pista bastante gráfica de lo que se esconde en el interior. Y es que nada más llegar, nos plantamos en la Ciudad de los Olvidados, el lugar al que van los peluches cuando dejan de ser importantes para sus dueños, cuando pasan a ser meros objetos. Reconozco que una de las cosas que más me sorprendió del libro fue el clima que se respira en esa ciudad. El autor consigue, en muy poco tiempo, crear un entorno que recuerda a una distopía de (ahora sí) clásica ciencia ficción. Desde el principio trasluce la sensación de que algo está verdaderamente apollado en esa ciudad.

En las calles de la Ciudad de los Olvidados acompañamos a Felpa, Marlene, Blancanieves y los demás en



una aventura tras otra, mientras la vida les va dando por todas partes, sobre todo al pobre Dawson. Caso a caso, se nos muestra que la vida del peluche olvidado no es fácil, y que son muchos los que acaban en los bajos fondos, malviviendo y trabajando de lo que sea para pagarse un techo en un lugar controlado por un magnate multimillonario. O peor, frotándose con cualquiera a cambio de una dosis de Dulces sueños, la droga por excelencia para evadirse y recordar sus vidas anteriores.

En medio de todo esto casi se me olvida lo que apuntaba al principio, que es también una novela negra, y tiene ritmo de novela negra, claro está. Los casos son a cada cual más original y te dejan siempre queriendo más, mientras

te van conduciendo sin que te des cuenta al desenlace final. Todo esto se integra perfectamente gracias al esfuerzo que ha hecho el autor por crear un mundo propio, con unos personajes que encajan en él hasta el último detalle, desde sus miedos hasta su lenguaje. No podía acabar esta reseña sin una especial mención a Dawson Felpa, el héroe de esta historia, que pese a todo consigue sacarte más de una sonrisa y no tiene nada que envidiarle a los grandes detectives de otras historias con claros problemas de ego. Y es que, si no te atrae la idea de sumergirte en este mundo de peluches destrozados y de saber más sobre cómo se puede sobrevivir en la Ciudad de los Olvidados, *¡anda y que te froten!*

### Toni Abellán

Su mayor logro vital fue ganar una apuesta a los 13 años recitando el guion de La comunidad del anillo (el otro apostante casualmente también participa en esta revista, y se cansó antes de que los Hobbits llegaran a Bree).

\*Ilustración de los personajes Dawson y Marlene por Victoria Aragón Sánchez.

@twim\_sweet





# Belle, de mamoru hosoda

Reseña de Vanessa Cornago y Genís Robles

Hay una peli que queremos recomendaros muy muy fuerte. Y qué mejor ocasión que el número de Transformaciones para hablaros de una historia conmovedora a nivel 100 que explora el cambio a tantos niveles.

No es casualidad que en este mismo número de *Droids & Druids* haya dos referencias a *La Bella y la Bestia* (la otra en el muy recomendable artículo de Antonio Galindo López: «El potencial de las transformaciones en la narrativa»). Es una de las historias sobre transformaciones más emblemáticas, no importa qué versión escojamos.

En este caso queremos hablar de *Belle*, película de animación de Mamoru Hosoda, estrenada en España en marzo de 2022. Salimos encantades del cine y en la tertulia posterior tuvimos claro que había que reseñarla. Así que allá van nuestras impresiones.

No queremos hacer *spoilers*, así que no entraremos en demasiados detalles. *Belle* es un drama contado desde la más pura ternura, pero que no vacila a la hora de exponer la crudeza de las heridas de sus protagonistas. *Belle* es un *retelling*, ese subgénero tan de moda últimamente, algo que ya de

por sí la haría muy adecuada para este número de la revista. Toma los elementos clásicos de la historia y los reconstruye a partir de una estética anime estupenda. Con estética no nos referimos solo al impresionante apartado visual, sino al lenguaje narrativo y los códigos por los que se mueven los personajes. Pero, además, oh Dios mío, el apartado visual. En lo que al arte se refiere, el contraste entre lo cotidiano y lo extraordinario no solo atrapan, sino que consiguen comunicar a golpe de color la intensidad de los traumas vividos por los personajes, su dolor y su esperanza de una manera tan delicada y preciosa que más de una escena nos dejó sin aliento en la butaca.

Sin desvelar nada de la trama, hay que destacar que la transformación en este *retelling* no corre a cuenta solamente de la Bestia. Belle es el nombre artístico que toma la protagonista en U, un mundo digital en que los usuarios son transformados según el criterio de un algoritmo. Dicho de otro modo, y simplificando, entrar en este plano inmaterial permite que la esencia de cada persona aflore en todo su esplendor. Cualquier similitud con



las almas platónicas en el mundo de las ideas es puro homenaje.

Las transformaciones no terminan aquí. Toda la película explora el proceso de sanación emocional que atraviesa la protagonista para superar el trauma de la pérdida, simbolizado en su esfuerzo por recuperar la voz. El dolor, sobre todo la manera en que lo enfrentamos y aceptamos, es el motor de los arcos de Belle y de la Bestia. La verdadera identidad de esta, por cierto, será una de las incógnitas de la película, aunque desde su primera aparición la pregunta que nos hacemos es el porqué de su aspecto, de su poder: recordemos que en U el algoritmo revela nuestro yo intrínseco.

Pero por íntimas que sean, no se trata de unas transformaciones solitarias. La película tiene muy claro que es junto a los demás donde podemos crecer. Belle no está sola y tratará de hacerle saber a la Bestia que él tampoco lo está. La empatía, la humanidad y la valentía serán los pilares sobre los que construir lazos entre los personajes que

demostrarán el poder reparador de la solidaridad, tanto a nivel individual como comunitario. Y es que apoyarnos en otros nos ayuda a sanar, a evolucionar y a crear lugares seguros y luminosos desde los que vivir.

---

### Vanessa Cornago

@Vanessa\_Cornago

Adoradora de hipérbolos y de la épica más exacerbada. Enemiga eterna de Atenea, es del Troya Team hasta la muerte y se le caen las bragas cuando Héctor rompe la puerta de la muralla aquea en la Ilíada. Ha leído otras cosas, pero normalmente no las recuerda.

Cree que lo único bueno que escribió Tolkien fue Silmarillion. Empieza cuentos que nunca acaba.

**\*También es la ilustradora de la página siguiente\***

### Genís Robles

Le gustó el final de Lost y exige ser pagado en gemas para MTG Arena.





# ACERTIJOS



# LOS ACERTIJOS DE ELENA:

A. Relaciona cada obra con su autora o autore:

	<p>Gemma Solsona Asensio</p>
	<p>Laura Fernández</p>
	<p>Marie Lu</p>
	<p>Fani Álvarez</p>
	<p>Laura Sierpe Maquilon</p>



## B. Acertijo: Las Vampiras Responsables



Olga, Octavia y Antonia son tres amigas humanas que están paseando por el bosque. Olga y Antonia son muy **positivas** y están seguras de que llegarán antes de que anochezca. Sin embargo, Octavia, que es bastante **negativa**, dice que no les dará tiempo. Cuando está anocheciendo, tienen la mala suerte de encontrarse, nada más y nada menos, que con dos vampiras.

La vampira **B**árbara, que es **negativa**, preferiría llegar a la taberna y beber la sangre tranquilamente en una copa. Sin embargo, **A**melia se muestra muy **positiva** y decide preguntar a las humanas si sería posible que les donaran sangre.

Existen dos leyes fundamentales en cuanto a transfusiones de sangre de humanas a vampiras se refiere:

- Si una vampira necesita sangre y la humana es **donante compatible**, la humana está obligada a donar.
- Debido a que una humana se transformaría en vampira si le muerde una vampira **donante compatible** con ella, en este caso, la humana no está obligada a donar la sangre.

Al ser tres humanas y dos vampiras, dos de las humanas necesitan ser mordidas. Como ninguna humana quiere convertirse en vampira, esto les deja con una única posibilidad. ¿Quién muerde a quién y qué humana se libra de ser mordida?

**\* Encontrarás las soluciones en el siguiente número de la revista Droids&Druids \***



Nuestros acertijos están creados por:

**Elena Torró**

@BytesAndHumans

Si Quevedo se metiera con ella, le diría: Érase una mujer pegada a un teclado, érase una tecla superlativa, érase un keyboard y su escriba, érase un typing exacerbado. Más en [elenatorro.com](http://elenatorro.com)

## SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

### A. Relaciona cada obra con cada una de sus autoras

 <p>Bosque</p>	<p>Lola Llatas</p>
 <p>La Voz de Plata</p>	<p>Alba Quintas Garciandia</p>
 <p>Bajo las jubeas en flor</p>	<p>Angélica Gorodischer</p>
 <p>The Last 8</p>	<p>Laura Pohl</p>



 <p>The Mirror Empire</p>	Kameron Hurley
--	----------------

### B. Acertijo: Ángeles y Demonios

Se trata de una partida de ajedrez, del último movimiento: un jaque mate. El rey negro está situado en la casilla **B8**, la dama blanca en la casilla **D7**, y un peón blanco está en **E7**. El peón mueve a **E8** y se convierte en dama, dando lugar a un jaque mate.



Síguenos en redes en @droidsanddruids

Visita [droidsanddruids.com](http://droidsanddruids.com)

Escribenos a [droidsanddruids@gmail.com](mailto:droidsanddruids@gmail.com)

Escucha el podcast en

iVoox, Apple Podcasts, Spotify y algunos especiales en YouTube.